

Biblioteca de Psicología Contemporánea

DOCTRINAS PSICOANALÍTICAS

EXPOSICIÓN Y VALORACIÓN CRÍTICA

Emilio Mira y López

Ex profesor de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona (España). Profesor del Instituto de Medicina Psicológica de Río de Janeiro (Brasil). Profesor de Psicología y Psicopatología en la Fundación Getúlio Vargas (Brasil).

I N D I C E

<i>Prólogo</i>		<i>Pág.</i> xi
CAPITULO	1	
	Panorama de la medicina y de la psiquiatría en las postrimerías del siglo xix	1
	La formación de Freud	2
	Psicogénesis del psicoanálisis	4
	2 El psicoanálisis freudiano "ortodoxo"	7
	Visión panorámica de sus diversas fases conceptuales	7
	Estudio de la primera fase: trabajos conjuntos de /""• Breuer y Freud	8
	Motivos de sus divergencias	11
	Fin de la época catártica	12
	3 La aparición del psicoanálisis como teoría evolutiva y pansexual de la vida humana	15
	La teoría de la libido	15
	El inconsciente freudiano	18
	4 La interpretación freudiana de los sueños (Traumdeutung)	23
	Relación recíproca entre los planos consciente e inconsciente a través de los sueños	24
	Crítica de la interpretación freudiana de los sueños.	27

	<i>Pág.</i>
CAPITULO 5	
Freud descubre el remordimiento y crea el superyó.	31
Crítica de la concepción tripartita del "aparato psíquico"	33
Evolución de las ideas freudianas acerca de las neurosis	34
6	
El psicoanálisis freudiano como arma terapéutica. .	37
El problema de la neurosis transferencial y su liquidación	38
Las diversas actitudes del psicoanalista durante el tratamiento	43
7	
La concepción de la lucha como base de la vida personal	45
La lucha de Eros contra Tanatos	45
La lucha de los sexos	47
La lucha entre hermanos	48
La lucha entre el hijo y el genitor del propio sexo.	49
La lucha entre los instintos y la cultura	50
La inevitabilidad de la guerra	51
8	
El psicoanálisis redescubre el yo	55
El yo pasa a llamarse "ego"	56
Los conflictos del ego freudiano	57
a) El conflicto entre los deseos (del ello) y las exigencias (del mundo social)	57
b) Conflictos intrapsíquicos del yo	58
c) Conflictos del yo con el superyó	59
Las defensas del yo freudiano	60
9	
Las concepciones filosófico-sociales de Freud	67
Aplicaciones del psicoanálisis freudiano a los diversos campos de la cultura	68
a) El psicoanálisis y el derecho	68
b) El psicoanálisis y el arte	69
c) Psicoanálisis y pedagogía	70
d) Psicoanálisis y moral	72

	<i>Pág.</i>
CAPITULO 10 Las ideas y la obra de Alfred Adler	73
a) Técnicas de la psicología individual adleriana	75
b) Síntesis y límites de la psicoterapia adleriana	76
Sus continuadores: Kronfeld y Künkel	77
a) El criterio psicoterápico de Kronfeld	77
b) La doctrina psicodinámica "dialéctica" de Künkel	78
11 La psicología y la psicoterapia compleja de Cari C. Jung	81
Las seis fases de su obra	82
a) Primera fase: elaboración del criterio de la psicología analítica	82
b) Segunda fase: estudio de los símbolos y transformaciones de la libido	84
c) Tercera fase: teoría del inconsciente colectivo	85
1. Breve presentación de los arquetipos ...	87
2. <i>Anima</i> y <i>animus</i>	87
3. El arquetipo del "saber" (noético)	88
4. Los arquetipos impersonales o mandálicos	89
d) Cuarta fase: desarrollo de la teoría de la individuación	89
e) Quinta fase: la psicoterapia junguiana	93
f) Sexta fase: la antropofilosofía junguiana ...	94
Comentario crítico	95
12 Principales conceptos del "freudismo disidente" ...	97
La obra y el criterio de S. Ferenczi	97
El "análisis breve" de W. Stekel	98
La voluntoterapia de Otto Rank	100
La disidencia de Theodor Reik	103
Las contradictorias tesis de W. Reich	105
Las doctrinas revolucionarias de Melanie Klein ...	106
La concepción de F. Alexander	108
a) Su posición doctrinaria	108
b) La concepción de Alexander de las neurosis.	110

		<i>Pie.</i>
CAPÍTULO 13	El neoanálisis de la escuela de Washington	113
	La obra de Erich Fromm	113
	La posición doctrinal de H. Stack Sullivan	117
	La contribución de Erikson	120
	Obra y doctrina de Karen Horney	121
14	La teoría "reacto-objetal" de la personalidad, según W. R. Fairbairn	125
	El llamado "pacto satánico"	128
	Rosen y su "análisis directo"	129
15	El psicoanálisis existencial	133
	La posición de Jean-Paul Sartre	133
	La logoterapia de V. Frankl	134
	La contribución de L. Binswanger	135
16	Puntos de convergencia y divergencia entre las doctrinas psicoanalíticas y las doctrinas neuroreflexológicas (principalmente las pavlovianas) y sociológicas modernas	139
	a) El <i>ethos</i> del psicoanálisis freudiano	139
	b) Psicoanálisis y reflexología	140
	c) Psicoanálisis y sociología	143
17	Balance final	145
	Méritos del movimiento psicoanalítico	145
	Deméritos del movimiento psicoanalítico	147
	La crítica de R. Allers	149
	La crítica de Eysenck	150
	Integración del psicoanálisis en las actuales corrientes del pensamiento médico	151
	<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	155

PRÓLOGO

Hace treinta y cinco años publiqué en España, en la serie de Monografías médicas de la Editorial Arnau de Vilanova, dos monografías en las que por primera vez se presentaban a los médicos de ese país, aun en forma condensada, la concepción teórica y las aplicaciones prácticas del psicoanálisis, restringido, entonces, a los círculos que dirigían Sigmund Freud, Carl G. Jung y Alfred Adler. La curiosidad y la simpatía que existían en relación con las nuevas ideas determinaron el rápido agotamiento de sucesivas ediciones de dicho trabajo y sirvieron de estímulo, sin duda, para iniciar la traducción de las obras *in extenso* de los tres puntales de la llamada psicología profunda.

Ya en tierras sudamericanas y con el título de *Fundamentos del psicoanálisis*, publiqué en 1943 un volumen en el que refundí y actualicé aquellas monografías, apareciendo poco después, en 1946, su versión portuguesa. También este libro se agotó y desde hace tiempo se me solicita que lo revise para reeditararlo. Pero, en el lapso transcurrido, aparecieron en profusión y en todos los idiomas libros, monografías y ensayos de estudio, de divulgación y aun de hiperbólica teorización del psicoanálisis. Principalmente en el continente americano esta palabra pasó a formar parte del acervo popular y por ello juzgo como anacrónico e inoperante todo intento de contribuir a su mayor extensión. En cambio, me ha parecido oportuno —aunque resulte más difícil— escribir una obra, la que ahora estoy presentando, en la que, de la manera más objetiva e imparcial posible, se efectúe una exposición del panorama actual de las innumerables doctrinas psicoanalíticas, neoanalíticas, post y paranalíticas que ahora disputan el monopolio de la interpretación de la vida mental normal y patológica, a la vez que se proclaman poseedoras de la clave de la felicidad humana individual y colectiva. Pues no se puede negar que si bien Freud inició su obra desde un punto de vista estrictamente clínico-experimental, sus actuales seguidores y discípulos han exagerado su evolución final y tienden a convertir el psicoanálisis en una filosofía o, inclusive, en una cosmología.

No obstante, a pesar de esta tendencia teorizante, no dejaron de "practicar" el psicoanálisis, utilizándolo como fuente de recursos,

a diferencia de los auténticos filósofos que aún buscan con mayor ahinco las verdades universales que las rápidas ganancias. Pero también es cierto que si esa "práctica" es tan bien remunerada en tantos lugares y por tan diversos tipos de clientes, ello se debe a que éstos obtienen beneficios suficientes como para continuarla. Porque aquí, como en todo intercambio de servicios, se cumple la afirmación de Janet: es posible engañar por poco tiempo a muchos o por mucho tiempo a pocos, pero es casi imposible embaucar por mucho tiempo a muchos cuando el dinero anda en juego. Así, pues, el persistente éxito de los diversos credos psicoanalíticos confirma también prácticamente que, pese a la heterogeneidad, al exceso de especulación, a la exageración y a la falta de comprobación o validación objetiva que las caracteriza, las doctrinas psicoanalíticas contienen un apreciable caudal de potencialidades no solamente explicativas sino curativas, o sea, no meramente informativas sino formativas o reformadoras en el terreno de la vida psíquica.

Por esto, precisamente, se justifica ampliamente nuestro intento de someterlas a una valoración crítica, capaz de separar en ellas el pedrusco y el diamante, los datos "fácticos" y los datos "supuestos" o, como lo intentó hacer López Ibor¹, sus valores y sus defectos. Y aún aspiramos a poner en evidencia las coincidencias y las divergencias intrínsecas, así como las correspondencias o equivalencias con el resto de las concepciones o doctrinas que en el campo psicológico se disputan la comprensión de la misteriosa actividad anímica.

La primera dificultad que enfrentaremos en esta tarea es el carácter abstruso y esotérico del que ha sido llamado "lenguaje psicoanalítico", en el que difícilmente se encuentre un término que haya sido definido en forma operacional, lo que permite que una misma palabra sea usada en acepciones diversas, o inclusive contrapuestas, por especialistas que, a veces, afirman pertenecer a la misma escuela o "variante" psicoanalítica. Otra dificultad no menor la hallaremos en la falta de textos sistemáticos y definitivos que, publicados por los fundadores o representantes más conspicuos de las diversas escuelas, nos permitan afirmar con precisión sus respectivas tesis. Paradójicamente, cuanto más se publica sobre psicoanálisis menos se fijan o estabilizan sus conceptos, hasta tal punto que, actualmente, ni los mismos psicoanalistas pueden entenderse acerca de cuáles son los límites y las características esenciales de la disciplina que cultivan. Y como prueba de que esto no es exageración, citaremos lo que C. P. Oberndorf, ex pre-

¹ LÓPEZ IBOR, *LO vivo y lo muerto del psicoanálisis*.

sidente de la Asociación Norteamericana, de Psicoanálisis, escribió acerca de este asunto²: "*La Asociación Psicoanalítica Norteamericana, después de largas y concienzudas deliberaciones, que duraron 4 años (1947 a 1951) comunicó que es imposible hallar una definición de psicoanálisis que sea aceptable aun para un numeroso grupo de sus miembros*".

Si bien el carácter proteico de los conceptos y criterios psicoanalíticos —del que el mismo Freud dio un ejemplo, en sus sucesivas obras, con sus continuos y espectaculares cambios de opinión y de puntos de vista— puede ser objeto tanto de crítica como de alabanza, es innegable que representa un serio obstáculo para toda tentativa de exposición sintética y más aún para todo intento de valoración crítica, ya que, según los años en que nos situemos, podemos observar conceptos diametralmente opuestos en un mismo autor.

Si agregamos a esto nuestro deseo de conseguir que la lectura de este texto sea accesible al mayor número posible de lectores y que éstos no la encuentren excesivamente pesada, habremos enumerado los principales motivos de preocupación y aprensión con que iniciamos y terminamos este trabajo. Creemos sinceramente, no obstante, que hemos conseguido sortear las dificultades con éxito suficiente como para esperar una crítica leal de los entendidos y una grata aquiescencia de quienes desean entender.

Al exponer cada doctrina hemos procurado, en lo posible, adoptar un criterio evolutivo, que va desde su génesis hasta su estado actual y los rumbos previsibles en un próximo futuro. Hemos tratado también, a medida que avanzamos en la exposición, señalar las coincidencias y divergencias de las doctrinas más recientes respecto de la inicial. Finalmente, no hemos descuidado comentar las afirmaciones fundamentales de cada una a la luz de los conceptos de las actuales adquisiciones psicoexperimentales *no* analíticas. Creemos que nuestra principal misión debe ser la de un intento de integración del enorme saldo positivo del psicoanálisis dentro del más amplio marco de la psicología científica, permitiendo así comenzar el difícil proceso de una psicósíntesis.

Para terminar, deseamos aclarar que las citas bibliográficas correspondientes a cada capítulo han sido cuidadosamente seleccionadas, de modo que puedan evitarse las lecturas innecesarias o la búsqueda de obras agotadas o inaccesibles.

Emilio Mira y López

Río de Janeiro, 1963.

² C. P. OBERNDORF, *History of psychoanalysis in America*, pág. 234, Nueva York, Gruñe and Stratton, 1953.

*Panorama de la medicina y de la psiquiatría en las
postrimerías del siglo XIX.*

No podríamos comprender el significado del vasto y diverso movimiento psicoanalítico actual si no nos remontáramos antes, siguiendo su propia técnica de trabajo, hacia su génesis. Y ésta, a su vez, tampoco nos lo revelaría si no estudiásemos el marco referencial de conceptos y hábitos en el que se inscribió inicialmente la prodigiosa actividad de la inquieta, perseverante y angustiada mente que lo creó.

Sin duda alguna, el pasado fin de siglo parecía justificar el orgullo de no pocos profesionales de las ciencias biológicas y también las esperanzas de muchos cultivadores de la psicología. La fisiología y la patología habían progresado en pocos lustros más que en los siglos precedentes. Los trabajos de Virchow, Pasteur, Lister y Claude Bernard habían dado una sólida base objetiva y experimental a la medicina, permitiendo, inclusive, un rápido avance en el campo terapéutico. Por otra parte, debido al impulso de Wundt, Stanley Hall, W. James, Morton Prince, Rivers, Cattell, Fouillée, Ribot y muchos otros, la psicología había comenzado a separarse como disciplina autónoma, adoptando las normas metodológicas de la ciencia analíticoexperimental y repudiando su larga tradición especulativa.

En un afán de superación y de recuperación del tiempo perdido, surgían las diversas especialidades médicas y entre ellas reclamaba su lugar la llamada neuropsiquiatría. Si aún en el siglo anterior había cirujanos que atribuían a la obra del Diablo las muertes postoperatorias, ahora los psiquiatras explicaban el delirio místico por alteraciones de una determinada zona cerebral. Sin advertirlo, los más autorizados neuropsiquiatras, partidarios del llamado "método anatomoclínico", resucitaban "por dentro" la desacreditada frenología de Gall y bautizaban las arbitrarias entidades psicomórbidas con largos y pomposos títulos de la anatomopatología cerebral. De esta suerte la psiquiatría quedaba reducida a la patología encefálica. No obstante, quedaba un reducto de alteraciones

que pretendían romper las barreras en el campo del trabajo. Ya se esbozaban en la educación los diversos movimientos que hoy triunfan con los nombres de "nueva pedagogía", "escuela activa", etc. En el campo del arte, como una afirmación de subjetividad frente a las presiones ambientales, surgía el impresionismo. En el derecho penal se oían ya las voces que proclamaban la necesidad de ayudar al delincuente más que la de castigarlo, para que dejase de serlo. En los campos más serenos de la disquisición filosófica, comenzaban a filtrarse las ideas del vitalismo y del existencialismo, las del neokantismo, de krausismo, como una reacción ante un exceso de influencias tomistas y cartesianas. "En las venas del hombre razonador del siglo xvm (*homo philosophicus sive theoreticus*) —escribe Dilthey y posteriormente lo refirma Scheler— no corre sangre sino ideas".

¿Qué tiene de extraño, pues, la admiración juvenil de Freud por las posiciones antitéticas? Uno de sus biógrafos (Jones) la destaca a menudo, y otro¹ señala que las lecturas preferidas del genio vienes eran *Fausto* y *Werther*, de Goethe, y *El origen de las especies*, de Darwin. La influencia goethiana sobre Freud fue realmente inmensa y en la obra de Wittels su estudio abarca nada menos que 58 páginas. Mas también la teoría evolucionista se arraigó profundamente en él y por ello, durante bastante tiempo, su vocación osciló entre el estudio de las ciencias fisiconaturales y el de las ciencias del espíritu. Se decidió finalmente por la medicina, pero su interés por los problemas biológicos generales le llevó a acercarse y admirar especialmente al profesor de fisiología E. Brücke. Sin duda, Freud pasó más horas estudiando los *Versuchstieren* (animales de experimentación) que viendo los casos clínicos de las salas de patología interna, pues aun en la Facultad se sentía más naturalista que médico. Por esta razón, cuando se licenció sólo consiguió ubicarse en la neurología, especialidad que le permitiría salir más pronto del campo médico.

A la sazón, era Francia el país donde se cultivaba con mayor brillo y hacia ella —más precisamente hacia el servicio de Charcot en la Salpêtrière de París— se dirigió el joven licenciado vienes. Ciertamente, debió sentir un agradable desahogo cuando advirtió que —sin duda por el impacto del magnetismo mesmeriano— el gran neurólogo Charcot se interesaba especialmente en el estudio de la histeria. Ya no eran el microscopio, el mierótomo y los complicados y monótonos exámenes de laboratorio lo que se necesitaba como medios de investigación sino los propios ojos, no como un mero recurso de contemplación sino como dardos portadores de

¹ WITTELS, *Freud and his time*.

que, a pesar de ser consideradas como de naturaleza nerviosa, resistía a todo intento de localización material. Tales enfermedades *sine materia* fueron designadas con el calificativo de "neurosis" y entre ellas se incluyeron, con singular relieve, dos que estaban muy en boga: la histeria y la neurastenia, la primera considerada entonces como propia del sexo femenino y la segunda, del masculino.

Triunfaba así el pensamiento cartesiano. Se entronizaba la razón y el positivismo dominaba en el pensamiento de una gran parte de los médicos europeos. Se contentaban éstos con intentar sanar el cuerpo, y dejaban los males del "espíritu" al cuidado de los sacerdotes; sólo una osada minoría se atrevía a proclamar que éstos dependían de aquéllos. Al mismo tiempo, Europa vivía la fase áurea de la revolución burguesa y en todas las relaciones sociales se imponía una doble actitud que hacía vivir en tensión a quienes las establecían, pues era demasiado lo que debían simular y disimular. Se mantenían en secreto ideas y sentimientos conscientes; la "buena educación" no permitía dejarlos traslucir. La llamada moral victoriana reinaba en todo el Viejo Continente y se consideraba que el hombre vale en la medida en que se opone a sus instintos de origen animal. Tan arraigado era ese criterio que el peor de los insultos era llamar a un individuo, al mismo tiempo, "animal" y "desalmado", como si no se percibiese que, por su etimología, ambos términos se excluyen.

En ese marco referencial, la familia estaba obligada a ser un grupo íntimamente unido, jerárquicamente estratificado en forma irreversible y con papeles rígidamente establecidos para cada uno de sus miembros. La dispersión de sus fórmulas de convivencia se concebía como una señal de grave peligro para su misión de "célula social". La misma rigidez reinaba en la escuela y se imponía en los ambientes de trabajo. Por ello, nada tiene de extraño que quien deseara afirmar el derecho de vivir cada cual "su vida", fuese considerado como revolucionario y puesto al margen del grupo dominante.

La formación de Freud.

Ya cuando Sigmund Freud terminó sus estudios de medicina existían, sin embargo, muchas señales de cambio y de protesta contra esta situación. Las antítesis fermentaban en todos los terrenos: en el campo político-social crecían y se extendían los círculos anarquistas —con prescindencia de la situación económica-social de sus miembros— y se organizaban también las "Internacionales"

un fluido que dominaba a las pacientes haciéndolas pasar por la letargía, la catalepsia y el sonambulismo, las tres fases típicas de la hipnosis. Freud, tímido, hosco, un tanto taciturno, vio en la hipnosis un medio de superación que le transformaría en un terapeuta casi todopoderoso. Y tanto se entusiasmó con la recia figura humana de Charcot y con sus ideas que se dispuso a traducirlo defendiendo sus obras, pocos años después, contra el escepticismo de Bernheim (en la versión alemana del libro de éste sobre la sugestión).

Conviene recordar, además, que la beca que le permitió ir a París le fue gestionada por su colega Breuer (que también empleaba el hipnotismo, pero con otra finalidad, según veremos), y aunque se había comprometido a interesar a Charcot en los trabajos de Breuer no se atrevió a discutirlos con él tan pronto como advirtió que no los aprobaba.

Psicogénesis del psicoanálisis.

Dejemos aquí, empero, el sumario del *curriculum* freudiano, para dirigir nuestra atención hacia quienes, por así decirlo, prepararon en la mente de Freud la creación de su obra máxima, el psicoanálisis. En primer lugar hallaremos los trabajos de Naudeau, quien ya en 1783 publicó un *Ensayo terapéutico de las perturbaciones del alma* donde las definía como alteraciones de la persona, independientes de su razón y de su voluntad, de naturaleza emocional y capaces de engendrar las más diversas enfermedades corporales, inclusive algunas de las más graves; para curarlas era necesario dejar que el paciente "se desahogase, confiando sus penas al médico".

Más tarde, el mismo Kant atribuye los trastornos mentales a una debilidad consciente que impide al sujeto frenar la ciega fuerza de sus impulsos. Mas el principal concepto psicoanalítico —el inconsciente— también había sido ya descrito y estudiado anteriormente por Hartmann. Este autor, en su *Filosofía de lo inconsciente* (publicada en 1867)*, afirmaba ya que no pasamos de ser una especie de fantoches, movidos por hilos ocultos en nuestro pasado. Si Comte afirmó que los muertos mandan, Hartmann sostuvo ya que el inconsciente nos dirige, mucho antes que Freud lo comprobase y difundiese.

También la "dinamización" de la psicología —atribuida exclusi-

¹ E. VON HARTMANN, *Philosophie des Unbewussten. Versuch einer Weltanschauung*. 3 vols., 1867.

vamente a Freud— fue en realidad el resultado de una reacción general contra el estatismo y el atomismo imperantes en esa disciplina. William James, que nunca es citado en las obras psicoanalíticas, fue el primero en afirmar que toda conciencia es motriz, que la acción precede al pensamiento y que existe, por lo tanto, un *perpetuum mobile* en el telón de nuestra vida íntima. En cuanto a la influencia darwiniana sobre el creador del psicoanálisis, es evidente que sobrepasa el mero concepto evolucionista; en su libro sobre el mecanismo de la expresión emocional en el hombre y en el animal, Darwin señala numerosos ejemplos de "somatización" y de "conversión" de potenciales emocionales en síntomas corporales.

Goethe comenta este hecho diciendo que también —por tener una menor capacidad de represión y de disimulo— el animal expresa toda su vida sexual en gestos y conductas musculares, observándose mejor en él la facilidad del paso o transformación de la *intención* en tensión muscular (*in-tensión*). Y Darwin extiende el concepto hasta la zona glandular, pues recuerda que el perro castigado *pierde el apetito* al mismo tiempo que el deseo de moverse. Si un ser humano exhibe una reacción semejante de un modo persistente, la llamamos *histérica*, y atribuimos al psicoanálisis el descubrimiento de ese mecanismo. Si Darwin observó que los animales expresan en términos físicos las incidencias de su vida individual, alterando involuntariamente su cuerpo de acuerdo con ellas, es obvio que fue un predecesor de la teoría psicoanalítica de las neurosis.

Por otra parte, mientras Freud visitaba a Charcot y se adscribía a su escuela, Bergson iniciaba su lucha vitalista y postulaba la fuerza del célebre *élan vital* contra la debilidad de la razón. También Rivers, en Inglaterra, en su libro sobre el inconsciente, ya iniciado entonces aunque todavía no publicado, comentaba varios casos de disociación de la personalidad y de sonambulismo dándoles una explicación meramente psicológica (oposición de un deseo primario a otro secundario, impuesto desde afuera). Finalmente, en 1892, Ingersoll publicó un ensayo en el cual, de acuerdo con su etimología, atribuía la histeria a una perturbación sexual debida a la insatisfacción de deseos libidinosos. Es evidente, pues, que Freud tuvo bastantes predecesores, inclusive entre los filósofos y moralistas más antiguos (Crisipo, por ejemplo, afirmaba antes de nacer Jesucristo, que "el amor insatisfecho se transforma en rabia"; La Rochefoucauld escribió que "nuestras virtudes, a menudo, sólo son vicios enmascarados", y Moliere creó su *Malade imaginaire* mucho antes de que nacieran los padres de Freud). Mas, como ya lo indicamos en el prólogo, ninguna obra de la cultura humana

es una creación enteramente original, *ex ovo*, y todas necesitan una base de sustentación, proporcionada por atisbos de antítesis de los conceptos, criterios o hábitos que van a modificar. Si citamos los antecedentes del psicoanálisis (renunciando inclusive a los *más* vulgarmente conocidos, como, por ejemplo, los trabajos de Pierre Janet sobre la tensión psicológica) es tan sólo para no presentar a Freud como un semidiós sino como un genial investigador.

El psicoanálisis freudiano "ortodoxo".

La enorme obra escrita de Freud, recogida en las diversas ediciones de sus *Sammelwerken* (Obras completas), ha sido ya suficientemente divulgada como para que nos creamos obligados a exponerla en detalle. Necesitamos recordarla, sin embargo, en sus puntos fundamentales y en sus diversos períodos, ya que si hoy —muerto su creador hace ya más de 20 años— se la considera como un cuerpo de doctrina unitario y "ortodoxo", el genial e inquieto espíritu de su creador fue siempre, en realidad, heterodoxo con respecto a sí mismo. En el curso de su fecunda producción demostró varias veces la verdad del proverbio que afirma que "es de sabios mudar de opinión", alterando no solamente la forma sino el fondo de sus conceptos. A cada uno de sus virajes ideológicos corresponde una fase bien distinta de su obra y, por ello, correríamos el riesgo de desorientar al lector si no las diferenciásemos debidamente para esclarecer nuestra crítica.

Visión panorámica de sus diversas fases conceptuales.

Esa relación expositiva, que haremos ajustándonos como siempre a una pauta evolutiva y cronológica, se basará principalmente en la presentación descriptiva del psicoanálisis que el mismo Freud hizo en una monografía¹, en las excelentes síntesis expositivas de Alexander y de Schiider y en la biografía retrospectiva de su fiel discípulo E. Jones.

La dividiremos en seis etapas a las que daremos por títulos, suficientemente expresivos como para dispensar más explicaciones, los siguientes:

1. *La fase de simple catarsis, abreacción o cura por el desahogo verbal.* En esta fase, el *psicoanálisis es más una propiedad de*

¹ SIGMUND FREUD, *Selbstdarstellung*. Medizin der Gegenwart, Munch. Med. Wochenschrift.

Breuer que de Freud y se reduce a una técnica para permitir a los pacientes de histeria que reduzcan sus tensiones íntimas y se desahoguen, contando las situaciones que las motivaron y reviviendo sus reacciones eforiantes.

2. *La fase del pansexualismo interpretativo, o sea, de "explosión" libidinal en la etiología de las neurosis.*

3. *La fase o etapa de sistematización de la teoría del inconsciente y la interpretación onírica.*

4. *La fase de la estructuración tripartita del "aparato" psíquico.*

5. *La fase <de creación de la lucha dialéctica de Eros contra Tanatos.*

6. *La fase de revalorización del hasta entonces descuidado yo.*

Obviamente, la técnica de exploración fundamental que es aún usada por todas las escuelas que se llaman psicoanalistas, o sea la técnica de cura verbal (*talking cure*) sobre la base de las llamadas "asociaciones libres", se descubrió en la primera de estas fases, pero inexplicablemente ésta es la fase más olvidada por los freudianos en sus referencias, pues quizás, por no ser debida a la exclusiva paternidad del maestro, no la consideran incluíble en el marco del psicoanálisis propiamente dicho, al que hacen nacer con la segunda. Nosotros, empero, la consideramos esencial y por lo tanto la describiremos con igual cuidado que las restantes.

Estudio de la primera fase: trabajos conjuntos de Breuer y Freud.

Joseph Breuer, once años mayor que Freud, era también un médico vienes. En 1880 estaba de moda el hipnotismo como medio terapéutico (como vuelve a estarlo 80 años después) y por esto comenzó a utilizarlo en el tratamiento de la histeria. Dedicado a la clínica general y contando con una vasta clientela, Breuer se interesó seriamente por este método, que le parecía inocuo, de fácil aplicación y de rápidos resultados. Por ello, cuando se le presentó una enferma —~~Ana~~— que presentaba una sintomatología difusa, aparentemente grave pero sin lesiones, comenzó su curación con la sugestión hipnótica. En una de las sesiones, la paciente revivió una serie de desagradables escenas protagonizadas por su madre y una dietista; mientras las refería dio muestras de gran desasosiego y pasó por una impresionante crisis histérica, pero al despertarse afirmó que se sentía muy mejorada, como si se hubiera sacado un peso de encima.

Dotado de una orientación neurobiológica, pero carente de intuición, Breuer no advirtió el alcance de ese hecho y lo explicó

admitiendo simplemente que existían en los histéricos ciertas condiciones del sistema nervioso que favorecían el bloqueo y ulterior enquistamiento de ciertos potenciales de acción que obstruían así el libre fluir de las corrientes nerviosas y producían la sintomatología, a veces por el refuerzo desencadenante de una intoxicación, una emoción o cualquier otra causa nociceptiva. El paciente podía entonces entrar en estado "hipnoide" y, durante el mismo, aquellos quistes se deshacían, reviviéndose los traumas que los originaron. Esta teoría de los estados hipnoides o "segundos" fue comunicada por Breuer a Freud en 1882, cuando este último se encontraba todavía enfrascado en estudios de histopatología nerviosa y glandular (recordemos, por ejemplo, sus primeros trabajos, referentes al origen de las raíces posteriores de la médula y acerca de la estructura del órgano lobulado de la anguila, descrito como testículo). Freud se convirtió en amigo y colaborador de Breuer pues ambos habían sido discípulos del fisiólogo Briicke, y aceptó la idea de trasladarse a París —con una beca obtenida por mediación de Breuer— para seguir de cerca los trabajos de Charcot sobre histeria e hipnosis y, a la vez, referirle los trabajos de aquél. Si bien así lo hizo, el gran neurólogo francés no les prestó la menor atención y Freud, tímido e introvertido, retornó a Viena, donde colaboró nuevamente con Breuer durante algunos años, hipnotizando con la técnica indicada por Charcot a gran número de sus pacientes, pero ocupándose, también, de temas bien diversos (tales como la emancipación de la mujer, la cuestión obrera, la farmacología de la coca, etc.). Hacia 1886 comenzó a observar los contenidos verbales "expulsados" durante la abreacción catártica y advirtió que, con singular frecuencia, hacían referencia a asuntos de naturaleza sexual. Mas no se detuvieron aquí sus hallazgos; interrogando a sus pacientes durante la fase de sonambulismo se convenció de que los acontecimientos que ejercían mayor acción patógena —y cuya rememoración aliviaba más los síndromes existentes— no sólo eran de naturaleza sexual conflictiva sino que correspondían a los primeros períodos del desarrollo infantil. En este período, de 1888 a 1893, a pesar de seguir colaborando con Breuer y preparar con él su trabajo conjunto *Studien über Hysterie* la mente de Freud empezaba a separarse del criterio interpretativo de su colega. En ella comenzaba a germinar lo que, años más tarde, sería su teoría sexual de las neurosis. Necesitaba ahora un apoyo y un estímulo para lanzarse por esa nueva y revolucionaria vía y los encontró en su creciente amistad con Wilhelm Fliess, médico otorrinolaringólogo berlinés. Este, tan inquieto como Freud, a pesar de tener una clientela y una posición económica envidiables, pasaba largas horas estudiando historia, arte, filosofía

y *numerología*. Poseído por una verdadera ritmomanía quería averiguar toda clase de periodicidades, y en el libro que publicó más tarde (*Lebenslauf*, Curso de la vida) afirma que cada sexo tiene su periodicidad, siendo ésta de 28 días para el femenino y de 23 para el masculino. Como la diferencia entre esos períodos es de 5, consideró a éste como una especie de número mágico, pues también interviene en la suma de aquéllos (28 más 23 son 51). En consecuencia, Fliess comenzó a estudiar los acontecimientos que ocurren cada 5 años, meses, días, horas, etc. Se dirigió a Viena para estudiar con el fisiólogo Brücke los ritmos corporales y allí conoció a Breuer y a Freud, trabando especial amistad con éste y casándose con una paciente de aquél.

Freud quedó deslumbrado ante la prodigiosa actividad imaginativa de Fliess y, sobre todo, ante su extraordinaria vitalidad. Por ello, cuando éste retornó a Berlín, inició con él una correspondencia que habría de durar 15 años y consistir en más de 400 cartas, de las cuales apenas se conservan 84. Fliess había observado que muchas de sus cuentas sufrían síntomas nasales, andando siempre con el pañuelo en la mano, y que eran, además, frías o genitualmente insatisfechas. Pronto estableció una relación entre esos hechos y consideró la obstrucción de la nariz como una compensación de esa insatisfacción. También descubrió que hay en los cornetes puntos sensibles, de tipo erógeno, constituidos por ramificaciones del trigémino y que, al ser tocados con un estilete, provocan una abreacción neuromotriz que es capaz de mejorar o curar la sintomatología de muchos neuróticos. Freud, que estaba realizando entonces estudios sobre la cocaína, le sugirió que la usase en aplicaciones tópicas en lugar del estilete. Y así se dieron en Alemania, con 30 años de antecedencia, escenas semejantes a las que provocaría en España el Dr. Asuero.

Mas Fliess había observado —siempre obsesionado por los números— que las mujeres que poseían una periodicidad de 25 días (ni 23 ni 28) eran bisexuales (o sea que llegaban al orgasmo con ambos sexos) y tuvo con esto suficiente base para lanzar su teoría del bisexualismo humano, antes que la enunciase Magnus Hirschfeld. Freud la aceptó íntegramente entonces y comenzaron a tornarse más tensas sus relaciones con Breuer, pues éste, dotado de una mentalidad realista y clásicamente anclada en el método anatomoclínico, no admitía otra explicación que la antes citada (facilidad para la extrapolación de ciertos procesos mentales que se enquistaban, etc.).

No era muy diferente la concepción de Charcot, quien admitía una mayor facilidad de provocación de los estados hipnoides en los casos de histerismo por hallarse éstos afectados de una "estre-

chez" del campo consciente. Por otro lado, la influencia de la brillante personalidad de Charcot sobre Freud había sido tan grande que, incluso cuando Freud tradujo, años más tarde, el libro de Bernheim en el que se criticaba a Charcot, se creyó obligado a defenderlo tanto en el prólogo como en las notas de su traducción.

Motivos de sus divergencias.

Se comprenden, pues, sus dudas y la necesidad de que Fliess lo animara a lanzar sus propias ideas. Más adelante llegó a darse cuenta que estas ideas se encontraban también en el subconsciente de sus opositores y cuando escribió su Historia del movimiento psicoanalítico comentó ese hecho con estas observaciones: "La primera diferencia entre Breuer y yo surgió con motivo de la interpretación del mecanismo íntimo de la histeria. Él se inclinaba siempre en favor de una teoría que podríamos llamar fisiológica y pretendía explicar la disociación anímica por un bloqueo de ciertas vías asociativas que excluiría del campo consciente importantes sectores de la experiencia psíquica y produciría los estados hipnoides. Yo, en cambio, me adscribía a una teoría psíquica y creía que tales sectores habían sido voluntariamente rechazados o expulsados del plano de la conciencia por ser molestos y angustiantes. Y pude comprobar que lo eran, porque su contenido sexual resultaba incompatible con la moral o ética individual. *Entonces me consideré descubridor de ese hecho*, aunque más tarde advertí que, en realidad, ya había sido enunciado por tres personas cuya opinión podía contar con mi más profundo respeto". Esas personas eran Breuer, Charcot y el gran ginecólogo vienes Chrobak. Seguidamente, Freud pasa a relatar lo que ocurrió y escribe: "Pregunté a Breuer, después de haber atendido a una enferma, cómo seguía su neurosis y me respondió que la explicación de la misma estaba en "secretos de alcoba"; asombrado, inquirí qué quería expresar con ese término y me respondió: "es claro, secretos del lecho conyugal. ¿No sabe Ud. que es allí donde se forman las neurosis?".

Su indecisión antes de separarse doctrinariamente de Breuer fue tan grande que todavía en una carta escrita a Fliess, el 19 de abril de 1894, escribe: "Como todo ser humano que necesita de alguien que le sugiera ideas para descansar de su propia crítica, voy a decirle que hace tres semanas que no he podido ocuparme ni hacer nada, ni siquiera comer. He tenido intensas arritmias, dolores precordiales que bajan por el brazo izquierdo, disnea, molestias en las piernas, insomnio, etc. A veces esas molestias *orgánicas* (el subrayado es nuestro) se atenúan durante unos días para dar paso

a un estado de hipomanía en el que me parece que tendré una larga vida. Para un médico que desea, durante todas las horas del día, captar el sentido de la neurosis, es torturante no poder saber si la depresión que sufre es lógica o hipocondríaca, orgánica o psíquica. No sé hasta dónde es posible diferenciar esas dos condiciones, pero creo que eso debería poder ser hecho sobre la base de los síntomas subjetivos y de su evolución y que Uds., los clínicos, deberían saber cómo interpretarlos".

Fin de la época catártica.

Debido a su neurosis, Freud llegó inclusive a consultar al propio Breuer (a quien llama Dr. X en sus cartas), quien le aseguró que sus síntomas se debían a un exceso de cigarrillos, pues en esa época fumaba enormemente. A pesar de ese dictamen, que el mismo Fliess corroboró luego, escribe en esa ocasión: "¡Debo decirte que en este punto es la primera vez que mi opinión diverge de la tuya. Tengo la impresión de que me ocultáis la verdad. Poseo suficiente valor para soportar con firmeza la perspectiva de tener una vida breve (Freud creía tener entonces una miocarditis) y el saberlo con certeza tal vez me fuese favorable para planear mi existencia y gozar razonablemente del tiempo que me resta de vida. Ahora estoy incapacitado para el trabajo y he comprendido que en el caso de una enfermedad crónica no podría contar con el consuelo científico. Por esto no he tenido ánimo ni para leer tus excelentes historias clínicas. Mi trabajo acerca del conocimiento de la neurosis quedó interrumpido

Vemos, pues, que el gran creador del psicoanálisis tuvo una neurosis de angustia y que, a pesar de estar ya convencido en esa época del origen sexual de ese tipo de manifestaciones y de afirmarle dos colegas y amigos el exacto diagnóstico clínico, no consiguió aplicar a sí mismo esos conceptos. Además de exagerar entonces el erotismo oral pasivo (succionando constantemente cigarrillos) y crearse una intoxicación por el abuso del tabaco, existían dos factores de angustia: la represión libidinal y la necesidad de autocastigo.

Conviene recordar también que en esta fase de transición, premonitoria del lanzamiento de su teoría sexual de las neurosis, Freud fue, durante bastante tiempo, defensor de las ideas erróneas de Charcot respecto de la histeria, y fue en este campo en donde inició su apartamiento de Meynert, quien, por ser antisemita, sentía antipatía hacia Freud. No obstante, su amistad cada vez más íntima con Fliess lo anima a preparar su rompimiento final con

Breuer. Por otra parte, la dificultad que Freud tuvo siempre para obtener rápidas transferencias de sus pacientes hacía que éstas no se hipnotizaran con facilidad ante él ni dijeran lo que él deseaba. Por esto comenzó a abandonar la hipnosis como método catártico y a emplear en su lugar el interrogatorio, de un modo coactivo, usando el llamado "método de concentración" cuando le parecía que podía obtener con él una evocación más rápida de los "traumas sexuales", tan afanosamente buscados: no se limitaba entonces a sugerir lo que la paciente debía recordar sino que le posaba la mano en su frente y la inducía a concentrarse para conseguir ese recuerdo, en la seguridad de que con él vendría la cura de sus trastornos. Tal interrogatorio de presión (*Druckfragen*, en alemán) recuerda bastante al que es común en los despachos policiales y tiene poco de científico. Obviamente, la mayor parte de las histéricas así tratadas evocaron escenas de su infancia y tuvieron dramáticas abreacciones de sus sentimientos sexuales, pero, ¿puede darse crédito a esos hechos? El mismo Freud tuvo la nobleza, más tarde, de dudarlos, como, más adelante veremos. (En la edición de 1906 de sus *Studien über Hysterie* admitía ya que las fantasías autoeróticas y los devaneos imaginativos podían reemplazar a reales traumas sexuales en la patogenia sintomática de la histeria).

La aparición del psicoanálisis como teoría evolutiva y pansexual de la vida humana.

En 1898, Freud se decidió a lanzar su teoría sexual de las neurosis. Tras algunos artículos aparecidos más o menos tímidamente, escribe entonces el folleto titulado: *La sexualidad en la etiología de las neurosis*, en el que ya afirma que la neurosis es el negativo de la perversión, o sea, que el neurótico lo es no por el mero hecho de tener problemas libidinales o libidinosos, sino por querer oponerse a solucionarlos de acuerdo con sus impulsos. Si así lo hiciese podría transformarse en delincuente o en elemento indeseable para la moral social, pero ciertamente no surgiría en él la neurosis. La lucha entre el deseo y el deber, entre la inclinación y la razón o, mejor, el imperativo ético, es lo que produce la angustia neurótica. En su represión de impulsos sexuales inconfesables llega el histérico a no poder disfrutar de los confesables y a ser frígido, a pesar de poseer una intensa libido. Freud estableció enseguida una diferencia entre la conducta genital y las fantasías eróticas de los neuróticos y por esto se explica que para él la sexualidad desborde en mucho el campo de la genitalidad.

La teoría de la libido.

A pesar de que con esa diferencia mitigaba la violencia de su afirmación inicial acerca del papel patógeno del *trauma* sexual, Freud siguió recibiendo el impacto de las protestas y objeciones que enseguida levantó su publicación y —en el intervalo que media entre 1898 y sus conferencias en la Universidad de Clark— dio al concepto de libido matices más o menos sexuales y genitales. No obstante, cuando se decidió a presentar en forma sistemática su psicoanálisis ya lo hizo admitiendo que el niño es un "perverso polimorfo", que tiene una intensa vida libidinosa y que inclusive durante su fase de lactante se masturba. La boca es el primer centro del placer sexual (fase oral de la libido), pasando éste al

iniciarse el segundo año y, sobre todo, durante éste y el tercero hacia el polo anal (erotismo anal) y uretral, para entrar más tarde en la llamada fase de latencia y superar finalmente todas esas etapas autoeróticas y fijarse en objetos exteriores y en la zona genital. La llamada "fijación materna" ocurre precozmente y tiene lugar por extensión —en virtud del principio del pensamiento mágico llamado de la *pars pro toto*— del placer proporcionado por el seno materno y por la ulterior gratificación que la madre da a todos los deseos infantiles. En suma, Freud admite que la libido es una energía capaz de desplazarse, en el curso evolutivo, de unas zonas corporales a otras (llamadas zonas "erógenas" porque se convierten en centros del placer sexual), para fijarse finalmente en la zona genital, y admite también que es posible que se proyecte y fije externamente en "objetos" o "imágenes", el primero de los cuales es la figura materna, para después extenderse a otros y concentrarse más tarde en una persona no familiar del sexo opuesto que pasará a ser cónyuge o amante.

Tal evolución y tales migraciones de la libido pueden verse interrumpidas por diversas causas, y entonces se producirá una detención o fijación anacrónica o, inclusive, una *regresión* libidinal, que dará origen a diversos tipos de perturbaciones mentales. En esta fase de su pensamiento, Freud concibió la libido (*sexualis*) como "una fuerza cuantitativamente variable, cuyos procesos y transformaciones pueden ser apreciados en los dominios de la excitación sexual". Pero en 1905 agrega: "Separamos esa libido de los procesos energéticos sobre los que se basa la actividad anímica y por lo tanto le atribuimos también un carácter cualitativo". Poco después afirma: "El análisis de las perversiones y de las neurosis nos ha mostrado que la excitación sexual no es producida solamente por las llamadas hormonas sexuales sino por todo el cuerpo, Construimos, por lo tanto, la idea de un *quantum* libidinal cuya representación psíquica llamamos "libido del yo" y cuya producción, aumento, disminución y dislocamiento han de ofrecernos posibilidades de explicación de los fenómenos psicosexuales". Es, pues, bien claro que Freud no limita su libido a una fuente hormonal determinada, sino que, incluso con anterioridad al descubrimiento del papel de la hipófisis, hace proceder *de todo el cuerpo* sus orígenes. Pero, al mismo tiempo, declaraba que esa *libido sexualis* era de tipo bisexual (idea que podría parecer confirmada por la gran semejanza química existente entre las fórmulas de las hormonas masculina y femenina) localizándose principalmente en el pene masculino y en su equivalente femenino (clítoris).

La publicación de estas ideas en Viena —que entonces vivía en todo el esplendor cortesano del reinado de Francisco José—

produjo el efecto de una bomba y se dijo que se trataba de una nueva pornografía pseudocientífica que llevaría al médico a violar secretos de la vida íntima con el pretexto de buscar un diagnóstico. A esto replicó valientemente Freud diciendo que en Turquía, hasta pocos años atrás, las mujeres no podían todavía ser examinadas por los médicos y debían mostrar el brazo a través de un agujero en la pared, para que se les tomara el pulso.

¿Cómo pudo elaborar esa teoría tan audaz cuando apenas había tenido ocasión de examinar un reducido número de niños, que además eran portadores de disturbios y no podían ser considerados como normales? Porque la dedujo de los testimonios de las pacientes adultas histéricas, sometidas por él a un interrogatorio en el que, sin darse cuenta, con la pregunta iba implícita la respuesta, y del mismo modo como Charcot consiguió enseñar a sus enfermas de la Salpêtrière que se comportasen de acuerdo con su concepto de la crisis histérica, Freud obtuvo de las suyas que hablasen de acuerdo con lo que él deseaba oír. Y Freud llegó a un error mayor cuando quiso dar una patogenia sexual unívoca a cada neurosis: la neurastenia, por ejemplo, era —según él— provocada por la excesiva masturbación; la neurosis de angustia era debida al *coitus interruptus*, etc.

Muchos de los adeptos de Freud no admiten hoy, en su formulación sistemática, la teoría freudiana de la libido, y así Theodor Reik, que fue uno de sus más fieles discípulos¹, ha escrito, nada menos, que esa teoría constituye "la fuente de los mayores y más incomprensibles errores de toda la obra freudiana".

En cambio, no han faltado discípulos y seguidores de Freud que, lejos de mitigar como él hizo, la cruda formulación de su teoría, la han exagerado hasta tornarla absurda. Entre ellos cabe destacar a Wilhelm Reich, quien de tal modo se impresionó por la comparación que Freud hizo entre su libido y el *élan vital* bergsoniano, que llegó a crear el concepto de la "orgona" —energía sexual *universal*— que se encuentra por doquier y que puede concentrarse, como la célebre energía magnética de Messmer, en el cuerpo humano, animándolo, revigorizándolo y curándolo de cualquier enfermedad, incluso del cáncer. Ya veremos que esta exagerador de Reich le costó ir a la cárcel (y, lo que es peor, morir en ella) mas, de todos modos, no se puede negar que la teoría de la libido, tal como fue formulada por Freud en sus célebres conferencias de la Universidad de Clark, es hoy puesta en tela de juicio hasta por aquellos que se titulan freudianos. Recordemos a este respecto que en el libro de Sears, donde se concentran todas las ten-

¹ Véase su libro: *Treinta años con Freud*.

tativas de comprobación experimental de estas migraciones y excursiones libidinales (no solamente de unos órganos corporales a otros sino de unos a otros objetos externos, desde la madre hasta una herramienta de trabajo, un alimento, un libro o una nube), también se exponen muy válidas dudas acerca de su veracidad,

Que exista una tendencia de la fuente de placer a ir descendiendo en la medida en que va avanzando el proceso de mielinización, durante los dos primeros años de la vida, no significa que se desplace ni la libido ni ninguna otra fuerza o entelequia, sino que se colocan en actividad centros sensitivos cada vez más distantes del polo oral y gracias a esto —no tanto por el placer como por el dolor— el niño completa su esquema corporal, termina de limitar la imagen de su apariencia física y adquiere la posibilidad de tener un yo. Por eso Freud fue demasiado lejos en sus conclusiones al considerar que cualquier satisfacción que el niño tenga en esa fase de su desarrollo ha de corresponder a una actividad erótica (o, más precisamente, autoerótica). ¿Cuándo pudo alguien demostrar que no existe otro placer que el erótico? ¿Acaso el libre juego de todos sus músculos que el lactante ejerce desde los primeros meses de su vida con evidente satisfacción (y que proporciona el llamado placer funcional) es también sexual? Si el mismo Freud lo hubiese juzgado así, habría cometido un imperdonable olvido al no haberlo incluido en su teoría, y si no lo juzgó —en lo que fue correcto— no se explica entonces por qué afirma que todo placer primario, sensual o corporal, es de naturaleza libidinosa.

El inconsciente freudiano.

Probablemente Freud había leído ya el libro de Hartmann sobre el inconsciente (aun cuando no lo cita) al elaborar con Breuer su trabajo inicial sobre la histeria, pero también podemos admitir que lo que hizo fijar su atención en el concepto del inconsciente fue, sobre todo, el ver que después de la aparente mejoría o desaparición de los síntomas de sus pacientes tratadas con el método inicial de la abreacción catártica (la *talking cure*), podían volver a reaparecer las mismas manifestaciones si bien, casi siempre, con nuevos aditamentos sintomáticos. Había quedado, pues, algo retenido que ni siquiera la hipnosis y la violenta crisis emocional de la revivificación traumática habían conseguido arrancar. Por otro lado, existían enfermos afectados de graves manifestaciones neuróticas en los que no se conseguían evidenciar los "traumas sexuales" que Freud suponía los causantes de tales trastornos.

Además, tras períodos de olvido en los que parecía irremisible-

mente perdida una serie de recuerdos, ésta volvía a veces a emerger íntegra en la conciencia de un individuo. Todo esto confirmaba que ese material psíquico debía estar en "algún lugar" de la individualidad y que ese lugar no era precisamente el campo consciente.

Pero lo que caracterizó y dio originalidad al concepto freudiano fue la suposición de que esa instancia psíquica, a pesar de su abigarrada heterogeneidad, poseía una constante actividad direccional, es decir, se dirigía hacia la obtención de ciertas finalidades y, en cierto modo, tenía una organización propia, obedeciendo a ciertos principios estructurales. Consiguientemente era necesaria una exploración sistemática de ese inmenso y virtual territorio psíquico, del cual no solamente emergían sueños y fantasías sino impulsos y tendencias que conseguían burlar todas las defensas del yo consciente. Freud denominó *id* (ello) al conjunto de fuerzas psíquicas que, situadas en el inconsciente, constituyen el llamado "fondo instintivo" o "psicoide" de la persona humana y permanecen ajenas a todas las adquisiciones culturales que ésta efectúe durante su vida. El mero hecho de que durante años opusiese el "ello" y el "yo" (*das "Es" y das "Ich"*), admitiendo que en muchos casos de conflicto entre ambos núcleos psíquicos, la victoria correspondiese al primero, daba a entender que concedía a éste una capacidad de acción extraordinaria, mal compaginable con el concepto de puro almacén o depósito de datos e imágenes que, hasta entonces, imperaba acerca del inconsciente.

Por otra parte, no podía Freud mantener una completa separación entre ambos planos o niveles de actividad mental, pues esto equivaldría a tornar al hombre —que posee ambos— un ser "dividido", es decir, un esquizofrénico. Era necesario crear un puente que permitiese su intercomunicación y así lo hizo el genial autor del psicoanálisis, estableciendo la noción del "preconsciente" (en realidad correspondiente al término ya entonces usado de "subconsciente", pero sin duda más bien elegido y apropiado que éste, puesto que no presupone subordinación (peyorativa) y sí antecendencia o precedencia).

Freud mantuvo que en esa zona preconsciente rigen las mismas leyes que son válidas para la actividad plenamente consciente. Sería, pues, una zona de penumbra, en la que con un poco de más intensidad, cualquier dato adquiere la luminosidad necesaria para ser autopercebido. En cambio, en los diversos estratos del inconsciente reinaría la total oscuridad y es preciso orientarse mediante inferencias semejantes a las que hacemos cuando penetramos sin luz en un cuarto durante la más cerrada noche. Fue sobre todo el estudio de los sueños y su interpretación, lo que le •

dio el convencimiento de que el inconsciente actúa con absoluta ignorancia de los principios de la lógica, siguiendo en sus hilaciones de datos, las leyes del llamado pensamiento primitivo o pre-lógico (mágico-animista). Esto, unido a la inexistencia de la noción del tiempo, permite que los resultados de la elaboración inconsciente de cualquier tema o problema individual —tal como aparecen en los sueños y en los devaneos crepusculares— sean aparentemente ininteligibles y hayan de ser descifrados para poder ser comprendidos por nuestra conciencia.

Surge aquí, empero, una contradicción en la obra freudiana, porque si unas veces achaca el carácter absurdo de los sueños a esa falta de coordinación lógica que existe en esas zonas profundas o "abisales" del psiquismo, otras, en cambio, lo explica por la acción deformante y distorsionante de dos procesos o funciones psíquicas a las que da el calificativo de "censuras" y que actúan en dos niveles o fronteras: entre el inconsciente y el pre-consciente y entre éste y la conciencia. Ahora bien, la admisión de una resistencia consciente, capaz de expulsar del campo de la autognosis todos los contenidos que resulten molestos y sean incompatibles con las normas éticas del yo, puede aceptarse pensando que es ese propio yo quien resulta el "censor" y la ejerce, como una defensa. Pero, ¿qué pensar de la censura situada entre las zonas del pre-consciente y el inconsciente? ¿Quién es *él* "censor" ahí? Y no se diga que esa segunda acción sea poco importante pues, como enseguida vamos a ver, es ella —bajo la forma de censura onírica—, la encargada de hacer ininteligibles las imágenes y los *sucesos* de nuestros sueños.

Agregúese ahora, todavía, otra complicación: en el inconsciente freudiano existe, además, del ello y de una parte del yo, otro sector del superyó, el cual se revela como opuesto, al mismo tiempo, al ello y al yo. Es, pues, un verdadero "nido de víboras", un ente proteiforme y heterogéneo, constantemente en actividad elaborativa, no meramente receptiva o impulsiva. Sin duda esa visión es bastante peyorativa, pues hasta cierto punto lo identifica con el concepto demoníaco y nos hace temerlo, ya que es capaz aviesamente de vencer las dos censuras y llevarnos a cometer toda clase de errores y dislates, a pesar de que nuestro yo se encuentra provisto de numerosas defensas.

Por esto ha sido uno de los mayores méritos de Carl G. Jung, el de haber sistematizado mejor los estratos o zonas de ese inmenso e ignoto territorio psíquico, introduciendo en él la fecunda noción del llamado *inconsciente colectivo* y, por otra parte, redimiéndole de sus graves defectos, pues con muy buen sentido ha llamado la atención acerca de su capacidad de creación, tanto ar-

tística como científica, en los denominados estados de "inspiración" y de "éxtasis".

Gracias a Jung, la noción del inconsciente adquiere un carácter más humano, y al igual que la propia noción del yo, se convierte en un núcleo polivalente, en el que hay posibilidad de descubrir y apreciar todo tipo de valores y desvalores, cualidades y defectos, miserias y grandezas.

La reanimación de la práctica de la hipnosis con finalidades de investigación, en nuestra década, ha venido a dar la razón a Jung en contra de Freud, pues ha mostrado cómo en el inconsciente de multitud de seres humanos aparentemente insignificantes existen no solamente bellísimas imágenes, sino enormes potencialidades creadoras, aunque también se alberguen todas las tendencias propias de la vida zoológica, dentro de la que —quíéralo o no— se encuentra inscripto el hombre.

LA INTERPRETACIÓN FREUDIANA
DE LOS SUEÑOS (TRAUMDEUTUNG).
RELACIÓN RECÍPROCA ENTRE LOS PLANOS
CONSCIENTE E INCONSCIENTE A TRAVÉS DE LOS SUEÑOS.
CRÍTICA DE LA INTERPRETACIÓN
FREUDIANA DE LOS SUEÑOS.

La interpretación freudiana de los sueños (Traumdeutung).

Uno de los capítulos más brillantes de la inmensa obra freudiana ha sido su aplicación de la técnica de las llamadas "asociaciones libres" a la interpretación de los sueños. Desde tiempos muy antiguos el hombre había adoptado una actitud supersticiosa ante el fenómeno del ensueño y lo había considerado como proveniente de un agente exterior, divino o mágico. Así, Erich Fromm en su libro *El lenguaje olvidado*, cita que cuando Jesucristo deambuló por Jerusalén, había nada menos que veinticuatro profesionales que ganaban su vida en esa ciudad interpretando (adivinatoriamente) los sueños de sus habitantes. Pero bajo el doble impacto de la religión y la ciencia fue abandonándose el interés por los sueños, y éstos pasaron a ser considerados como el informe producto de una actividad psíquica periclitante, es decir, actuante en condiciones desfavorables. Se consideraba que ocurrían mezclas de imágenes, errores e insensateces, porque la capacidad de juicio se encontraba adormecida, lo mismo que la función crítica, y en tales condiciones la imaginación no tenía traba alguna. Del mismo modo como cuando en vigilia alguien realizaba una estupidez, comentaba: "No sé cómo pude hacer esto, debía estar medio dormido", cuando alguien la soñaba le parecía natural. El sueño era por lo tanto una especie de residuo mental, que no merecía la atención del científico, cuando Freud, invocando su concepto del determinismo psíquico, se atrevió a postular que todo sueño tiene un sentido y es en cierto modo significativo, constituyendo una especie de mensaje, pero no procedente del exterior —como antes se creía— sino engendrado en las profundidades del propio ser que, de este modo, fabrica y recibe su propio sueño. El inconsciente se torna de este modo presente ante el plano consciente, pero lo hace con un producto que éste —o más precisamente el yo que en él actúa— ha de descifrar, pues se presenta totalmente constituido por imágenes-símbolos, aunque también puede contener elementos verbales, pero éstos, a su vez, no pueden

ser tomados en su sentido literal. Del mismo modo que las parábolas y los mitos, cada sueño necesita una interpretación que proceda en sentido inverso al proceso de su elaboración y que, a través de su contenido "aparente" nos restituya su contenido "latente".

Por otra parte, no es meramente por la intención de eludir las dos "censuras" que el "ello", situado en el inconsciente, deforma y disfraza su mensaje sino, también, porque éste hace referencia fundamentalmente a datos y a energías de tipo primario, afectivoemocional, que pueden ser captados o sentidos de un modo inmediato (vivencial) pero difícilmente son traducibles en términos verbales precisos y directos. Fromm ejemplifica esa dificultad de "verbalizar" los matices de nuestras impresiones inmediatas con la siguiente pregunta, que puede ser formulada a cualquier bebedor habitual de vinos: ¿cuáles son las diferencias gustativas entre el vino blanco y el vino tinto? Sin duda el interrogado dirá que son muchas y que nadie puede confundirlos, pero cuando se le obligue a describir verbalmente esas diferencias, tras varios intentos fallidos es más que probable que le oigamos decir: "Pruébelos y rerá como nunca más tendrá que preguntar este asunto". El sueño manipula contenidos primarios que también se prestan muy poco a ser descritos con palabras y por eso acude a recursos representativos no comunes, adquiriendo un carácter que podríamos denominar "simbólico" y que se torna esotérico por la acción de la censura onírica.

Relación recíproca entre los planos consciente e inconsciente a través de los sueños.

Freud describe 3 procesos cuya interacción explica el carácter absurdo del llamado "contenido aparente" de los sueños: la *condensación*, el *dislocamiento* y la *aromatización*. La "condensación" se encuentra frecuentemente en las producciones plásticas de los hombres primitivos y en las de los pintores surrealistas, y consiste en que una determinada imagen acumula los atributos y significados normalmente correspondientes a varios contenidos o sustancias. Así no es raro que un mismo personaje del sueño tenga inicialmente la cara de un amigo, después se parezca a nuestro hermano, luego adquiera la expresión de nuestro padre, etc. Freud designa a estas imágenes condensadas —cuando se refieren a seres humanos— con el calificativo de "personas conjuntas" o "personas colectivas" (*Sammelpersonen*, en alemán) y admite que la condensación puede también tener lugar con nombres, como ocurre en

el caso de soñar con un juez llamado Elmano (condensación de Elías —nombre del padre del soñador—, Manuel —nombre del jefe— y además contracción de "hermano", comprensible por ser el hermano del soñador muy exigente y puritano). Cuando la fusión se opera en el propio contenido latente tiene lugar la llamada *identificación* (entonces el soñador ve, por ejemplo, una persona que se encuentra en situación idéntica a la que él atraviesa en la realidad y actúa del modo que le es habitual).

El desplazamiento o *desplazamiento* (*Verschiebung*) consiste en transferir hacia un elemento aparentemente neutro e insignificante —un detalle— el sentido y la representación realmente correspondientes a algunas de las imágenes aparentemente más importantes del sueño (en su contenido manifiesto), y que están ligadas a él por simples relaciones asociativas. Ese elemento viene así a convertirse en símbolo de estas imágenes que, por así decirlo, aparecen en el sueño para despistar, como ocurre con la mayoría de los personajes supuestamente implicados en las novelas policiales. Así como en éstas, el asesino es aquel que menos podríamos sospechar, así en los sueños el protagonista —es decir el soñador— puede hallarse representado no por su propia imagen y sí por la de cualquier otra persona, aparentemente sin papel o importancia. Freud caracteriza ese desplazamiento afirmando que da lugar a una "transmutación de todos los valores". Son preferentemente, según él, las imágenes correspondientes a vivencias recientes y todavía no sedimentadas, las que mejor se prestan para servir de sustitutos (*Ersatz*, en alemán) a las que transmiten las cargas afectivas más potentes y estables de la personalidad. Por esto es común que intervengan en los sueños bastantes recuerdos de la vida diaria, que parecen ser apenas ecos de ésta pero en realidad son los exponentes esenciales del significado onírico latente.

El tercer proceso distorsionante o factor deformante en la teoría freudiana es llamado "dramatización". En virtud de ese proceso, el sueño adquiere un aspecto teatral o cinematográfico: las escenas se suceden, variando bruscamente los lugares y las épocas, pero a diferencia de lo que ocurre en las piezas de teatro o en las películas, falta con frecuencia la hilación entre unas y otras partes, de modo que esto, unido al efecto de los dos procesos anteriores, explica el carácter fantasmagórico de la mayoría de los sueños. Para ayudar a descifrarlos, Freud, en su *Traumdeutung*, da algunas indicaciones, entre ellas: "Los personajes reales representan generalmente los padres del soñador que es, a su vez, representado por una imagen principesca. También los padres pueden ser representados en el sueño por hombres o mujeres célebres. Todos los objetos largos (bastones, troncos, paraguas, plátanos, armas de

íuego, puñales, pararrayos, etc.), son representaciones del órgano genital masculino... Los estuches, cajas, estufas, cavernas, barcos y toda clase de recipientes corresponden al cuerpo femenino. Las habitaciones representan casi siempre mujeres (y la descripción de sus entradas y salidas confirma esta interpretación). Teniendo en cuenta esto, se comprende la importancia de que en el sueño la habitación permanezca cerrada o abierta; resulta asimismo obvio el significado latente de la llave que abre esa habitación (símbolismo utilizado por Uhland en el *Lied* del Conde Eberstein). .. Los peldaños y el subir o bajarlos, lo mismo que subir o bajar por muros de casas, son símbolos del acto sexual. En general, las paredes lisas simbolizan cuerpos masculinos. También mesas y tablas —como objetos de madera— representan cuerpos femeninos. Siendo mesa y cama la base del matrimonio, es frecuente en el sueño su recíproca sustitución o transmutación, como asimismo ocurre la de un complejo sexual por otro alimentario. Entre las prendas de vestir, el sombrero, pieles, etc., son interpretados como símbolos genitales femeninos y la corbata lo es como símbolo masculino. Todas las complicadas maquinarias y aparatos son, lo mismo que las herramientas, símbolos genitales, casi siempre masculinos".

"Análogamente, muchos paisajes oníricos, sobre todo los que tienen montañas, bosques o puentes pueden ser interpretados como representando los órganos genitales femeninos. Cuando en el sueño aparecen neologismos incomprensibles, hemos de pensar también en una fusión de elementos de significado sexual. Las criaturas pequeñas son *símbolos* genitales. La calvicie, cortar el cabello, la extracción o caída de un diente e inclusive la decapitación, deben ser interpretadas como símbolos de castración. Cuando uno de los símbolos penianos aparece multiplicado, hemos de interpretarlo como una defensa contra la castración; lo mismo significa la imagen de la lagartija (pues le crece nuevamente la cola cuando es cortada). Algunos de los animales mitológicos y también otros domésticos, son símbolos oníricos genitales. El pez, el caracol, el gato, el ratón y, sobre todo la serpiente, representan el pene. Cuando en los sueños infantiles aparecen animales pequeños y parásitos, representan los hermanos del soñador (que perturban su hegemonía familiar). Soñar que se tiene el cuerpo invadido por parásitos es un frecuente símbolo de gravidez. En cuanto al espacio onírico, tiene una significación ética: el hemiespacio izquierdo (siniestro) es malo, y el derecho es bueno".

Podríamos seguir citando más trozos de las interpretaciones freudianas, pero las presentadas son suficientes para comprender hasta qué punto la publicación de su libro (*Traumdeutung*) chocó

al ambiente cultural de su época y lo dividió nítidamente en dos grupos desiguales: el que suponía que se trataba de una obra genial y el que creía que se trataba de una genial, pero estúpida exageración (pues nadie puso en duda la honestidad del autor).

Crítica de la interpretación freudiana de los sueños.

Transcurrido medio siglo desde esa aparición, podemos juzgarla con mayor objetividad, no solamente por haberse completado la obra freudiana sino también por haber dado ésta origen a una extensa bibliografía internacional sobre el tema¹. ¿Qué juicio ha de merecernos esta importante faceta del psicoanálisis, a la que su autor llegó a llamar su Vía Regia? Veámoslo: Un hecho aparece como cierto; el soñador no es solamente el receptor sino el creador de sus sueños e inclusive, en cierto modo, también su actor. O sea que en un mismo centro psíquico convergen el autor, el actor y el espectador de esas fantasmagorías, lo que las torna más interesantes para la investigación psicológica que cualquier otro fenómeno o proceso mental. Pero las divergencias comienzan a manifestarse tan pronto como se quiera dar un carácter rígido a la explicación de su génesis, de su dinamismo o de sus intenciones o efectos. Hoy existen no menos de cuatro sistemas o criterios interpretativos que disputan a la *Trautndeutung* su validez: en primer lugar citaremos la concepción de Ludwig Binswanger², y luego las ideas de Cari G. Jung, que veremos detenidamente más adelante; las de Erieh Fromm³, y finalmente las de I. P. Pavlov (enunciadas en el tercer volumen de sus obras completas).

L. Binswanger, ex discípulo y profundo admirador de Freud, considera que el sueño es un particular estado existencial en el que domina la vida biológica sobre la histórica, el mundo subjetivo, privado, singular o particular sobre el mundo objetivo, social, universal y común (siguiendo a Heráclito cuando afirma que: los despiertos tienen un mismo mundo y los durmientes poseen cada cual su mundo propio. V. *Parménides*, de K. Reinhardt).

¹ En su libro sobre el sueño, Werner Kemper cita nada menos que 210 trabajos referentes a él, aparecidos después de la *Tmumdeutung* de Freud. Por otra parte, Siebenthal, en su obra *Die Wissenschaft von Traum* (La ciencia de los sueños), publicada en 1953, acumula 1300 citas bibliográficas relativas a este tema.

² Fue expuesta inicialmente en su opúsculo *Traum und Existenz* (El sueño y la existencia).

³ Expuestas en su libro *The forgotten language* (El lenguaje olvidado).

Afirma asimismo que lo importante en el sueño no son las imágenes ni los símbolos sino el "tema", o sea el contenido del drama onírico. Éste, casi siempre, traduce las oscilaciones de la tensión biológica y por esto son tan frecuentes los ascensos o los hundimientos en el plano vertical del virtual espacio onírico. Subir y bajar no representa —como opina Freud— descargar la *libido sexualis*, sino oscilar en la dirección vital.

Cari C. Jung, por su parte, considera que los sueños no representan mensajes de los complejos reprimidos en el inconsciente, sino el efecto de la erupción de las imágenes arquetípicas del inconsciente colectivo en el subconsciente individual. Poseedor de un criterio tan sistematizador y rígido como Freud, este autor da, no obstante, una interpretación enteramente diversa a las imágenes oníricas y las torna siempre representantes de los llamados arquetipos (Sombra, Anima, *Animus*, Viejo Mago, símbolos mandálicos), oponiéndose en este aspecto frontalmente a la interpretación de Binswanger, ya que de acuerdo con éste, el sueño nos desvincula del mundo universal (de vigilia) y nos sumerge en el mundo privado, y en cambio Jung postula que en el sueño, el individuo ingresa en el mundo arcaico, colectivo, casi eterno e inmutable. No obstante, en otro aspecto coinciden las ideas de Binswanger y Jung, divergiendo de las de Freud: ambos no aceptan el predominio absoluto de los problemas sexuales en el proceso onírico y consideran que, al contrario, los temas dominantes hacen referencia a los que podríamos denominar problemas propiamente filosóficos o espirituales (o existenciales, en el sentido heideggeriano).

Erich Fromm, por su parte, intenta tomar una posición intermedia entre Freud y Jung. No admite, como el primero, que el sueño sea "una realización alucinante de reprimidos deseos infantiles" ni, como el segundo, que sea "una revelación de la sabiduría arcaica y colectiva, que trasciende al individuo". En cambio, defiende la idea de que el sueño es el producto de una actividad mental que persiste durante el reposo consciente y que del mismo modo que puede expresar nuestros impulsos irracionales también es capaz de evidenciar nuestra razón y nuestra moral, sin que en ningún caso hayamos de atribuirle un origen extra o superindividual. Por otra parte, considera que no se pueden dictar reglas demasiado rígidas y —en esto diverge también de los dos autores citados— debido a esa falta de univocidad del lenguaje onírico, su interpretación constituye más un arte que un proceso científico,

Iván Petrovich Pavlov diverge de todos, pues considera que el sueño, en sus infinitas variantes, es el resultado de una inhibición general defectuosa de la corteza cerebral. Cuando la inhibición es completa el sujeto duerme sin soñar, pero si se engendra un

foco de excitación —ya sea por estimulación externa o bien por estimulación interna— las vías neuronales entran en actividad local y por el hecho de predominar la inhibición cortical los centros nerviosos superiores —en donde radica el pensamiento lógico— apenas si interfieren en el curso de las corrientes de acción, de suerte que las imágenes reactivadas por éstas lo son exclusivamente en virtud de las conexiones asociativas que en ese instante ofrecen menor resistencia a su paso. De este modo, la sucesión de las imágenes oníricas obedece apenas a las antiguas leyes aristotélicas (de continuidad y contigüidad temporoespacial) y el mundo del sueño adquiere un aspecto mágico. Pero en la medida en que las neuronas de las capas superiores de la corteza cerebral se desinhiben y se acerca el momento del despertar (lo que tendrá lugar cuando esa desinhibición haya alcanzado un determinado umbral de extensión e intensidad), el sueño adquiere un carácter menos absurdo y más semejante a los devaneos o ensueños propios de la semivigilia. Para Pavlov, por lo tanto, el sueño no es el resultado de una pugna entre el ello y la censura preconsciente sino simplemente el efecto de un estado intermedio entre la total inhibición y la total vigilia cortical.

No puede dejar de llamar la atención en este campo el hecho de que cuando existen estados de fatiga, intoxicación o debilidad cortical que nubilan transitoriamente la habitual vigilia consciente, las personas que los sufren acostumbran a decir: "No sé si esto que me está ocurriendo ahora es realidad o sueño". Exactamente también —aun cuando en un orden inverso— los soñadores que empiezan a recobrar su vigilia acostumbran a sentir la duda de si están soñando o si están despiertos. Y también los enfermos psicóticos cuando recobran su razón acostumbran a afirmar: "Me parece haber estado sufriendo una pesadilla".

Como se acaba de ver, ninguno de los cuatro sistemas interpretativos de los fenómenos oníricos aquí resumidos acepta el pansexualismo o el "trabajo de la elaboración onírica" propuestos por Freud como explicación en su *Traumdeutung* y mucho menos considera que sean los complejos infantiles reprimidos la exclusiva fuerza motivante del sueño.

Freud descubre el remordimiento y crea el superyó.

Como es sabido, durante los primeros años de su elaboración teórica, Freud adoptó una filosofía de tipo hedonista y creyó que todo el sentido de la vida psíquica se dirige a facilitar la descarga de las tensiones instintivas, que se acumulan a medida que se demora la obtención del objetivo hacia el cual van dirigidas. El escenario de toda la vida mental humana estaba, según él, dominado por dos principios: el del placer y el de la realidad. El primero gobernaba de un modo absoluto en las zonas más profundas del psiquismo, o sea en el *ello* y se infiltraba constantemente en la conciencia individual, pero en ésta, el yo sufría la presión de las exigencias sociales y tenía que curvarse ante el principio de la realidad, rechazando o reprimiendo los impulsos libidinales incompatibles con la moral vigente en el grupo social. Pero a partir de la publicación de su obra *JenseMs des Lustprinzips* (Más allá del principio del placer) introdujo un espectacular cambio en sus ideas, pues por primera vez admitió que necesitaba una explicación el hecho de que se engendrara, en ciertas ocasiones, una angustia en el individuo, tanto si reprimía como si satisfacía sus deseos. Basándose en el "principio de economía", según el cual una de las principales funciones del psiquismo era la de mantener en bajo nivel el grado de excitación tensional, y apoyándose también en las anteriores concepciones de G. T. Fechner, Freud inicia el estudio de la que llama "metapsicología", pues trasciende su anterior psicología, y admite que en las neurosis traumáticas (por accidente, guerra, etc.) falla su teoría según la cual todo síntoma neurótico era expresión de un deseo infantil reprimido. Admitió entonces que existen en el yo instintos de conservación que propenden a obtener el retorno a un estado anterior, en oposición a los impulsos sexuales del *ello*. No sería, pues, el principio del placer el único motivante profundo de la conducta, sino que habría también —independientemente de la presión externa o social— fuerzas autóctonas, primarias, capaces de llevar al individuo a un estadio

en el cual se detendría o fijaría su existencia, estabilizándose y conservándose estáticamente, o sea, permaneciendo fija en un estado que ha sido ya desbordado por el tiempo. Esas fuerzas se manifiestan en el llamado "impulso repetitivo" (*Wiederholungsdrang*) que aparece hasta en los propios juegos infantiles. Vemos ahí delinearse, ya en 1915, la concepción de lo que pocos años después se transformará en el célebre *Tanatos* o instinto de muerte, que Freud opondrá al Eros platónico. Ahora, no obstante, su pensamiento lo lleva apenas a considerar que el individuo propende a volver a vivir tanto lo que le es agradable como lo que le es desagradable, y que si lo primero lo hace impulsado por la libido (radicada fundamentalmente en el inconsciente), lo segundo lo hace motivado por la tendencia conservadora, principalmente vinculada con el yo.

Mas la vivencia de lo desagradable es angustiosa, hace sufrir al sujeto y se torna difícil comprender la existencia de esa especie de masoquismo moral o mental en el yo, ya que precisamente su misión fundamental era la de conciliar las exigencias del ello y las de la realidad, de modo que se evitase lo más posible el sufrimiento. Para superar esa contradicción creó Freud, pocos años después, el concepto del superyó, considerando que este nuevo componente del aparato psíquico era el resultado de introyectar las figuras admonitorias de los propios genitores. Son muchos los libros de divulgación psicoanalítica que afirman equivocadamente que solamente la figura paterna es introyectada en los niños, y la materna en las niñas, para librarse ambos del temor a un castigo de sus sentimientos incestuosos hacia el genitor de sexo contrario. La verdad, no obstante, es que Freud admitía la bisexualidad infantil y por lo tanto supuso que tanto el niño como la niña mantenían una actitud ambivalente hacia cada uno de sus progenitores, motivo por el cual se tornaba imperativa su introyección conjunta. Solamente en la medida en que uno de los componentes sexuales domina al otro, el famoso complejo de Edipo se transforma en simple y entonces el superyó se nutre exclusivamente del eco, constantemente revivido, de las consignas (de comando o de prohibición) del progenitor de sexo contrario. El niño se autoasigna tales consignas y con ellas fiscaliza su conducta, a veces de un modo todavía más severo que el que habría usado el padre o la madre si hubiesen estado presentes.

Lo curioso del caso es que Freud considera inicialmente al superyó como una zona diferenciada, precipitada o aislada del yo (inclusive llegó a llamarlo inicialmente el ideal del yo), pero en ulteriores escritos pasa a radicarlo cada vez más en el inconsciente y a atribuirle un carácter sádico y destructivo, hasta el punto de

hacerlo confundir, a veces, con la función del Tanatos o instinto de muerte. De todos modos, un hecho queda en pie a través de las mudanzas de su pensamiento: sin la existencia del complejo de Edipo no habría remordimiento y el superyó no tendría motivo para aparecer.

Crítica de la concepción tripartita del "aparato psíquico".

Con la creación del superyó, el "aparato psíquico" freudiano pasó a tener una estructura tripartita, complicada y de difícil comprensión, pues si bien existían anteriormente otros esquemas interpretativos tripartitos (cuerpo, alma y espíritu; subconciencia, conciencia y superconciencia; kinopsique, timosique y noopsique; persona profunda, persona íntima y persona social, etc.), todos ellos estaban basados en una seriación lineal, de estratos espaciales o temporales: así, a la mayoría de esas concepciones tripartitas correspondían esquemas neurofisiológicos tales como el que diferenciaba las actividades talámicas, las subcorticales y las corticales o los reflejos primarios, los reflejos y reflejos condicionados de primer grado y los reflejos condicionados de segundo orden (simbólicos o psíquicos de Bechterew-Pavlov). En cambio, lo extraordinario del esquema freudiano es que cada una de esas instancias, núcleos o zonas psíquicas sobrepasa sus límites a cada instante y de este modo, tanto el ello como el yo y el superyó, se interpenetran y confunden o, por el contrario, se oponen y luchan según el criterio interpretativo del psicoanalista.

Así el yo, nacido primitivamente del ello, mantiene toda la vida una parte de él en el inconsciente (o sea que *"yo no sé cosas de mi yo"*), pero el superyó, diferenciado del yo, también se sumerge en el inconsciente y desde allí tortura a la parte consciente del yo. Por otra parte, el ello es también capaz de burlar la censura del yo e introducirse en él enmascarado, no solamente en los sueños y en las neurosis sino en otros estados de vigilia en los que el superyó no ejerce su severa fiscalización. En suma, el individuo parece ser apenas el escenario en el cual se debaten para apoderarse de los efectores musculares tres personajes, cada uno de los cuales intenta superar a los otros dos con toda clase de recursos. El mero hecho de que el superyó, según Freud, sea el resultado de la liquidación o superación del complejo de Edipo, torna difícil comprender cómo puede formarse una conciencia moral en los niños que han sido educados en orfanatos, internados, etc., en donde desde el comienzo de su vida extrauterina han faltado los ímgenes correspondientes a los "objetos" que protagonizan tal com-

piejo. Y por si esta observación no fuese suficiente para hacer dudar la validez de la interpretación freudiana, convendrá recordar que son muchas las personas normales a quienes tortura no tanto el hecho de haberse comportado mal en alguna ocasión como el de "*no haberse comportado peor*", o sea, que el llamado "remordimiento" —que es el arma máxima del superyó— lejos de corresponder a las supuestas voces admonitorias de los genitores, tutores, maestros y demás autoridades coercitivas del niño, se comporta neutralmente en cuanto a su signo ético y es capaz de ponerse en ocasiones aparentemente al servicio del ello(!).

El propio Freud se dio cuenta de lo endeble de su concepción y trató de apuntalarla o mejorarla admitiendo que también contribuía a la formación del superyó el sentimiento de "minusvalía" o de ser indefenso que existe en el niño: tomando, sin decirlo, esta idea de Alfred Adler, supuso que debido a la creencia en la omnipotencia de la figura paterna, el niño, si bien desea la desaparición del genitor que resulta su rival en el triángulo familiar tiene miedo de su desaparición, pues en tal caso perdería su proyección. Por ello se opone igualmente a sus sentimientos e impulsos incestuosos y destructivos y refuerza el proceso de introyección e identificación con aquella figura o imago. De ahí surgió también la ulterior interpretación freudiana de las religiones, expuesta en *Tótem y tabú*, donde explica de esta manera el proceso de divinización del padre (y de la madre) convirtiéndolos en seres eternos y universales.

Con razón, Wittels (en su libro *Freud and his time*) advierte que ni una ni otra génesis satisfacen al lector imparcial en cuanto al origen del contradictorio superyó freudiano, unas veces asimilado al *yo ideal*, otras aproximado al *ello* amedrentado y otras a un sádico instinto de muerte. Por esto, Wittels propone que en vez de llamarlo superyó debería llamarse sucesivamente antiyó, antiello, superello, etc.

La excesiva atomización y el carácter dinámico-figurativo que adquieren los dinamismos freudianos han sido los principales motivos del auge de la actual psicología existencial, que restablece la indivisibilidad del mundo psíquico subjetivo, llamado precisamente por eso *individual*.

Evolución de las ideas freudianas acerca de las neurosis.

Cuando se habla de una teoría freudiana de las neurosis, hay que preguntar inmediatamente: ¿de qué época?, pues pocas son las concepciones individuales que hayan variado en el curso de

unos decenios más que ésta. Inicialmente, como es sabido, el creador del psicoanálisis atribuyó las neurosis a una insuficiente represión de "traumas" infantiles, de naturaleza sexual. En 1908 ya admitió honestamente que se había equivocado en su creencia de la necesidad de ese "trauma", y que en algunos casos de neurosis histérica, lo único que había existido eran fantasías o devaneos eróticos, pero que éstos eran igualmente capaces de motivar el miedo y el sentimiento de culpabilidad que provocaron su represión y su ulterior retorno bajo la forma de síntomas. Al crear su psicotología y al desarrollar el llamado "principio de economía" Freud hizo otro viraje y consideró que ciertas neurosis (sobre todo la obsesiva) no eran tanto el resultado de una lucha entre el yo y el ello como el efecto de una pugna entre el ello y el superyó. Además admitió que no eran solamente los impulsos libidinales o eróticos los que pasaban a integrar los famosos "complejos", sino que también éstos podían estar constituidos por impulsos agresivos, destructores o sádicos.

Freud, no obstante a través de sus mudanzas, permaneció apegado a la idea de que cada cuadro neurótico o entidad clínica por él descrita como neurosis, tenía una patogenia específica y obedecía, por así decirlo, a un *clisé* etiológico determinado. Así estableció dogmáticamente que las crisis de la histeria de fijación son provocadas por la reminiscencia de vivencias desagradables originadas en la infancia; los síntomas de la histeria de conversión son, en cambio, originados por una somatización del potencial libidinal insatisfecho; la histeria ansiosa deriva del esfuerzo que el yo realiza para reprimir una acción inmoral; la neurosis compulsiva es debida a la lucha del superyó contra tendencias y fantasías sádico-anales; la neurastenia es producida por la llamada "transformación hipocondríaca de la *libido sexualis*", como consecuencia de excesos masturbatorios, etc. Y años después, no contento con haber sistematizado de tal modo la nosología neurótica, pasó a hacer lo mismo con las psicosis, precisamente en un momento en que se empezaba a derrumbar el esfuerzo de E. Kraepelin para aplicar en psiquiatría el criterio vigente en el resto de la patología, y defender una etiopatogenia típica de cada entidad mórbida en este campo.

Sin duda hoy vemos que en este aspecto Freud fue excesivamente conservador, a pesar de sus mudanzas, pues nadie hay, con alguna experiencia de psicopatología, que no haya visto alternarse o inclusive mezclarse en un mismo enfermo los síntomas supuestamente característicos de cada una de las neurosis freudianas, así como también existen numerosos casos de psicosis mixtas. Y lo que es más importante: no se puede negar que existe una múlt-

tiple patogenia de los síndromes neuróticos y psicóticos. La importancia de los factores culturales, económicos, sociales, etc., no solamente en la patoplastia sino en la patogenia de las neurosis, ha sido, por lo demás, ampliamente destacada por varios de los discípulos de Freud (Karen Horney, Erich Fromm, D. Thompson, A. Kardiner, Alexander, etc.).

EL PSICOANÁLISIS FREUDIANO COMO ARMA TERAPÉUTICA.
EL PROBLEMA DE LA NEUROSIS TRANSFERENCIAL
Y SU LIQUIDACIÓN.
LAS DIVERSAS ACTITUDES DEL PSICOANALISTA
DURANTE EL TRATAMIENTO.

El psicoanálisis freudiano como arma terapéutica.

Nacido con un propósito fundamentalmente terapéutico, a pesar de sus diversas proliferaciones y aspectos, el psicoanálisis freudiano ha continuado siendo considerado por el público casi exclusivamente como el más moderno y eficiente —si bien largo y costoso— método de tratamiento de los desequilibrios mentales. Hasta qué punto se encuentra justificado su empleo con esta finalidad y en qué casos y cómo ha de ser usado, han sido temas de violentos debates que durante años dividieron a los especialistas en dos bandos al parecer irreconciliables. Ahora, no obstante, es no solamente factible sino necesario tomar la posición que sea lo más fusta y objetiva posible, pues no solamente la desaparición de su creador y la proliferación de toda suerte de escuelas que respetan su nombre, sino también la mayor experiencia acumulada, permiten tomar la distancia conveniente para ver estos problemas con una clara perspectiva.

Como es sabido, Freud creía inicialmente que todos sus pacientes sufrían las consecuencias de haber retenido (en virtud de la represión) tendencias incompatibles con la moral vigente y haber creado, así, núcleos tensionales autónomos (que Jung denominó "complejos"); éstos, a su vez, producían los síntomas y para suprimirlos era preciso vencer la resistencia que el propio enfermo oponía a su revivificación y descarga en el plano consciente. Primero ensayó el hipnotismo, después el llamado "interrogatorio a presión" y finalmente se decidió a usar la paciencia y el silencio, invitando a sus clientes a que hablasen sin orden ni concierto, es decir, que dijese lo que viniese en gana, dejando vagar sus pensamientos libremente. Para situarlos mejor en condiciones de relajación y ensueño los hizo tenderse en un diván, aflojar sus músculos, quedarse a media luz y en un recatado silencio, propicio para "dejarse ir" y hacer confesiones.

Dos sorpresas le aguardaban: por un lado, pronto se dio cuenta de que a pesar de la aparente libertad y sinceridad con que sus

clientes dejaban vagar su pensamiento, los recuerdos más interesantes —o sean los referentes al material reprimido— no aparecían con la rapidez que el cálculo de probabilidades permitía esperar. Esto lo llevó a admitir que aún en esa actitud existía una resistencia a su presentación y que la fuerza de esa resistencia era la misma que había provocado su desaparición de la conciencia. La segunda sorpresa, no menor, fue la de que, independientemente del sexo, edad, cultura y demás condiciones personales, sus clientes parecían estar, al cabo de unas sesiones, más interesados en establecer con él una relación personal más íntima que en seguir sometidos a la rigidez de un monólogo inflexible. Freud llamó "transferencia" a ese proceso y lo explicó diciendo que la "situación analítica" había determinado en los pacientes una "regresión infantil" y hecho que viesen en el psicoanalista un símbolo del primer "objeto" amado (padre o madre, según los casos) y transfiriesen a él todas las necesidades de protección, cariño y goce insatisfechos. Expresado de un modo más crudo: se enamorasen de él. La fuerza *de* ese amor diviniza al analista ante los ojos del analizado y ha de ser "manejada" con gran cuidado, pues no puede ser aceptada ni rechazada sino dirigida y sublimada hábil y honestamente. Freud atribuyó a esa transferencia los silencios y las interrupciones que frecuentemente se presentaban en sus pacientes a medida que progresaba el análisis, pero también los atribuyó a la mayor riqueza de "material" que sus pacientes le ofrecían cuando les hacía notar que el análisis no progresaba convenientemente. De cualquier manera un hecho era evidente: la actitud afectiva del paciente hacia la persona del psicoanalista interfería seriamente en la marcha del proceso curativo, facilitándola unas veces y dificultándola otras. Por ello era preciso estudiar la "transferencia" como un factor aparte del proceso mórbido pero incidente inexorablemente en la situación analítica.

El problema de la neurosis transferencial y su liquidación.

Inicialmente Freud creyó que la citada transferencia hacía revivir —en parte por lo menos— núcleos no liquidados del complejo de Edipo, llevando así al paciente a amar unas veces y odiar otras al analista, independientemente de lo que éste hubiese hecho para merecer tal afecto o enojo. No tardó también en darse cuenta que al proceso transferencial se asociaba prontamente otro de signo contrario, al que denominó "contratransferencia" y le atribuyó un doble origen: por una parte lo creyó debido a la descarga de sentimientos hostiles hacia los genitores cuya imagen era simbolizada

por el analista; por otra, consideró que era consecuencia del despecho producido por no corresponder éste a las insinuaciones amorosas del paciente. Afirmó siempre Freud que una vez detectadas, tanto la transferencia como la contratransferencia necesitan ser analizadas, y que de este modo podrán ser aprovechadas en beneficio del proceso curativo. Sin embargo, no fue feliz en su propósito en bastantes casos, porque le faltó la mayor amplitud de perspectiva que hoy han alcanzado las diversas escuelas neoanalíticas. Basta, por ejemplo, leer el libro de B. Wolstein acerca del tema¹, para comprender hasta qué punto al afán de dogmatizar y esquematizar para llegar a interpretaciones unívocas privó a Freud de una visión exacta de la multiplicidad de factores implícitos en el proceso transferencial. Hasta tal punto esa falta de visión le fue perjudicial que determinó él fracaso de su método en varios casos, por uno de estos tres finales: suicidio del paciente, abandono del tratamiento o necesidad de continuarlo permanentemente (el llamado "análisis infinal"). Fue W. Reich, quien con la publicación de su libro acerca del análisis del carácter, llamó la atención del maestro acerca del hecho de que, independientemente de la situación edípica revivida en el proceso psicoanalítico, la personalidad del analizado y la del analista tenían mucho que ver en la manera como se desarrollasen y evolucionasen la transferencia y la contratransferencia, sucediendo lo mismo con las experiencias previas de ambos en sus relaciones interpersonales y, también, con la situación o coyuntura afectiva que uno y otro estuviesen atravesando durante el análisis. Más tarde, Paul Schilder insistió en estos aspectos, afirmando que el analista estaba lejos de ser —como Freud creía y quería ser— un mero espejo o un foco de luz que permitiese al analizado verse mejor, y que en realidad se trataba de un ser vivo, que sentía y reaccionaba como los demás íntimamente, aún cuando tratase de no demostrarlo.

Hasta qué punto Reich y Schilder tenían razón y cómo Freud se envolvió emocionalmente en sus análisis lo podemos ver confirmado en la lectura del reciente e interesante libro de J. Wortis (*Fragments of an analysis with S. Freud*).

Nada tiene de particular que las personalidades neuróticas —que tienen un predominio de las reacciones afectivas sobre las meramente intelectivas, o si se quiere, de la pasión sobre la razón— sufriesen una neurosis secundaria, artificial o injertada por la manera como eran tratadas —y todavía lo son— en la situación analítica, por los técnicos freudianos. Portadoras todas ellas de un íntimo sentimiento de inseguridad, frustradas en su deseo de afir-

¹ B. WOLSTEIN, *Transference*. Grune-Stratton, 1954.

marión, con un afán de ser amadas y protegidas, se vinculan con el psicoanalista con la esperanza de encontrar en él un demiurgo que va a cambiarlas de arriba abajo, aún a costa de un gran sacrificio de tiempo, dinero y recato. Ante él han de hacer algo más difícil que desnudar su cuerpo enteramente: han de desnudar su alma sin limitaciones mostrando todos sus meandros, sus defectos, sus pequeneces, sus valores negativos —puesto que aquél se interesa casi exclusivamente en éstos, e inclusive si intentan exhibirle algunos de sus méritos, el analista, fríamente —por el método reduccionista—, los transformará en meras muestras de exhibicionismo narcisista. En tales condiciones, su situación es semejante a la de los antiguos egipcios postrados ante la esfinge: de ésta dependía su destino y a ella acudían temblorosos de miedo y esperanza, pero sobre todo ansiosos de consuelo y protección. ¿Y qué reciben en cambio?: el impacto de una personalidad super-suficiente y enigmática, oculta a su vista, silenciosa, inquisitiva, juez y fiscal permanente de sus pensamientos y gestos más pequeños que de vez en cuando se permite el lujo de conmocionarlas con un incisivo comentario o una insospechada y dolorosa interpretación de actos o intenciones pretéritos o presentes.

En tales condiciones, solamente dos actitudes son posibles al endeble yo del neurótico: *la huida o la entrega íotal y absoluta*. Si ocurre lo primero y el paciente abandona su tratamiento después de pocas sesiones, el analista no sufre por ello, pues lo atribuye a la aparición precoz de una "contratransferencia" demasiado súbita y violenta para haber dado tiempo a su análisis. Si ocurre la segunda alternativa y el paciente se entrega totalmente a la personalidad y a la persona de su analista, éste sonríe satisfecho y se apresta a realizar su verdadera tarea que, de acuerdo con la sacramental frase del maestro, consiste en "vencer la resistencia manipulando la transferencia". ¿Cuál es esa resistencia que necesita ser vencida? Freud afirma, en 1905, que es la opuesta por el yo a los impulsos anéticos del ello. Pero en 1918 afirma que es también la del yo y el superyó contra todo cuanto ocasione la "angustia neurótica", y en 1930 dice que es múltiple: por un lado continúa siendo originada por ese motivo, pero por otro se debe también a una tendencia conservadora, una especie de inercia psíquica, que hace temer al neurótico todo cambio o mudanza de actitud ante sí mismo y lo lleva a seguir aferrado a su "arreglo" neurótico; en efecto, si por una parte el paciente sufre, por otra goza sus síntomas y en virtud de esa ambivalencia, al mismo tiempo que se queja de ellos, los nutre y defiende.

Mas en virtud de su admiración sumisa y del deseo de obtener la aprobación elogiosa de su analista, va admitiendo progresiva-

mente sus puntos de vista e inicia un juego de "escondite" con él, mudando la fachada sintomática de su neurosis en un intento de despistarlo. Al mismo tiempo alimenta el secreto deseo de convertirse en el "oliente preferido" y satisfacer así, tardía y simbólicamente, su ansia de ser amado con exclusividad por su genitor preferido. Del propio modo como el pequeñuelo, para hacerse simpático, dice "amén" a todo cuando le indica, ordena o prohíbe el adulto a quien adora, así también el analizado acepta cualquier tipo de interpretación de su analista, mientras se encuentra en la fase inicial de transferencia positiva. Pero existe una considerable diferencia entre ambas situaciones, pues en la primera el niño recibe con creces, generalmente, el amor que da y solicita, mientras que en la segunda, el neurótico recibe apenas preguntas, interpretaciones y... ¡la cuenta de honorarios!

Nada tiene entonces de particular que germine progresivamente en él un sentimiento de rebelión, un deseo de hacerse valer y de contraopinar, o sea, de presentar una progresiva resistencia a las interpretaciones y sugerencias del analista. De esta manera surge la llamada "contratransferencia" no tanto por la liberación de cargas edípicas agresivas, como por la simple razón de que el paciente se siente frustrado en sus deseos.

Con el aparente fin de aminorar la violencia de la transferencia inicial de sus pacientes, Freud los sometía desde el principio a un trato exclusivamente profesional, regulado por severas condiciones económicas (pago de elevados honorarios por adelantado, cumplimiento estricto del horario, sin derecho a devolución por no asistencia, etc.), pero ese tipo de conducta no era suficiente para tal finalidad, si bien, en cambio, hacía más intenso el enojo y la frustración siguientes. Por ello, Freud hubo de aceptar la necesidad de analizar y explicar los motivos de la transferencia ya en la fase inicial del análisis, o sea antes que hubiese "criado raíces" en sus pacientes, el deseo de una vinculación personal más íntima con él. Mas ese análisis irritaba profundamente a los pacientes y éstos se negaban a admitir que su afecto y admiración hacia el analista derivasen exclusivamente de la "situación analítica" y no de sus prendas personales; pasaban entonces a mostrar una actitud ambivalente, de deseo y rechazo, que Freud consideró explicada al enunciar enfáticamente que era debida a la adición de cargas agresivas o "contratransferenciales". De este modo se completaba el paralelismo entre el papel del analista y el de los genitores u "objetos primarios" de la libido analizada, pues ésta también había sido parcialmente frustrada en su ansia de exclusiva posesión de éstos y habíase engendrado en su portador el primitivo conflicto de amor-frustración-odio que caracteriza la llamada "fase edí-

pica" de la evolución personal en la teoría dinámico-evolutiva de Freud.

No es necesario ser muy sagaz para comprender que, manipulando hábilmente los conceptos de "transferencia" y "contratransferencia" bajo la idea directriz de que su persona es apenas una especie de pantalla sobre la cual se proyectan las cargas afectivas remanentes del primitivo drama individual de sus clientes, el analista se coloca en una cómoda posición para gozar impunemente de sus éxitos y exculparse tranquilamente de sus fracasos como terapeuta. Más falta saber ahora si esa interpretación y esa posición son correctas o constituyen apenas una muestra de la extraordinaria imaginación del creador del psicoanálisis. La verdad es que han sido varios los simpatizantes con las ideas freudianas que han levantado serias objeciones a esta interpretación, destacándose entre ellos, inicialmente —como ya indicamos—, Paul Schilder, quien en su *Psicoterapia* dedicó un capítulo a analizar la situación psicoanalítica y demostró que la actitud del psicoteapeuta en ella está muy lejos de ser tan neutra e inofensiva como pretendía Freud. Por muy analizado que haya sido, el psicoterapeuta es un ser humano que, quiéralo o no, siente simpatías y antipatías, tiene amor propio, impulsos y emociones, reacciona con agrado, desdén, imitación o desencanto a las insinuaciones, objeciones, críticas o ironías de su cliente y si bien es, en general, más capaz de controlar su lengua, su voz y su gesto que este último, no por ello consigue impedir que el analizado se dé cuenta de su íntimo estado de ánimo y ello influye en el proceso curativo, de un modo favorable o adverso, según las circunstancias. El análisis dogmático y precoz —propuesto por Reich— no impide este doble efecto transferencial.

Es de corriente observación el hecho de que los pacientes que han persistido durante algunos años en su análisis con un mismo analista quedan ante él en una relación de excesiva dependencia y ésta no puede ser totalmente cortada por el causante, pues en tal caso se corre el riesgo de ver reaparecer la neurosis que motivó su intervención terapéutica. Diríamos sin temor a equivocarnos, que el afecto del analizado dura más que el de cualquier otro enamorado a menos que surjan celos mal tratados por el analista. De ahí la dificultad en que éste se encuentra para poner un término al análisis sin exponerse a perder todo el éxito recogido hasta entonces. Por ello la llamada "liquidación" de la transferencia ha de ser realizada con singular tacto y cuidado en este método psicoterápico, a pesar de ser el único que la ha ventilado y tratado con mayor franqueza y objetividad. Podríamos afirmar que es precisamente mucho más difícil esta liquidación que la obten-

ción del afecto y admirativo amor del paciente, pues precisamente por la gran necesidad que éste siente de amar y ser amado no se halla dispuesto a renunciar a su presa, tanto más cuanto que le ha estado ofreciendo dinero, tiempo y mejoría de síntomas, para contentarlo. Tórnase necesario entonces que el analista le haga discretamente notar cuánto, a su vez, él le ha dado en cambio: mayor comprensión de sí y del mundo, mejores actitudes para resolver sus problemas, mayor confianza y madurez personal, etc. Pero no hay duda que en cada caso particular el proceso de *desinscripción* interpersonal ha de ser planificado de un modo diferente, tomando en cuenta el modo *cómo* se estableció y fue vivido por ambos miembros su relación recíproca durante las horas del análisis. Creemos que es un error de la técnica freudiana el de no permitir que entre el analista y el analizado se interpongan otras personas —familiares o amigas—, pues nuestra experiencia personal de 40 años como psicoterapeutas, nos ha demostrado que es precisamente la intervención de esos *tertii* la que permite diluir mejor el potencial de afecto que de otro modo quedará exclusivamente centrado en la persona del analista. Por esto aplaudimos también la idea puesta inicialmente en práctica por los Schilder, de tratar conjuntamente —el matrimonio— sus clientes; en vez de una psicoterapia "de grupo", iniciaron una psicoterapia "por el grupo", lo que indudablemente exige una gran identidad de puntos de vista pero es sumamente eficaz y evita las dificultades de la fase final del tratamiento analítico.

has diversas actitudes del psicoanalista durante el 'tratamiento.

De acuerdo con cada una de las fases del tratamiento psicoanalítico, Freud postulaba un propósito y una actitud diferente —dentro de la tónica general de conducta— para su conductor. Inicialmente éste había de mostrarse correcto pero atrayente, capaz de despertar la confianza y vencer el inicial recelo de su cliente. No habría inconveniente en que respondiese con claridad y concisión a sus preguntas, si bien nada concreto debería prometer, haciendo siempre recaer el éxito o el fracaso del trabajo emprendido, más en el modo y manera como el cliente siguiese las instrucciones, que en las posibilidades del método o en sus habilidades como terapeuta.

Una vez vencidas las primeras dificultades y mostrados los iniciales síntomas transferenciales, el analista habría de tornarse un poco más enigmático, respondiendo cada vez con más y mayores silencios, guardando todavía para sí sus primeras conclusiones y

apenas interviniendo para hacer hablar lo más posible al paciente. Pero cuando surgía en éste la contratransferencia, y decepcionado o irritado por su situación de inferioridad —de ratón en la trampa— comenzase a reaccionar cáusticamente, surgía la necesidad de que el analista saliese de su budística actitud y pasase a pontificar y reargumentar sin por ello perder en lo más mínimo su "pose" de ser superficial e inmovible.

Si esta tercera fase —de combate— tenía éxito, el paciente habría perdido gran parte de su ya débil voluntad y se entraría en la cuarta fase, central, de la tarea psicoanalítica, en la que el proceso se iría transformando en rutina y el cliente adoptaría habitualmente una actitud de sumisa aceptación de las interpretaciones, proporcionando asimismo "material" para confirmarlas y, al mismo tiempo, sintiéndose cada vez más liberado de sus síntomas. Correspondía entonces al analista la decisión de cuándo y cómo habría de iniciarse la quinta fase, de "liquidación" de la transferencia y de independización paulatina de su cliente, sin que éste —ya habituado a ser guiado y paternalmente protegido— volviese atrás y reprodujese la fachada sintomática de la neurosis. En esta fase el analista había de desplegar extraordinaria habilidad y paciencia, pues se trataba de crear en el cliente una difícil actitud de convencimiento y renuncia. Había que apoyarse ahora un poco en las ideas adlerianas, haciéndole ver que ya había madurado lo suficiente como para emprender sin auxilio su camino por la vida, si bien siempre tendría para seguirlo, la ventaja de poseer mayor conocimiento de sí mismo, de su inconsciente y de sus defensas yoicas.

Bien se comprende que esta mudanza de actitudes exigiese de los analistas freudianos unas dotes histriónicas extraordinarias. Por otro lado, el dogmatismo del maestro los impulsaba a una cierta rigidez narcisista y por esto las principales fallas del proceso psicoanalítico —desde el punto de vista práctico— se observaron en la segunda y la quinta fases del mismo. Hoy los puntos de vista han cambiado, las técnicas son más flexibles, las relaciones entre analista y cliente se han tornado más naturales y menos tensas, principalmente desde que se ha suprimido la necesidad de usar el sofá y de tornarse el analista invisible al paciente durante la sesión. Gracias a esto la separación de los pacientes se hace con menor dificultad.

LA CONCEPCIÓN DE LA LUCHA
 COMO BASE DE LA VIDA PERSONAL.
 LA LUCHA DE EROS CONTRA TANATOS.
 LA LUCHA DE LOS SEXOS.
 LA LUCHA ENTRE HERMANOS.
 LA LUCHA ENTRE EL HIJO Y EL GENITOR DEL PROPIO SEXO.
 LA LUCHA ENTRE LOS INSTINTOS Y LA CULTURA.
 LA INEVITABILIDAD DE LA GUERRA.

La concepción de la lucha como base de la vida personal.

Freud fue visiblemente influenciado por las ideas filosóficas y científicas dominantes en su ciclo cultural. Las doctrinas de la "oposición de contrarios", derivadas de Hegel, la concepción de la "lucha por la vida", postulada por el darwinismo y hasta el propio antinomismo imperante en los llamados conflictos de las generaciones y la lucha de clases, las pugnas para la conquista del poder, las guerras coloniales, etcétera, se aunaron en el trasfondo mental freudiano con sus violentos impulsos anancásticos y lo tornaron propicio a proyectar sus propias antinomias y su propia lucha para imponer sus ideas en una visión cósmica esencialmente marcial, dramática, en la que no había lugar para la paz sino para la angustia, no para la serenidad sino para la represión. De esta suerte, su primitiva idea de una constante pugna entre los principios del placer (subjetivo, natural, innato) y la realidad (objetivo, social, adquirido), fue sustituida, a partir de la publicación de su libro *Nuevas contribuciones al psicoanálisis*, por otra más violenta y global: la lucha de Eros contra Tanatos. He aquí cómo él plantea ese concepto en las primeras páginas de su trabajo.

La lucha de Eros contra Tanatos.

Escribe Freud en el referido libro: "Si es verdad que una vez, en épocas inconcebibles y de un modo irrepresentable, surgió la vida en la materia hasta entonces inanimada, tuvo también que nacer un instinto que desea suprimirla y restablecer el estado inorgánico. Si en ese instinto reconocemos la autodestrucción, podemos considerarlo como manifestación de un instinto de muerte, que no dejamos de encontrar en ningún principio vital". De esta manera Freud dividió los instintos humanos en dos grandes grupos: por un lado el formado por los impulsos eróticos, que tienden a acumular cada vez más sustancia viva y expandir la individualidad

en el tiempo y en el espacio. Por otro, el integrado por los impulsos destructivos, que tienden a la demolición y regresión hasta el primitivo estado inorgánico. Al primer grupo, lo ubicó bajo el símbolo de Eros —el dios del Amor—; al segundo, lo colocó bajo el símbolo de Tanates —el dios de la Muerte—. Ambos se muestran irreconciliables en la dinámica freudiana; tanto como lo eran en la primitiva religión de los persas Ormuz y Azhrim.

Freud no dejó de notar la semejanza de su tesis con las ideas de Schopenhauer y comenta el hecho así: "Tal vez el lector diga que esto no es ciencia natural sino filosofía schopenhaueriana. ¿Y por qué no? El osado pensador, ¿no podría haber descubierto lo que una investigación laboriosa después confirmaría? Además, son muchos los que antes y después de él han sostenido tesis semejantes. Y todavía podemos añadir que no coincidimos totalmente con él en su afirmación de que el único fin de la vida sea la muerte. No dejamos de ver junto a una la otra, pero damos a cada una su finalidad propia. Cómo ambas se mezclan y, sobre todo, cómo se dirigen hacia el exterior en forma de agresividad, son problemas que todavía no hemos resuelto y quedan pendientes de ulteriores investigaciones". Sin duda el lector habrá también percibido la semejanza de esa tesis antinómica con las concepciones bipolares de los físicos (electricidad positiva y negativa) y de los neurofisiólogos (antítesis de la excitación y la inhibición), pero lo que ahora interesa es saber cuáles fueron los argumentos y las observaciones que llevaron a Freud a desarrollarla. En primer lugar hay que citar su observación referente a la existencia en todos los seres humanos, de lo que él llamó un "impulso repetitivo" (*WiederholungSidrang*), y que se caracteriza por una tendencia irrefrenable a repetir continuamente —sin necesidad aparente— una misma serie de actos o reacciones. Esta tendencia a insistir y reproducir una misma pauta de conducta parece que obedeciese a un deseo de estancarse o detenerse en un estado que al ser superado por el tiempo resulta anacrónico. Así veremos, por ejemplo, persistir hasta en personas cultas, hábitos engendrados en la primera infancia (chuparse el dedo, roer las uñas, sacar la lengua, etc.). Esa fuerza de "estancamiento" sería ya en sí misma opuesta a la fuerza de expansión, progreso o evolución individual, mas, por otra parte, revisando la historia de la humanidad, Freud se dio cuenta de que también los pueblos, en el curso de su evolución, repiten —a veces con siglos de distancia temporal— los mismos errores y desarrollan los mismos tipos de reacción ante determinadas coyunturas, sin que parezcan haberse aprovechado de las llamadas "lecciones de la historia". Así pues, esa tendencia repetitiva se ejercería no solamente en el individuo

aislado sino en la colectividad o especie humana, y no solamente representaría una fuerza que obstaculiza su progreso, sino que lleva implícita su autodestrucción o, por lo menos, su retorno a un estado anterior (de pre-vida). Por esto periódicamente se engendran guerras, revoluciones y graves conmociones políticas-sociales, en los más diversos climas y ciclos culturales, llevando a una concepción pesimista acerca de la inevitabilidad de tales males. Y algo análogo ocurre en el ámbito individual, pues, como Besancon ya demostró hace años, el hombre no muere sino que se mata por descuidar voluntariamente todos los preceptos higiénicos, dietéticos y médicos destinados a la salvaguarda de su vida; sabiendo que el tabaco, el vino, los licores, la falta de sueño, los excesos de ejercicio, los abusos sexuales, etc., le son perjudiciales, continúa sometiéndose a ellos. Diversos autores —no psicoanalistas— tales como Richet, Maslow y Raitzin, han señalado esta conducta absurda del ser humano. Por otra parte, K. Menninger ha aportado numerosos ejemplos confirmadores de la tesis freudiana en este aspecto.

A pesar de la aparente seducción de esta concepción —ya prevista por los fundadores de diversas religiones asiáticas— ella es hoy intensamente combatida por muchos psicoanalistas heterodoxos y tendremos ocasión de alinear, al fin de este capítulo, los principales argumentos que contra ella se han expuesto. Antes, no obstante, deseamos exponer en toda su extensión las consecuencias que obtuvo su creador al aplicarla a los diversos aspectos de la vida personal.

La lucha de los sexos.

Es un hecho innegable que la interrelación personal entre el hombre y la mujer está siempre interferida por los componentes psíquicos dependientes de sus diferencias sexuales. Inclusive cuando ninguno de los dos elementos de la futura pareja quiere "conquistar" al otro y aparentemente la apetencia sexual no entra en juego, existen divergencias en sus puntos de vista, en sus actitudes y sus hábitos, así como en sus metas o aspiraciones; tales diferencias, unidas a preconceptos adquiridos en el trato social, determinan que esa interrelación no discurra de acuerdo con los moldes propios del trato entre personas del mismo sexo. Existe, siempre, de un modo más o menos latente, en la mente del hombre la idea de que él es más fuerte o por lo menos que tiene que aparentarlo, ante la mujer. Y, por otra parte, existe también en la mujer, de un modo hasta hace poco latente y ahora explícito, la idea de que

no debe ser la "sierva" sino la socia complementaria del hombre, a quien trata de seducir.

En la misma medida en que se engendra la llamada "atracción sexual" entre los dos términos de la pareja humana, comienza en cada uno una labor de simulación y disimulación: se trata de presentar ante el otro no la natural realidad individual sino una artificial imagen de ésta, adornada con cualidades y libre de defectos. Cada cual se esfuerza en aparecer como se imagina que el otro desea que fuese y el resultado de esa doble ficción, si bien aumenta inicialmente la recíproca atracción prepara en plazo más o menos lejano, también el recíproco desencanto. Freud mantiene que en la mujer existe latente la célebre *envié du penis* y en el hombre el no menos famoso miedo a la castración; ambos alimentan la "lucha" de los sexos sin contar con los elementos del conjunto de instintos de muerte que se infiltran tiñendo de intentos sádicos y masoquistas toda la dialéctica de la conducta sexual: oscilando entre el intento de "poseer" y el de "ser poseído", de dar o recibir, de "morir" de deseo o de "matar" por ese deseo. La persona que está en crisis del llamado "celo" se ve propensa al propio tiempo a "sacrificarse" ("actitud masoquista") y a "exigir" ("actitud sádica") el máximo posible; el "objeto sexual" es contemplado como algo que ha de quedar incorporado total y definitivamente al círculo más íntimo del ámbito yoico.

Hasta qué extremos de violencia o astucia puede conducir la lucha sexual alimentada por los factores mencionados es algo imprevisible, pero no por ello menos real e indiscutible.

La lucha entre hermanos.

Caín mató a Abel iniciando así la historia de las innumerables luchas llamadas "fratricidas", de las que existe profusión de ejemplos en la historia. Freud atribuye el llamado "odio fraterno" al hecho de que todos los hermanos desean apoderarse del mismo bien, o sea, el poder ejercido por los padres, conquistando a éstos con exclusividad. Mas, según cuál sea el sexo de los hermanos, el genitor más deseado será el padre o la madre y se producirán diversas variantes en las formas de manifestarse ese odio. Así, por ejemplo, si son varios los hermanos de sexo masculino pueden transitoriamente unirse para aumentar sus fuerzas y destruir al enemigo común que es precisamente el padre. Entonces surge el llamado "parricidio primitivo" al cual Freud atribuye el origen de las religiones (pues el miedo y el remordimiento hicieron divinizar a ese padre transformándolo en padre eterno, al cual hemos de

pedir perdón diariamente por nuestros pecados). Sin duda es en este campo en donde la visión pesimista de Freud se muestra más clara, pues no deja a nadie otra alternativa más que la de elegir entre los odios, de suerte que la unión nunca se hace en favor sino "*contra*" alguien y —lo que es más— cuando alguien da muestras de un espíritu de resignación o sacrificio lo atribuye a que se odia a sí mismo o a que procura tener de ese modo una gratificación masoquista de su libido (impregnada por el Tanatos o instinto de muerte). Apoya esa afirmación en la voluntaria búsqueda de martirios y torturas, autoflagelaciones y privaciones de los místicos y religiosos.

Lo lucha entre el hijo y el genitor del propio sexo.

Es un hecho de observación común que cada padre o madre se considera más autorizado para comprender y fiscalizar al hijo de su propio sexo y consiguientemente interfiere en su espontáneo y libre desarrollo, coaccionándolo más veces de lo que lo hace el genitor del otro sexo. Como a nadie le gusta que lo manden o le prohiban, esa acción educativa (que a decir verdad es más bien "*inducativa*") torna antipático a quien la ejerce y de ahí que el hijo se defiende ofreciendo una resistencia —pasiva o activa— contra ese alguien. En cambio, el cónyuge del coaccionador se encuentra en la agradable posición de "conciliador" en las pugnas y de este modo se torna simpático al respectivo hijo. En suma: como siempre pasa cuando no hay una intervención extraña, en el curso de *los* años se van exagerando las distancias afectivas entre el hijo y el genitor considerado "malo" porque actúa de fiscal, y van disminuyendo las existentes entre ese hijo y el genitor considerado "bueno", porque se comporta de modo condescendiente. Surge entonces la disputa entre el matrimonio parental y el más activo de sus miembros acusa al otro de excesiva complacencia, de falta de colaboración y apoyo en la obra educativa, mientras éste, a su vez, acusa a aquél de excesiva intromisión y dureza. Así ocurre con frecuencia que el sociograma del grupo familiar adquiera una fisonomía típica y condicionada por la coincidencia o divergencia sexual de sus integrantes, pero *sin que ese factor sexual actúe como tal y sí, apenas, como motivante del papel que cada genitor asume ante el proceso educativo.*

Obviamente no es ésta la explicación dada por Freud al hecho que comentamos, sino la producción de su famoso "complejo de Edipo", de acuerdo con el cual el hijo a partir de sus primeros años (entre el 3° y el 4° de su vida) concibe a su madre como un objeto libidinal y erótico y tiende a unirse a ella para gozar ex-

elusivamente de sus caricias. Al darse cuenta que éstas son acaradas o por lo menos compartidas por el padre, pasa a odiarlo y solamente más tarde reprimirá esa actitud y procurará superarla "introyectando" la imagen del genitor odiado y formando el superyó. En el caso de la hija se constituye el "complejo de Electra" por el mismo proceso homólogo. No deja de ser curioso que las investigaciones experimentales resumidas por Sears en su clásica monografía, no confirmaron la existencia de tales complejos, pero a pesar de ello, no solamente el creador sino sus más directos discípulos permanecieron y siguen todavía aferrados a ese concepto considerándolo crucial para separar los adeptos de los adversarios de su credo. Mas, de todos modos, persiste el hecho de que, cualesquiera sea el motivo, hay una oposición —latente o manifiesta— entre los hijos y los genitores de su propio sexo, a no ser que por un proceso de inversión o de supercompensación expiatoria, tal actitud haya evolucionado aparentemente, en su opuesta, y entonces el hijo o hija se identifique con quien antes odió, pasando a ensalzarlo y a vivir pegado a él. Tal actitud es sobre todo observada en los casos en que el cabeza de familia lleva una vida disipada y entonces la hija se une a la madre, pues ambas se sienten despechadas y traicionadas, pasando a consolarse y auxiliarse recíprocamente.

Un serio argumento en favor de la interpretación freudiana es dado por el hecho de la proverbial lucha que se establece entre las suegras y las nueras, los suegros y los yernos, en una mayoría de casos. Los freudianos la explican porque nueras y yernos han venido a deshancar y "robar" a madres y padres sus hijos preferidos, convirtiéndose así en rivales de su amor. Nuestra experiencia personal y clínica apunta, no obstante, un motivo extrasexual para explicar tal oposición: la mala costumbre que tienen los hijos de comentar con sus padres sus decepciones o dificultades en el matrimonio, considerándose víctimas de sus respectivos cónyuges y azuzando así la antipatía de aquéllos contra éstos. Si, por el contrario, los defienden excesivamente, entonces también provocan involuntariamente los celos de los padres, que no se resignan al hecho de verse "deshancados" por extraños en cuanto hace referencia a su prestigio y autoridad ante sus vastagos, aunque en este sentimiento el sexo no intervenga en modo alguno.

La lucha entre los instintos y la cultura.

No ha sido Freud, ciertamente, el descubridor de la antinomia existente entre el *Homo naturalis* y el *Homo sapiens sive socialis*,

entre el salvaje y el civilizado, entre el fondo animal y el revestimiento espiritual del hombre. Los neurofisiólogos han opuesto antes que él las actividades de los centros subcorticales y las de la corteza cerebral (Hughlings Jackson, en su teoría de los niveles, y Ludwig Klages, en su clásico trabajo *Der Geist als Widersacher der Seele* (*El espíritu como contradictor del alma*), también señaló la incompatibilidad entre las tendencias animales del alma y las ideales del espíritu humano. Pero corresponde al insigne médico vienes el mérito de haber mostrado que es la presión de nuestra cultura la que obliga a la represión de impulsos primarios y crea el malestar que engendrará en cualquier instante el llamado "compromiso neurótico" si el yo no encuentra un medio mejor para lograr su descarga. Y no obstante, no faltan argumentos para afirmar que tan primario como ese fondo instintivo es en el ser humano su fondo místico, y tan fuertes como su hambre o su sed, son sus ansias de libertad y de goces ideales. Cuando el propio Rousseau definió al hombre como un animal político y religioso estaba reconociendo que en él existían esas tendencias de un modo *natural*. Dejando aparte, no obstante, el primarismo o el secundarismo de los ideales humanos, lo cierto es que en nuestra actual coyuntura histórica, tales ideales resultan demasiadas veces incompatibles con la realidad prosaica de la vida diaria y el ciudadano contemporáneo que desee vivir y filosofar al mismo tiempo corre el riesgo de perder su salud y quebrar su yo en la empresa. En su trabajo *Civilization and its discontents* Freud desarrolló al máximo las consecuencias de su anterior afirmación según la cual la neurosis era "el negativo de la perversión". Tanto en ese texto como en su carta a Einstein sostiene que la terrible lucha entre Eros y Tanatos tiende a ser ganada por Tanatos, coincidiendo así con el terrible pensamiento nietszcheano según el cual "la vida es una loca carrera hacia la muerte". De ello concluye la inevitabilidad de las guerras e inclusive las justifica, lo mismo que las demás lacras destructivas de nuestra sociedad. Pero esto merece párrafo aparte.

La inevitabilidad de la guerra.

El pesimismo de la cosmovisión freudiana considera que es fatal e ineluctable la recrudescencia periódica y colectiva de las tendencias agresivas del hombre, que buscan entonces un pretexto, político, económico, militar, religioso o de cualquier otro orden aparentemente ideológico para descargarse en luchas fratricidas, cada vez más sangrientas. Recorriendo los 40 siglos de historia de la

civilización los hechos parecen darle la *razón*, pero hemos de preguntarnos si es suficiente ese breve lapso temporal (en relación con la enorme lentitud de la evolución afectivoemocional de la especie humana), para creer que en los infinitos siglos venideros el hombre seguirá sucumbiendo a esa necesidad accesional de violencia auto y heterodestructiva. Un hecho es indiscutible: cuando alguien emprende una lucha armada lo hace porque de algún modo cree que puede vencerla y que así hallará en ella un posible beneficio ulterior, pero esa creencia exige para ser mantenida, un des-nivel de fuerzas que cada vez se torna más hipotético. Por otra parte, el enorme poder de las actuales armas nucleares torna tan peligroso su uso para quien las posee como para su adversario, y éste es otro argumento de gran fuerza para hacernos pensar que a fin de cuentas llegue a ser verdad el aforismo clásico: *Si vis pacem para bellum* (Para conseguir la paz prepárate para la guerra).

No deja de ser curioso que siendo Freud un acérrimo partidario de la tesis evolucionista de Charles Darwin no la aplicase al hombre y comprendiese que en éste, esa evolución se acelera no tanto por la discutida herencia de los caracteres adquiridos como por la acumulación de los conocimientos y la experiencia, gracias al lenguaje escrito. Del mismo modo como otras pautas de conducta han sido abandonadas por la sociedad contemporánea, es lógico esperar que en el futuro puedan serlo algunas que hoy están vigentes y entre ellas la de confiar a la mecánica o la química la decisión de pugnas que deben ser resueltas por la lógica y el derecho. Esa ineluctabilidad de la agresividad tanática del hombre, defendida por la escuela freudiana, ya ha hecho mucho daño al dar una base aparentemente científica para justificar conductas individuales y colectivas, de una de las cuales el propio Freud fue víctima.

Nadie pretende negar la existencia de impulsos agresivos y destructores en los seres humanos, pero también es cierto que éstos poseen no solamente frenos poderosos para ellos sino impulsos solidarios, constructivos y generosos, aún en ausencia de los que forman parte del amor sexual. Por otra parte, esos mismos impulsos agresivos pueden ser canalizados y transformar su potencial destructivo en energía creadora. Tal es la tesis de Alfred Adler, quien hace de la reacción de rebeldía (protesta viril) la base de la conducta de afirmación personal, laboriosa y emuladora, sin necesidad de transformarla en actos antisociales.

El hecho de que el psicoanálisis ortodoxo haya tratado de dar una visión dinámica y agónica de la vida mental no justifica que llegue al extremo de querer explicarla apenas a lo largo del único eje amor-odio, inclusive cuando lo hace con la pluma brillante de

Karl Menninger, pues hay otros ejes en nuestra persona (serenidad-angustia; alegría-disgusto; actividad-tedio; curiosidad-desinterés; libertad-constricción, etc.). Se argumentará que ese concepto central de "lucha", de dialéctica y antítesis entre los principios básicos de la vida mental le fue en parte sugerido por la antinomia Dios-Diablo, bien-mal, vida-muerte, etc., que anteriormente imperaba en el pensamiento religioso y en no pocas doctrinas dualistas de orientación filosófico-especulativa, sin olvidar el mismo pensamiento darwiniano de la "lucha por la vida". Pero la verdad es que el insigne maestro vienes admitía 3 actitudes básicas en el hombre: pro- fuera- contra, es decir: afectuosa-huidiza-agresiva, correspondientes al predominio de una de las 3 emociones primarias (afecto-miedo-rabia) y lo que resulta difícil de comprender es cómo, a pesar de esto, intentó luego reducir a dos los motores de la vida psíquica mezclando en uno de ellos (Tanatos) piezas correspondientes a dos; efectivamente, en muchos pasajes de sus obras se ve claramente que Freud confunde y mezcla el miedo y la ira, asumiendo así una posición nítidamente antifenomenológica, que hoy ha sido sobrepasada, principalmente por la llamada psicología global, holística, de la totalidad o, mejor, existencial.

EL PSICOANÁLISIS REDESCUBRE EL YO.
EL YO PASA A LLAMARSE "EGO".
LOS CONFLICTOS DEL EGO FREUDIANO.
LAS DEFENSAS DEL YO FREUDIANO.

El psicoanálisis redescubre el yo.

Tan absorto y preocupado estuvo Freud durante los primeros años de elaboración de su teoría con la búsqueda afanosa de los entretelones y profundidades abisales del psiquismo, que prácticamente se olvidó de investigar lo que acontecía al principal actor del escenario mental, es decir, el haz de vivencias autognósticas y autorreferentes, de tensiones y apetencias que constituyen la llamada conciencia individual, noción de identidad, autoconciencia, o simplemente el "yo". Este era concebido entonces por Freud como una emanación o excrecencia de la libido que dejaba de ser inconsciente para enfrentar —en una especie de frontera o plano tangencial— las presiones ambientales que se oponían a su libre expansión y satisfacción. Bajo esas presiones se imponía el "principio de la realidad al principio del placer" que orientaba las actividades instintivas del recién nacido y éste entonces comenzaba a sufrir las consecuencias de la vida social y desarrollaba su yo como una especie de callo psíquico, para protegerse contra ellas. Evidentemente ese yo tenía siempre sus raíces sumergidas en el inconsciente y era en gran parte un "instrumento" puesto al servicio de la ingente energía de la libido.

Pero años después, cuando creó su metapsicología, e introdujo sus conceptos de psicoeconomía y, sobre todo, debió enfrentar la innegable verdad de que existían móviles de conducta que no se dirigían a la gratificación sexual individual, Freud empezó a tomar en consideración, nuevamente, el llamado análisis del yo. ¿Por qué no lo había hecho antes? Entre otras razones cabe aducir la de que la inmensa mayoría de sus clientes —que constituía el material humano de sus observaciones— poseía realmente núcleos yoicos de muy escaso valor: sus "yos" eran débiles, infantiles, que iban zigzagueando bajo los impulsos internos (del "ello" o el "super-yo") y externos (de la sociedad, o sea "los demás"). Tales "yos" neuróticos parecían ser efectivamente juguetes de esas fuerzas y presiones y no merecer demasiada consideración científica. Pero

el "yo" neurótico ha tenido la energía suficiente para reprimir y mantener reprimidos fuera de la conciencia los contenidos psíquicos que le resultaban molestos, es porque por lo menos *en el acto de la represión el represor (yo) es más fuerte que lo reprimido*. ¿Cómo conciliar esa súbita fortaleza del yo con su permanente debilidad y obediencia al inconsciente del cual procede?

El yo pasa a llamarse "ego".

Sin duda, porque el yo freudiano es distinto de los demás y porque su creador fue devoto de las locuciones clásicas (tanatos, eros, libido, etc.) empezó a designarlo con el calificativo de ego (en vez de *Ich*, que es su equivalente en alemán). Ese "ego", inclusive después de haber sido puesto en foco por el psicoanálisis, remodelado y provisto de sólidas defensas, se nos presenta apenas como un atribulado gerente del aparato psíquico, ocupado todo el tiempo en tratar de hacer arreglos, componendas o compromisos conciliatorios entre sus tres exigentes dueños: el "ello", el "super-yo" y la "realidad exterior". Sin duda, en mucho contribuyó para el redescubrimiento de su papel en la conducta personal el hecho de que Freud haya comenzado sus actividades como "analista didáctico" y cambiado luego sus neuróticos por futuros discípulos que —es de suponer— tenían una vida consciente más normal y un yo más equilibrado y enérgico que aquéllos.

Tanto cuando escribió su trabajo sobre análisis del ego como cuando más tarde insistió acerca del tema (*Nuevas contribuciones al psicoanálisis*), Freud carecía de una base experimental de exploración de las actividades del yo en personas normales, pues siempre se había interesado precisamente por el estudio de las mentes más o menos patológicas o, en el caso de examinar las mentes normales (en sus análisis didácticos) *las colocaba en situaciones anormales*, pues las invitaba y conminaba a que *se dejaran llevar* por sus tendencias dominantes en el momento, renunciasen a todo control o dirección de su pensamiento y expresasen todo cuanto les viniese en gana, sin preocuparse del "qué ni del cómo" lo expresaban. Bien afirmaba Oswald Bumke que esto equivalía a transformar deliberadamente en anormal la conducta de cualquier persona. Pero además Freud pareció siempre ignorar otro hecho de extraordinaria importancia: es nuestro yo quien controla —salvo en muy contados estados patológicos— todos nuestros actos, pues bajo su fiscalización se encuentra la musculatura llamada voluntaria, gracias a la cual ejercemos todos nuestros influjos sobre el mundo exterior. De esta suerte, no es exagerado afirmar que el

99 % de los actos en virtud de los que somos juzgados por los demás se encuentra bajo la fiscalización directa de nuestro yo y, por tanto, corresponde a éste una responsabilidad y un *poder* mucho mayores que los concedidos por la doctrina freudiana.

Los conflictos del ego freudiano.

El pobre ego descrito por el psicoanálisis, en vez de reinar como monarca sufre como prisionero, y solamente deja de sufrir cuando consigue engañar a sus cancerberos o engañarse a sí mismo y dejar de ver su mísero destino. Veamos cuáles son sus principales situaciones conflictivas:

a) El conflicto entre los deseos (del ello) y las exigencias (del mundo social).

Éste sería, por así decirlo, el conflicto fundamentalmente expuesto por Freud desde los primeros años de su doctrina y simbolizado por la lucha entre sus llamados principios del placer y de la realidad. De acuerdo con la psicología analítica ortodoxa, parece que todos los deseos han de proceder del fondo de animabilidad, impulsividad o instintividad primaria e inconsciente que constituye el "ello" (id) de nuestro aparato psíquico, pero la verdad es que si existen deseos de este tipo, en cada uno de nosotros (y son por así decirlo comunes al *homo naturalis*) también hay deseos que no son ni inconscientes, ni impulsivos ni de fondo instintivo sino engendrados en el centro de nuestro propio yo, enteramente conscientes y por ende concretamente formulables, pero al mismo tiempo opuestos a otros que se encuentran asimismo en el centro de ese yo y tienen sus mismas características pero opuesta dirección. Por otra parte, una enorme cantidad de los deseos inconscientes se satisface de un modo casi automático, sin necesidad de colocar al yo en conflicto con ellos, pues ni siquiera se da cuenta de su existencia. Así ocurre, por ejemplo, con los resultados de las carencias biológicas primarias (aire, alimentación, sueño, etc.) y también con no pocas de las tendencias agresivas, descargadas verbalmente (a través del lenguaje oral y mímico) sin que el propio sujeto lo perciba. De todos modos, aún con las dos precedentes restricciones, no hay duda que con mucha frecuencia sentimos deseos que sabemos no podríamos satisfacer sin enfrentar consecuencias (que también deseamos evitar). En tal caso, más que conflicto entre el ello y el mundo social puede hablarse de oposición entre los deseos (igualmente conscientes y propios del yo) *de darnos el gusto y evitar el disgusto*. Bajo este punto de vista, la crisis para el yo es más dramática de lo que sería bajo el enfoque freudiano,

pues lejos de ser un simple compromisario entre el ello y la realidad social es, además y antes que eso, un juez llamado a ponderar, jerarquizar y decidir cuáles serán los deseos individuales que van a ser aceptados como programas de acción personal, cuáles los que habrán de ser estabilizados o congelados para ser satisfechos en la ocasión oportuna y cuáles los que habrán de ser combatidos, modificados o anulados, inclusive si se presentase una coyuntura favorable para satisfacerlos. Porque en realidad el yo es el creador y el árbitro de las actitudes propositivas, tiene constantemente que decidir si la conducta individual va a dirigirse a hacer o lograr lo que más agrada, lo que más conviene, lo que resulta más fácil o lo que es más urgente, lo que más debe ser hecho o, finalmente, lo que más satisface a los demás. Una vez que el yo trazó la línea de conducta que juzga idealmente preferible, quedará todavía por ver cómo ésta habrá de hacerse compatible con las exigencias o presiones del grupo o grupos que constituyen el ambiente social en que tal conducta va a ser puesta en práctica.

b) Conflictos intrapsíquicos del yo.

¿Qué hacer cuando el yo se siente acuciado por deseos de equivalente intensidad y recíprocamente incompatibles? Ya no se trata ahora de oposición externa sino de una antinomia engendrada en la propia intimidad y que paraliza y desorganiza el curso unitario de la vida personal: el yo siente deseos simultáneos de vivir el presente y el futuro, o el presente y el pasado, o el futuro y el pasado, de estar a la vez en A y en Z, a pesar de que media entre ambas una distancia de millares de kilómetros, de acariciar y de herir a diversas personas, etc. Surge así una duda, una indecisión penosa, que se llama *ambivalencia*, pero que a veces es trivalencia, tetravalencia o polivalencia y ocasiona un estado de angustiosa perplejidad, en el que los neuróticos se encuentran fácilmente sumergidos, especialmente los de tipo esquizotímico o de tipo compulsivo. La teoría freudiana explica la ambivalencia por la antinomia básica de los instintos de vida y de muerte que de este modo originan catexia y contracatexia localizadas en el mismo objeto, pero necesitamos comprender que ahora nos estamos refiriendo a la posible incompatibilidad temporoespacial de la catexia, capaz de engendrar el mismo *embarras du choix* que aquella.

Un punto oscuro en la doctrina freudiana es el de la censura moral o ética que es atribuida exclusivamente a otra instancia psíquica —el superyó—, con lo cual se deja al yo en una posición de amoralidad que no corresponde, en realidad, más que a un reducido número de casos de superegotismo. En verdad, el yo posee

una natural tendencia a teñir sus concepciones morales no tanto de acuerdo con la presión de ese supuesto superyó como de acuerdo con el tipo de emoción en que se halla sumergido. Así pueden diferenciarse en él tres tipos de conducta moral, según se encuentre bajo los efectos del miedo, de la cólera o del amor. Solamente la segunda de esas emociones lo llevaría a ser frenado por el superyó que —dicho sea de paso— es también descrito por Freud con aspectos agresivos y sádicos, por lo que no han faltado autores que hayan propuesto llamarlo antiyó.

o) Conflictos del yo con el superyó.

Sin duda alguna, el "remordimiento" y los "sentimientos de culpa" son grandes fuentes de angustia y sufrimiento moral. Afirman los freudianos que ellos derivan sobre todo de su famoso complejo de Edipo, en virtud del cual el niño se siente amenazado por la castración. Mas, en contra de esa opinión, los partidarios de Melanie Klein consideran que el superyó precede al mero descubrimiento del padre y se engendra ya en los primeros meses de la vida, como resultado de la internalización de la "madre mala" y frustradora. No hay duda que, a falta de una base objetiva y experimental en este campo, la imaginación de cada autor se lanza a interpretaciones que pueden parecer aceptables, lo que no significa que merezcan serlo; por ello aquí como en la magia *todo es posible*. No obstante, si aplicamos un criterio no explicativo y sí puramente descriptivo-comprensivo, veremos que el superyó y el yo se encuentran en relación dialéctica porque representan los inconciliables extremos del *Sein* y el *Sollen*, esto es: del *ser* (animal) y el *deber-ser* (espiritual) o, si se quiere, de la realidad natural y del idealismo cultural que en cada hombre han de estar en perpetuo conflicto, puesto que pertenece a la propia esencia de la *hominidad*, el hecho de estar situada entre los dos planos y por ello es capaz de diferenciar el Bien del Mal, pero es todavía incapaz de seguir siempre al primero y rechazar al segundo en su conducta. Entre otras razones —como acertadamente escribió Jung—, porque ocurre casi siempre que el Bien "no gusta" y el Mal "sí gusta", o expresado de otro modo: el Mal se presenta reforzado por el placer y el Bien entraña casi siempre, por lo menos temporariamente, un esfuerzo, un sufrimiento o una renuncia.

La mejor prueba de que el superyó no crea el remordimiento por expiación de faltas libidinales es que son muchas las personas normales que sufren, lamentan y se desesperan ante el convencimiento de que en tal o cual circunstancia "deberían haber seguido precisamente la senda del mal" y haberse dado el gusto de dar una zurra, de gastar unos ahorros, de satisfacer tal o cual deseo,

a pesar de que no *lo hicieron* precisamente porque ese superyó se lo impidió. Y cabe ahora la pregunta: si lo obedecieron, ¿por qué ahora sienten tanta angustia y malestar? Sea como sea, un hecho es cierto: todo yo tiene constantemente que esquivar o reprimir esa llamada "voz de la conciencia", "imperativo categórico", "línea ideal del deber", etc., que los freudianos —aún reconociendo que es adversa a la salud y la tranquilidad— consideran determinada por la más evolucionada y supuestamente superhumana de las instancias psíquicas: el superyó.

Las defensas del yo freudiano.

Para poder luchar y triunfar contra el id (ello), contra los demás yos, contra el superyó y contra las frustraciones que le impone la propia naturaleza, es preciso que el pobre y atribulado yo freudiano posea numerosas y poderosas defensas, además de la ya clásicamente conocida de la represión o expulsión de cuanto le molesta, relegándolo al *sub*, al *para o* al ín-consciente. (Esta última posibilidad, por lo demás, es un tanto inocua puesto que Freud considera que el yo tiene también una parte inconsciente).

De acuerdo con esa exigencia, tan pronto como los psicoanalistas decidieron interesarse en el "análisis del yo", comenzaron a describir un número cada vez mayor de dispositivos o "mecanismos de defensa" del ego, algunos de los cuales representan apenas variantes nominales de otros. Así, según los autores, el yo posee entre 8 y 14 defensas, algunas de las cuales son juzgadas convenientes, otras tolerables y otras más o menos reprobables, según el criterio personal de quien las describe y enjuicia. Por ejemplo, Seashore y Katz consideran que la "racionalización" es socialmente conveniente (dar o crear pretextos) y en cambio consideran criticable la "*represión*" (olvido forzado), pero si el lector pregunta por qué, ni ellos ni yo sabríamos responderle de un modo convincente. Para no prolongar innecesariamente esta cuestión, nos limitaremos a seguir el criterio de Fr. Alexander y resumiremos lo que él escribe acerca de los 8 mecanismos de defensa *más* generalmente admitidos por los psicoanalistas y puestos a disposición del yo.

1») *La represión* (debería llamarse en realidad "expulsión" o "rechazo" o inclusive "repudio", pues tal es el auténtico significado de la palabra germana *Verdringung*, usada por Freud en este caso). Consiste en hacer desaparecer del campo de la conciencia, mediante el *olvido forzado*, todos los contenidos psíquicos cuya presencia se torne molesta o angustiante. De este modo el yo se libra del sufrimiento que le acarrearía tener que recordar infinidad de

escenas en las que no salió muy bien parada su dignidad, su pretensión o su expectativa, o en las que fueron conmovidas hasta el máximo las cuerdas de su afectividad por una decepción cualquiera; del mismo modo se libra de los temores prospectivos (el de la enfermedad, el accidente, la guerra, la muerte, la ruina económica, etc.). En suma, la represión consiste en practicar deliberadamente la llamada "política de avestruz". Ahora bien, si ese "mecanismo" represivo corresponde, según el propio Freud afirmó, a una defensa *normal* del yo, sería de esperar que fuese tanto más eficiente e intensamente usado cuanto más intolerable resultase el contenido o el acontecimiento psíquico que ha de ser reprimido, mas la experiencia demuestra que no existe correlación significativa entre ambos factores: a veces la represión actúa intensamente en circunstancias en que no sería necesaria y otras falla totalmente cuando más lo es. Los psicoanalistas encuentran enseguida la explicación de que esa, como todas las demás defensas del yo, se encuentran sometidas —por asociación y simbolización— a determinados refuerzos e inhibiciones que pueden variar inmensamente su radio y su intensidad de acción. Mas podemos preguntarnos si la "represión" no es otra cosa sino la presentación en lenguaje freudiano de un fenómeno muy conocido en neurofisiología y descrito con el nombre de "inhibición interna".

2*) *La racionalización.* Claparède la describió, ya en 1910, con el calificativo de "función de autojustificación" y la definió como una actividad intelectual destinada a tranquilizar al individuo, casi siempre *a posteriori*, mediante la creación de motivos que justifiquen, con *aparente* lógica, su conducta. En realidad no siempre son enteramente falsos tales motivos, pero sí son menos determinantes que los que el sujeto oculta y trata de olvidar. Los psicoanalistas no establecen relación entre esta defensa y la dialéctica sofística, pero es evidente que se trata de un mismo proceso, que hoy ya no es utilizado solamente por los individuos llamados "cultos", sino por las autoridades y organismos encargados de velar por el llamado orden público. Los ministerios y servicios de "información" expiden habitualmente comunicados justificativos de los actos de gobierno que son verdaderas muestras de racionalización, de tal modo que son pocos los que creen las "verdades oficiales", a pesar de que éstas, por definición, habrían de ser tenidas y tomadas como ciertas. Sin duda alguna, el uso y hasta el abuso de esta defensa —en el ámbito individual— está determinado por el éxito que con ella se consigue más que por el nivel ético del yo que la utiliza. Tanto más cuanto que se sabe que ella actúa también en los diálogos íntimos y sirve para el autoengaño.

3') *Introyección*. Si la represión actúa principalmente para librarse de tentaciones, remordimientos y frustraciones, esta defensa —también denominada "incorporación", "internalización" e "identificación"—, sirve para superar las barreras del odio o del miedo que en un momento dado pueden interponerse entre el yo y un determinado "objeto" dotado de gran poder alterante. En virtud de la introyección, este objeto es, por así decir, absorbido y englobado o fundido con el yo individual, desapareciendo toda distancia entre ambos y superándose así toda antítesis y angustia por él determinadas.

Nadie duda que este proceso es muy usado, principalmente por niños y adolescentes, pero lo que se debe recordar es que no solamente sirve —como los freudianos afirman— para defender el yo contra angustias sino también para satisfacer su narcisismo, ya que es muy frecuente que un individuo internalice o introyecte no solamente los "objetos" temidos u odiados sino, especialmente, los admirados por él (inicialmente vistos como "modelos" y más tarde olvidados, pues el propio yo se considera ya modelado, aunque sigue imitándolos y actuando "a la manera de", sin saberlo).

La importancia de esta defensa en la escuela freudiana es que se considera el recurso normal para superar el conflicto de Edipo: el padre odiado pasaría así a formar parte del hijo y éste crearía así su superyó. Mas, en tal caso, cabe preguntarse si con ello se consigue alguna ventaja para el pobre yo (no es seguro que "odiar-se" o "temerse" resulten menos desagradables que odiar y temer...). Como más adelante veremos, el proceso de introyección ha sido sumamente utilizado por Melanie Klein y sus adeptos, llegando a convertirse no tanto en una mera defensa yoica como en un dinamismo fundamental para la estructuración de la personalidad, tanto normal como patológica. Entonces tendremos ocasión de formular más detalladamente otras objeciones críticas.

4*) *Inversión o "formación reactiva"*. En realidad este mecanismo defensivo o compensador fue destacado por Alfred Adler, quien lo erigió en su llave maestra para explicar la mayor parte de los dinamos de conducta. Podría considerarse como explicada con el proverbio: "Dime de qué blasonas y te diré de qué careces". En efecto, cada vez que el yo tropieza contra un obstáculo que lo angustia y atemoriza puede intentar superarlo *fingiendo* que le sobra fuerza para dominarlo e inclusive iniciando su actuación como si así fuera a suceder. Mas, por otro lado, este dispositivo no es tan artificial y falso como podría ser supuesto y en muchas ocasiones conduce *realmente* a una excesiva violencia en la reacción, que apenas encuentra su causa en la intensidad del impacto inicialmente sufrido por el yo. Éste reacciona entonces como el

organismo ante una infección: creando anticuerpos en superabundancia, o sea desarrollando con exceso su respuesta, de tal modo que no solamente sirva para la situación actual sino para prevenir posibles repeticiones de la misma. Sería ésta —en el terreno psíquico— una reacción análoga a la de la alergia en el fisiológico: aquí el organismo reacciona cada vez con mayor violencia ante los estímulos que no puede asimilar (alérgenos) y allí, el yo toma una posición opuesta a la que íntimamente siente, desarrollando así secundariamente la conducta inversa a la que podría ser esperada.

Cari G. Jung ha descrito un proceso algo semejante cuando afirmó que en la segunda mitad de la vida, acostumbran a invertirse las pautas y modos de reacción psíquica, pasando a primer plano los sectores psíquicos que hasta entonces han estado ocultos o subyacentes. Falta saber si esa inversión es debida a una debilidad o aflojamiento de las funciones conscientes o a una intensificación de las cargas energéticas de las tensiones hasta entonces reprimidas. De todos modos no ha de confundirse esa "defensa" con el denominado *acting out*, que en realidad no constituye defensa alguna y sí una manifestación explosiva de la falta de dominio del yo sobre el fondo instintivo o "salvaje" de la persona.

5») *Proyección*. Aquí Freud merece todo el mérito por haber sido el primero en descubrir, describir y hacer notar el enorme papel que este dispositivo defensivo de la paz yoica tiene en la conducta tanto normal como patológica. Así como en la represión los contenidos tensionales angustiantes son rechazados hacia la profundidad inconsciente del aparato psíquico, aquí son expulsados de la intimidad subjetiva y extrayectados hacia el ambiente o área fenoménica consciente. De este modo pueden ser contemplados como "ajenos" al núcleo yoico y éste deja de sentirlos, por así decir, en carne propia. Consiguientemente, el sujeto no se siente responsable, culpado o frustrado por cuanto derive de la presencia en su plano consciente de tales contenidos (ideas, deseos, etc.) y readquiere la tranquilidad perdida. La escuela freudiana y sus seguidores han descrito diversas variantes de los "mecanismos proyectivos" pero todas se ajustan esencialmente al precedente esquema. Parece como si el yo, acuciado por la presión de los acontecimientos, se formulase a sí mismo el conocido interrogante: "¿Quién?... ¿Yo?", y lo respondiese negativamente: no soy yo quien piensa o hace tal o cual acto reprochable sino que es otro quien lo determina y por tanto es responsable por él. Así vemos que la proyección sirve para exculpar no solamente a individuos sino a naciones, cuando, por ejemplo, cada una acusa a la otra de haber invadido su territorio y justifica así su ataque como siendo

apenas una defensa. Lo interesante es —según la escuela freudiana— que este mecanismo defensivo del yo actúa muy frecuentemente sin que el mismo yo lo advierta, y en tal caso cree de buena fe que es víctima en vez de agresor y que debe ser juez en vez de reo.

Sobre esta acción inconsciente de la proyección Freud construye toda la interpretación de los "delirios de persecución", explicándolos (como ya se sabe) por la existencia de tendencias homosexuales reprimidas.

No se puede negar que cuando un ser humano duda de su propio sexo se siente con frecuencia "observado" y "provocado" por otros, mas podemos preguntarnos si se trata aquí de una "defensa" o, simplemente, de una inferencia analógica que puede formularse así: "Tengo aspecto de ser homosexual. Los demás lo perciben y me desprecian, me humillan o me persiguen por eso". La verdad es que cuesta admitir que el sujeto cree una defensa persecutoria tan violenta, que lejos de tranquilizar su angustia, la aumenta, lo enloquece y no raras veces lo lleva al suicidio, al homicidio o a ambos.

6*) *Negación*. Se afirma que "no hay peor ciego que quien no quiere ver ni peor sordo que quien no quiere oír". Esto significa que el yo puede, en determinados momentos, "bloquear" sus capacidades perceptivas y comprensivas en determinados sectores de la realidad, cuando éstos le traumatizarían excesivamente si fuesen contemplados y atendidos plenamente. Hay entre esa actitud y la de represión (ya mencionada, en primer lugar), una correlación funcional, pero no han de confundirse. Por ejemplo: si alguien se enamora de una persona a la que moral y legalmente no debe llegar y no puede pedirle reciprocidad amorosa, lo normal es que actúe la represión y procure olvidarla. Mas si un empedernido y egoísta solterón comienza a sentirse enamorado de alguien con quien *sí puede pretender* reciprocidad, pero a costa de perder su soltería, entonces es capaz —para conservarla— de acudir al mecanismo de negación y negarse a sí mismo que está *realmente* interesado en tal persona. La prueba de que esa "negación" no produce represión alguna y sí apenas *contención* la tenemos en la vehemencia e iracundia con que quien la usa replica a quien osa indicarle su existencia. Entonces *se niega la negación con tal intensidad que se evidencia la afirmación*.

7») *Autoptnición*. En este mecanismo el yo se libra de la acción angustiante del remordimiento o de la censura del superyó infligiéndose voluntariamente una pena o un castigo con los que pretende compensar, reparar o equilibrar el daño moral que es causa

de su malestar. El sujeto se autojuzga y condena para evitar sentirse juzgado y condenado por los demás. Freud llega a admitir, inclusive, que un individuo pueda cometer delitos y busque ser punido por ellos como un recurso expiatorio para librarse de una conciencia de culpa de otro delito peor. Es por demás confusa su interpretación, pues no se comprende que, para librarse de un remordimiento, nadie en su sano juicio o en su sano superjuicio (suponiendo que sea un juicio del superyó), actúe de modo que inevitablemente lo aumente. Es cierto que son bastantes las personas que una vez puestas en un camino equivocado prefieren seguirlo hasta el fin (obedeciendo al absurdo dictado de: "perdido por uno, perdido por cien"), pero tal actitud se explica mucho mejor por el famoso impulso repetitivo —puesto de manifiesto por el propio Freud— que por esa confusa tendencia a delinquir para ser castigado y librarse así de la conciencia de culpa. En cambio no se puede dudar que son legión quienes se aplican a sí mismos los castigos que merecen, aún en circunstancias en que parecían poder gozar de total impunidad. Ese dispositivo autoexpiatorio puede consistir, por otra parte, en dos tipos de conducta: en el primero, el sujeto se inflige un daño físico o moral que juzga equivalente al que hizo sufrir; en el segundo, mucho más aconsejable, procura dar a su o sus víctimas un placer o un beneficio (en concepto de reparación) por lo menos igual al perjuicio infligido.

8*) *Realización imaginaria (ensoñación)*. Éste es el mecanismo mejor y más antiguamente conocido, hasta el punto de haber sido popularizado en fábulas (la de la Lechera, de La Fontaine, por ejemplo). Llámase a esta actividad *day-dreaming* (soñar despierto) o "vivir de ilusiones". Consiste simplemente en dar por supuesta la realización del deseo y gozar imaginativamente de sus efectos, sin perjuicio de volver a la realidad en el momento oportuno. Cuando las circunstancias tornan imposible esa huida al reino de la fantasía, siempre queda el recurso de imaginar una nueva ilusión que en el futuro compensa con creces la actual desilusión. Freud y sus discípulos han estudiado a fondo los devaneos y fantasías que este dispositivo presenta, en relación con la satisfacción de impulsos sexuales en neuróticos y psicópatas, habiendo contribuido en este aspecto para demostrar que, por ser tal defensa muy precozmente establecida, es capaz de persistir inclusive cuando el desarrollo individual la tornaría aparentemente innecesaria, ya que permite la realización de cuanto antes había sido apenas imaginado.

Mas lo cierto es que, tanto a Freud como a sus discípulos, se les ha escapado el aspecto más fundamental de las defensas yoicas

en relación con este "vivir de ilusiones", a saber: todos nosotros además de ilusionarnos *alimentamos las ilusiones ajenas* mediante un constante fingimiento de actitudes que no sentimos íntimamente. En otros términos: todos estamos desempeñando papeles en la vida social, como si ésta fuese un inmenso escenario. Al arte de saber fingir se le llama "buena educación" y gracias a él la inmensa mayoría de seres humanos considerados normales concilia su íntimo salvajismo con su aparente civilización.

Las concepciones filosófico-sociales de Freud.

No deja de resultar curioso el hecho de que siendo la actividad psicoanalítica la forma más restringida de relación social —puesto que se encuentra limitada al más primitivo grupo, el binario— y no teniendo más experiencia directa que lo que ocurre al analista y al analizado en el pequeño recinto en donde se aíslan para explorar el mundo personal del analizado, su creador —espíritu hermético y poco sociable además— haya pretendido, no obstante, obtener de tan pocos datos una visión universal y una interpretación filosófica de la vida. Es hoy admitido sin discusión, que Freud era portador de una neurosis y era muy propenso al pesimismo y al malhumor.

Si tales rasgos, por un lado, le permitían inmovilizarse rígida y estoicamente durante sus múltiples horas diarias de análisis, por otro, sin duda, debían influir notablemente, en sentido peyorativo, en sus concepciones interpretativas, tanto más cuanto que éstas no se apoyaban en hechos objetivos y medibles y que —está demostrado— una vez establecida la transferencia positiva, el analizado proporciona al analista el material que éste espera e involuntariamente le sugiere con sus apodícticas interpretaciones. Por esto nada tiene de extraño que las ideas del genial vienes acerca de la civilización, la humanidad y, de un modo genérico, el destino del hombre, destilen no solamente amargura sino nihilismo. En su libro, poco conocido *Group psychology and the analysis of the Ego* (Londres, Hogarth Press, 1922), y más aún en su monografía *Civilization and its discontents* (Londres, Hogarth Press, 1930) expone puntos de vista tremendamente deprimentes. Y como ejemplo veamos lo que ha escrito en la página 464 del tomo XI de sus obras reunidas (*Sammelwerké*): "Todos sufrimos mucho, sin consuelo y sin recompensa y, no obstante, soportar tal sufrimiento constituye la primera de nuestras obligaciones" (cabe preguntar ¿cuál será la última? —podemos adivinarlo: morirnos). Antes de eso, en efecto, en 1915, ya había escrito: "*Si vis vitatn para mortem*" (Si quieres la vida, prepárate para la muerte).

Responsable máxima por este sufrimiento humano es —según Freud— la civilización y su cultura, de suerte que, en plena lógica, siendo su propia obra un producto cultural, difícilmente se concibe cómo ella pueda librar al hombre de sus penas. Por otra parte, en *Tótem y tabú* (obra que, como es sabido, está principalmente destinada al análisis de la génesis del sentimiento religioso y, más concretamente, del miedo y el respeto al Padre Eterno), afirma que todos somos portadores de un ancestral sentimiento de culpa (provocado por el llamado "pecado original") pero tal sentimiento es debido al "parricidio primitivo", que en la religión cristiana es públicamente simbolizado por la crucifixión filial. Así, pues, por una doble vía (inconsciente y consciente) según la concepción freudiana, la angustia amenaza inexorablemente y permanentemente, y el hombre se hallaría doblemente condenado —por tradición y por acción— al sufrimiento. Es claro que si consideramos las decepciones sufridas en vida por el creador del psicoanálisis, que no solamente se vio combatido y menospreciado por sus adversarios sino que fue sucesivamente contradicho y abandonado por sus mejores y más antiguos discípulos, terminando sus años en el exilio, no podíamos esperar concepciones optimistas de su pluma. En cierto modo, su sucesor en la cátedra de Viena, Víctor Frankl, aunque ha escrito una obra que *quiere* ser estimulante (*Trotzdem, ja zum der Leben sagen*, o sea: A pesar de todo, decir sí a la vida), lo cierto es que destaca tanto el "A pesar de todo" que para quien la lee desapasionadamente resulta igualmente teñida de pesimismo,

Aplicaciones del psicoanálisis freudiano a los diversos campos d.e la cultura.

Si bien partió de la medicina, Freud se desplazó paulatinamente a los diversos territorios de las ciencias del espíritu y sus interpretaciones revolucionarias alteraron las concepciones que podríamos considerar más clásicas y sagradas en todas ellas. No hablemos de la religión, a la que Freud clasificó como una "neurosis coacta colectiva", ni de la ética, cuyos propios fundamentos des hizo bajo el impacto de su explicación instintivista. Vamos a resumir apenas sus repercusiones en zonas más concretas de la actividad humana, comenzando por considerar:

a) El psicoanálisis y el derecho.

Podría sintetizarse las relaciones entre la neurosis y la delincuencia, en el pensamiento freudiano, diciendo que según éste "el

delincuente es un neurótico rebelado" y el "neurótico es un delincuente potencial o frustrado". Tanto aquél como éste poseen yos relativamente incapaces para su compleja tarea de conciliar las exigencias del ello, el superyó y los demás yos con quienes debe convivir. Fueron inicialmente dos discípulos de Freud los que advirtieron al mundo penal acerca de las posibles aplicaciones de la concepción psicoanalítica para comprender las motivaciones delictógenas, o sea, las fases íntimas preparatorias de los delitos. En su obra más conocida (*El delincuente y los jueces bajo el punto de vista psicoanalítico*), Alexander y Staub hicieron depender la vulneración del respeto a la autoridad social de un defecto en la liquidación del complejo de Edipo. Poco después surgían los libros de Ferenczi (*Psicoanálisis y criminología*) y de Theodor Reik (*El asesino desconocido*) ampliando y extendiendo sus puntos de vista según los cuales había tres motivos principalmente delictógenos: a) la violencia excesiva de los impulsos tanáticodestructivos (agresivos), inconscientes, anclados en el ello; b) la insuficiente formación del superyó, dando lugar a una excesiva blandura de las tendencias autopunitivas; c) paradójicamente: la hipertrofia del superyó, que llevaría al yo al famoso tipo de "delito expiatorio", en el cual el sujeto delinque para buscar en la condena y la pena la expiación de su sentimiento de culpabilidad.

Lo curioso del caso es que en ninguna de estas 3 motivaciones el yo, en sí mismo, es considerado como *primum movens*, ni mucho menos lo son las fuerzas sociales, exógenas. Solamente más tarde, los llamados "disidentes" del freudismo les concederían la importancia que realmente tienen.

h) El psicoanálisis y el arte.

En contraste con la gran resistencia que se opuso al freudismo en los círculos científicos, éste triunfó con facilidad en los círculos artísticos, principalmente en los dedicados a la literatura y el teatro, invadiendo también un poco más tarde, el cinematógrafo. Se comprende que así fuese, pues no es secreta la mayor sugestionabilidad, emotividad y "psicopaticidad" de las personas que abrazan las diversas formas del arte como medio de subsistencia o derivativo de conflictos. Pero hay que aceptar que las doctrinas de Freud aportaron considerable avance a la interpretación del "simbolismo" o sentido oculto de multitud de obras de arte, aparentemente absurdas, fantásticas o simplemente extravagantes, demostrando que tales obras eran apenas la "exteriorización proyectiva de los conflictos íntimos de sus autores a través de las téc-

nicas respectivas". La primera contribución de Freud en este campo data de 1913, cuando publicó en la revista "Imago" un trabajo interpretativo de la famosa obra de Shakespeare "El mercader de Venecia". Comparando la escena de la elección de tres cajas (de oro, plata y plomo) con sus semejantes en otras obras del autor (en el "Rey Lear", por ejemplo, el pastor París tendrá que elegir una de las tres diosas) Freud llegó a la conclusión de que todas simbolizan la elección que el hombre ha de realizar entre tres mujeres: la madre, la esposa y la muerte, que acaba siendo la preferida. El amor-muerte se condensa así en un solo símbolo y éste se presenta en el "Rey Lear" bajo la imagen de la tercera hermana que lo tienta en el campo de batalla.

Solamente el amor-muerte es eterno y nos devuelve el nirvana prenatal; por ello todos necesitamos periódicamente recordarlo y buscarlo en nuestro sueño o reposo nocturno (y recuérdese a este respecto que a la muerte también se la ha llamado el reposo eterno).

De modo semejante fueron psicoanalizadas diversas producciones de Miguel Ángel (singularmente su Moisés), de Leonardo de Vinci, de W. Jensen, Lenau, Zizendorf, Wagner, Flaubert, etc. Otto Rank reunió en un bello volumen (*El artista*), numerosos ejemplos del simbolismo literario y teatral de Sófocles, Eurípides, Racine, Voltaire, Schiller, Byron, Ibsen, Goethe, Lope de Vega, Dostoievski, etc. Maeder, por su parte, hizo lo propio analizando agudamente la *Divina Comedia*, de Dante. Los efectos de estos trabajos se hicieron sentir en la obra de otros dramaturgos y poetas (Lennormand, Rimbaud, etc.) y son en buena parte responsables por el "patologismo" de la llamada literatura superrealista que invade la escena y la novela en nuestros tiempos.

c) Psicoanálisis y pedagogía.

Si en los dominios fantásticos del arte las ideas de Freud germinaron proficuamente, más restringido fue su efecto en el campo de la educación. En primer lugar, ello se debe a que el propio Freud siempre se interesó muy poco por este terreno, pues sus pocos estudios acerca de la vida infantil se refieren a niños claramente neuróticos, de suerte que quien primero trató de aplicar al campo pedagógico las ideas freudianas fue, sorprendentemente, Pfister, quien a decir verdad no fue ni psicoanalista ni educador, sino pastor protestante.

Si el influjo freudiano en este sector ha sido limitado, no por ello ha dejado de ser profundo e importante: por la difusión gene-

ral de la teoría de la libido, por el antes citado trabajo de Pfister y los de otros freudianos (W. Reich, Zulliger, Anna Freud, Geleerd, etc.), se han entronizado hoy en el campo pedagógico algunas ideas que parecerían descabelladas en la época preanalítica. La primera, definitivamente asentada, es la de que la vida sexual empieza mucho antes de la pubertad; en realidad ya se nace con determinadas características sexuales y por lo tanto es natural suponer que éstas han de influenciar de algún modo el comportamiento personal, pero además de esta consideración previa, ocurre que bajo la presión social todos somos "alertados" desde el 2º año de nuestra vida hacia las denominadas "zonas pudendas" (correspondientes a los órganos genitales externos) que pasan a ser prohibidas y que, por ende, determinan más nuestra curiosidad. Sin duda, la adquisición de los "hábitos de limpieza" y la proximidad topográfica de los órganos excretorios y sexuales favorecen también el hecho de que los niños adquieran precozmente una actitud de curiosidad y recelo hacia esa zona corporal, con lo que se crea en ellos una hipersensibilidad al respecto capaz de provocar una "erotización" secundaria.

La pedagogía adquirió definitivamente otro concepto no menos fundamental: el referente a la inutilidad de las prohibiciones y amenazas (más o menos violentas) como recurso educacional, pues tales medios coercitivos "reprimen" pero no "suprimen" las tendencias naturales y éstas habrán de satisfacerse en la clandestinidad o de un modo distorsionado. Al estudiar magníficamente la influencia de la represión sobre las alteraciones en los diversos aprendizajes (así como en los olvidos y en las dificultades y errores que los amenazan), el freudismo coincidió e impulsó decisivamente las corrientes de la pedagogía moderna que colocaban como eje de la misma el estudio de las "motivaciones" y la creación de los "centros de interés". Conviene destacar, no obstante, que los creadores de esas directrices —conocidas bajo el común denominador de la Escuela activa— no se inspiraron en la obra freudiana, pues ninguno de ellos experimentó directamente su influencia e incluso algunos le fueron adversos (basta recordar los nombres de Claparède, Decroly, Descoedres, Dewey, Piaget, Montessori y Washburne, por ejemplo).

Llamando la atención acerca de la facilidad con que se crean reacciones miedosas (que Pavlov explica por condicionalización negativa) en los primeros años de la vida, y demostrando la influencia que tales frustraciones tienen sobre el carácter ulterior del individuo, Freud alertó igualmente a los pedagogos acerca de la necesidad de concentrar sus esfuerzos educativos en una época en la que prácticamente no intervienen, o sea en la fase denominada

preescolar. Gracias al psicoanálisis, los padres, los pediatras, los maestros de hoy se ocupan, por un lado, en evitar los "traumas emocionales" y, por otro, en proporcionar a los niños informaciones verdaderas respecto de la vida sexual, en la medida en que ellos las necesitan.

Mas en contraposición con estas tres valiosas contribuciones, existe actualmente gran discusión y confusión entre los diversos grupos continuadores del freudismo respecto de otros múltiples problemas educativos, tales como el de saber hasta qué punto ha de permitirse a los niños ver a sus padres en prendas íntimas o sin prendas, hasta qué punto ha de dejárseles cultivar el que podríamos denominar "naturalismo instintivo" en sus actos, cómo ha de procederse en relación con sus preguntas, etc. En suma: faltan en este sector, a pesar de las numerosas contribuciones aisladas, orientaciones precisas y, por otra parte, sobran las aprensiones, habiendo surgido, como consecuencia de la difusión de las ideas psicoanalíticas, un ejército de padres y madres que se preocupan tanto en evitar que sus hijos se tornen neuróticos que los neurotizan por exceso de artificiosidad en el trato.

d) Psicoanálisis y moral.

Lo que acabamos de mencionar en el párrafo anterior nos conduce a este tema: ¿cuál debe ser el comportamiento de los adultos para evitar en lo posible los errores en el trato social y, al mismo tiempo, conservar la dignidad humana? Sí juzgamos por las vidas privadas de muchos de los cultores del freudismo, no podremos evidentemente deducir que éste les haya ayudado apreciablemente en ese aspecto. Es cierto que, de un modo general, parecen satisfechos (por narcisismo secundario, parecido al desarrollado en muchos otros intelectuales) mas lo cierto es que se observan entre ellos los mismos conflictos y fallas que en el resto de los mortales. Y de otro modo no podría ser, puesto que a la postre, Freud vino a dar una excusa científica para cualquier tipo de inmoralidad. Inclusive cuando alguien delinque seriamente cabe pensar que lo hace por exceso de conciencia, pues con ello busca expiar faltas anteriores (al ser castigado y despreciado por sus semejantes). Evidentemente, si por un lado el freudismo conmovió las bases de la moral tradicional, por otro no puede afirmarse que las haya sustituido por otras más sólidas. En este aspecto cabe comparar lo ocurrido con el freudismo y lo sucedido con el auge de la teoría intersexual de Hirschfeld: al dar una base científica y "natural" al homosexualismo contribuyó más a su expansión que a su tratamiento.

Las ideas y la obra de Alfred Adler.

Dos años antes de la muerte de Freud, o sea en 1937, desapareció bruscamente la figura humana del primero de sus discípulos que hubo de convertirse en crítico y más tarde en violento rival de sus ideas. Adler era más cicloide, pragmático y social que su maestro. Por ello también tendió a dar un contenido más compatible con la mentalidad médica y pedagógica, cultural y social de su ambiente. Paradójicamente, Adler tituló su doctrina con el calificativo de psicología individual cuando en realidad ha sido el autor que más ha contribuido a destacar el valor del grupo o comunidad social en la formación de la personalidad humana, pues afirmó que los tres grandes problemas que todos hemos de resolver hacen referencia, precisamente, a nuestras relaciones con semejantes o *socius*. Así, afirma que surgen al propio tiempo las nociones del yo y el tú (sobre las que más tarde Sullivan construirá casi toda su doctrina de la personalidad), y que luego se enfrentan los problemas económico y sexual (trabajo y reproducción) o sea, persistencia en el espacio vital y en la eternidad. En síntesis, las tres preguntas que constituyen nuestros enigmas y a las que debemos responder son: ¿cómo trato a mi oponente?, ¿cómo voy a ganarme la vida?, ¿cómo voy a vencer a la muerte? Adler considera como anormales o defectuosas todas las personas que fallan persistentemente en elaborar una respuesta satisfactoria.

A diferencia de Freud, que admitió una concepción tripartita de la personalidad, Adler siguió un criterio unitario funcional: el motor de toda nuestra vida psíquica es una fuerza expansiva, ambiciosa, agresiva, a la que identifica con la clásica "voluntad de poder o de dominio" (*Wille zur Machi*, de Schopenhauer y de Nietzsche). Para Adler, el impulso sexual es apenas un aspecto de esa ansia que nos lleva, desde el nacimiento, a afirmar nuestro ser y hacerlo devenir más y siempre, conquistando el espacio y el tiempo. Pero también desde el nacimiento comienzan nuestras frustraciones y, por lo tanto, una encarnizada lucha para conseguir triunfar sobre los obstáculos que el mundo nos opone. En la medida en que el neonato adquiere conciencia de sí sufre también

el sentimiento de su invalidez, su desamparo o su "minusvalía" (*Minderwertigkeitsgefühl*, es el término empleado por Adler, que ha sido traducido como "sentimiento de menor valor" o, sencillamente, de "inferioridad"; de donde se derivó el célebre "complejo de inferioridad").

Contra el sufrimiento que esa conciencia de su inferioridad le inflige, se alza en el niño lo que Adler denomina "protesta viril", alimentada por la ira. Mas al mismo tiempo preexiste también en él un "sentimiento de comunidad" (solidaridad, simpatía, atracción afectuosa), con el que los anteriores tendrán que combinarse para integrar la fórmula caracterológica del hombre en formación. AL rededor de los 3 ó 4 años, cada uno de nosotros tiene que elegir el propio "estilo de vida", o sea, adoptar sus técnicas preferidas para lograr los objetivos que aspira alcanzar. Existe el peligro de que, en este momento, dé preferencia a las técnicas del engaño o ficción y así se constituya el que Adler denomina "carácter neurótico". El proceso dialéctico en este caso podría resumirse así: "Quiero ser todo un hombre. Pero soy débil. Podré llegar a serlo si suscito la compasión y me ayudan o finjo ser muy fuerte y me temen". Alternando los dos recursos, el individuo aprende a ser "actor" en la comedia de la vida y se queja o amenaza exagerada pero oportunamente, con lo que se estratifica en él la serie de "trucos" que según Adler constituyen el "arreglo" o compromiso que caracteriza la desviada y tortuosa fórmula vital del neurótico.

Pertenece a este autor el mérito de haber hecho notar que las minusvalías orgánicas favorecen la intensificación del sentimiento de inferioridad y facilitan por ende la tendencia al escape que motiva la neurosis. Así, en su obra fundamental: *El carácter nervioso*, escribe lo siguiente: "Las personas que han nacido con manifestaciones braditróficas, artríticas (Comby), exudativas (Ponfick-Czerny), asténicas (Stiler), angioneuróticas (Kreibsch), timolinfáticas (Paltauf), espasmódicas (Escherich) o vagotónicas (Eppinger-Hess), así como las que presentan algún defecto anatómico-estético son las más predispuestas a la aberración de querer seguir viviendo fuera de la realidad, convertidas en perpetuos niños". En sus libros ulteriores (de los que resaltan: *El conocimiento del hombre*, *El sentido de la vida* y *la Teoría y práctica de la psicología individual*) ató no solamente de aportar confirmaciones teóricas y clínicas de su concepción sino de sistematizar la interpretación de los síntomas neuróticos, a todos los cuales asociaba con determinados rasgos de carácter y hacía expresivos de las diversas formas de manifestación de la "protesta viril" o rebelión del débil que no se resigna a serlo (y así se torna neurótico).

a) Técnicas de la psicología individual adleriana.

Si bien muchos de los recursos exploratorios usados por Freud fueron seguidos por Adler, éste les dio un carácter y una interpretación muy diversos. Especialmente se niega a aceptar el simbolismo sexual que su maestro dio a los sueños. Por otra parte, Adler no se interesa en el "porqué" sino en el "para qué" de la conducta individual, o sea: su propósito no es tanto descubrir los hilos que constituyen el núcleo caracterológico como poner de manifiesto los planos ocultos que el sujeto tiene para triunfar en su vida. Para ello estudia los rasgos comunes de sus gestos, expresiones y actos, en las diversas situaciones vitales, con el fin de evidenciar su estilo o *manera* de reaccionar, o sea, su postura mental íntima ante los acontecimientos. Tan convencido se hallaba Adler de que esta postura existía, que inclusive trató de sorprenderla analizando la que tomaban sus pacientes durante el sueño. La fórmula sería: "Dime cómo duermes y te diré qué te propones", pues parece como si a medida que disminuyen las tensiones y la conciencia emerge con más nitidez la *actitud muscular básica* del individuo y ésta, a la postre, no es más que la *pre-acción* fundamental o dominante en él. La "formación reactiva" —mecanismo supercompensador al que los freudianos de hoy conceden gran papel— fue en su comienzo creación adleriana. Nadie más que este autor evidenció la certeza del proverbio "dime de qué blasonas y te diré de qué careces", a través de sus numerosas contribuciones monográficas. Rudolf Dreikurs, uno de los más brillantes adlerianos, insiste en el gran valor del interrogatorio acerca del comportamiento de los hermanos y de la determinación de sus vinculaciones grupales como recurso valioso para determinar la evolución individual del sentimiento de comunidad (*Gemeinschaftsgefühl*) y, consiguientemente, orientar la obra "formativa" o reformadora de la personalidad. Sin duda el cuestionario o interrogatorio dirigido sustituye en Adler al método de las asociaciones libres, como arma fundamental para el diagnóstico comprensivo de los casos. Pero también diverge la psicología individual en su aspecto terapéutico, pues mientras Freud confiaba fundamentalmente en la abreacción, primero, en la iluminación informativa, después y, finalmente, en el análisis de las transferencias y contratransferencias, Adler, desde el principio al fin, dio a su psicoterapia un carácter educativo y estimulante: en vez de ser un juez silencioso, un padre comprensivo pero enigmático, prefiere ser un hermano mayor o más experimentado, que guía y enardece al débil neurótico o fracasado social. "Levántate y anda" parece ser el lema de los psicoterapeutas adlerianos que, a cada paso, repiten el *slogan*: la admira-

ción es superior a la compasión, como meta. Mas no siempre la técnica curativa de Adler se basa en dar coraje, pues a veces lo que se necesita es más bien hacer comprender al sujeto *qué es* el coraje, ya que muchos confunden con él la agresividad. En tal caso, el psicólogo individual usa su dialéctica para convencerlos de que "los extremos son idénticos" y que con esas pataletas están huyendo hacia adelante, en vez de hacerlo hacia atrás, pero al fin y al cabo huyen, en vez de enfrentar serenamente sus problemas.

Adler considera que el peligro comienza cuando el ser humano establece barreras mentales y empieza a aislarse de sus semejantes: en un artículo que escribió en 1925 para la revista médica de Barcelona (de la que éramos uno de sus directores) con el título: *Die Gefahren der Isolierung* (Los peligros del aislamiento) demostraba con singular evidencia cómo el mejor medio de prevenir los desequilibrios de la personalidad consiste en evitar que los niños pasen el tiempo ocultos o separados en los rincones: por otra parte, un autor perteneciente a la escuela adleriana, Schneersohn, llega a la conclusión de que el mejor recurso para conseguir la socialización de los niños es el "juego en común" y escribe: "El niño que rehuye jugar es neurótico o está en camino de serlo". Por la misma razón, varios de los discípulos y colaboradores de Adler que escribieron su obra *Heilen und Bilden* (Curar y formar) dan cuenta en sus artículos de los denominados "juegos terapéuticos", de incorporación a la comunidad, en los que los juguetes son niños de carne y hueso.

b) Síntesis y límites de la psicoterapia adleriana.

El realce de la influencia de las minusvalías orgánicas, el acento y relieve de los factores sociales y la adopción de un criterio finalista (en vez del criterio causal freudiano) caracterizan en síntesis esta psicoterapia; negativamente también la definen su desprecio relativo por los factores que Freud consideraba decisivos: el tipo de fijación libidinal, la neurosis transferencial y la limpieza del pasado, inconsciente. Adler atendió más que Freud al futuro individual; se interesaba más por saber adonde iba que por descubrir de dónde venía la persona confiada a sus cuidados; consideraba también que la relación de hijos y padres, aun siendo importante, lo era menos que la de hijos a hijos, o sea: la dialéctica entre hermanos. Su finalidad era dotar al sujeto de confianza en sí mismo y reducir la distancia entre su ambición y su angustia, su aspiración y su sentimiento de inferioridad. Desde el principio de su actuación, la psicoterapia adleriana trató de vincularse con la ac-

tuación pedagógica y procuró con más ahínco cincelar caracteres que combatir neurosis.

El influjo ejercido sobre el ambiente médico en su país y en Europa fue más rápido, pero menos sistematizado que el del freudiano, ya que Adler era menos exigente en disciplina partidaria que su maestro. Pero basta recordar los nombres de Birnbaum, Kronfeld, A. Meyer, Künkel, Dreikurs, Fromm-Reichman, Karen Horney y Sullivan para darse cuenta que las ideas de Adler han prendido hondamente en el mundo psiquiátrico actual, a pesar de que pueden ser fácil presa de críticas. (Por ejemplo: después de atribuir al complejo de inferioridad gran parte de los desvíos neuróticos, se apoya en su existencia para explicar el éxito "por supercompensación" de varios hombres célebres que lo sufrieron. Así cita el caso de Demóstenes, quien se hizo gran orador para librarse de su pesar"por ser tartamudo... Por qué ciertas personas sucumben y otras se elevan ante una misma situación o por qué un mismo propósito se satisface con opuestos recursos adaptativos no nos lo aclaran Adler ni sus discípulos).

Sus continuadores: Kronfeld y Künkel.

a) El criterio psicoterápico de Kronfeld.

Siendo mucho menos cerrada que la escuela freudiana, la adleriana no tuvo cismas disidentes, dejando en libertad a sus discípulos para introducir, en la concepción básica, las variantes que creyesen oportunas. Entre ellos, uno que es poco conocido (por haberse trasladado ya hace más de 20 años al mundo oriental) ha sido Kronfeld quien, no obstante, escribió una *Psicoterapia*¹ de positivo valor, ya hace más de 30 años. En ese libro fue el primero en afirmar que la tarea esencial del psicoterapeuta no es *curativa* o terapéutica y sí *formativa y correctora* en el sentido *psicagógico* (armonizador, unificador e integrador) de la personalidad. Afirmó asimismo que nadie puede crear seres mejores de lo que él mismo es y por consiguiente defendió la idea de que no sólo los conceptos sino la *vida misma* del psicoterapeuta tenían que ser ejemplares, pues los pacientes —como los niños— *no aprenden por lo que les decimos o nos dicen sino por lo que ven y sienten en nosotros*. Consiguientemente, Kronfeld creía que la psicoterapia tiene más de arte que de ciencia, pues exige una "empatía" y una "simpatía" que difícilmente se incluyen en las mallas de la frialdad objetiva que postulaba Freud para el analista. Sin aque-

¹ A. KRONFELD, *Psychotherapie*, Springer, Berlín, 1925.

Jilos dos requisitos no existe *Bildsamkeit* (término kronfeldiano que podría ser traducido forzadamente por "formabilidad") y sin ésta, a su vez, no cabe la reforma de los defectos o desarmonías personales. Kronfeld postulaba —como Adler— la necesidad de *fortalecer el yo* para conseguir de éste la tolerancia y la generosidad necesarias para el buen trato social. Solamente los fuertes dan (y los débiles piden), pero para serlo es necesario una clara noción de sí, de su misión y su destino en la vida (a este tema dedicó uno de los capítulos más elaborados de su libro, bajo el título: *Sinn und Zweck des Daseins*, que podríamos traducir como "Sentido y objetivo de la existencia"). Consciente de que no basta "saber" para "poder", Kronfeld preconizaba una serie de progresivos ejercicios para el autodomínio y consideraba que la fase de habituación es la más delicada y decisiva en la, tarea psicoterápica, escribiendo este consejo: "es necesario llevar al paciente a la realización inmediata de sus decisiones psicoterápicas y no abandonarlo hasta que se encuentre suficientemente avanzado en ellas, como para tener la seguridad de que la inercia ya adquirida le impedirá retornar a sus antiguas y superadas pautas de conducta".

b) La doctrina psicodinámica "dialéctica" de Künkel.

Si en la obra de Kronfeld pueden sorprenderse algunas influencias freudianas, en la de Fritz Künkel, otro de los discípulos de Adler, es fácil notar un intento de aproximación a las doctrinas de Jung. Admite, como este autor, que el hombre presenta dos planos y realidades de equivalente jerarquía: el plano espiritual (subjetivo) y el corporal (objetivo). Admite el inconsciente colectivo junguiano, es decir, cree que cada uno de nosotros posee fuerzas, tendencias e imágenes comunes a todos los miembros de la especie y que dirigen nuestra vida durante los primeros años, constituyendo el "nosismo primario" (en parte equivalente a la llamada "alma colectiva" de Lévy Bruhl). Pronto, no obstante, comienza a formarse el yo individual, determinando entonces una lucha entre ese yo y los diversos tus, en la cual se suceden las actitudes sádicas (de dominio implacable) o masoquistas (de sometimiento y entrega total) dando lugar así a una relación dialéctica, de gran tensión, que es la característica fundamental de la segunda infancia y de la adolescencia. Pero, si la evolución prosigue normalmente, se llegará a una nueva fase vital, a una superación o síntesis de esa dialéctica, surgiendo entonces el llamado "nosismo secundario", durante el cual las fronteras individuales se tornan permeables (infunden y efunden) a la fuerza solidaria del amor al pró-

jimo y del prójimo. De esta suerte el yo y el tú se convierten en el nos y se adquiere la madurez psicológica propia del hombre y la mujer normales.

Mas tanto el neurótico como el psicótico no consiguen alcanzar ese nivel, o regresan de él hacia las fases anteriores, bajo la acción de diversas causas o presiones nociceptivas. Se establece entonces en ellos un "círculo diabólico" (sería más sencillo llamarlo círculo vicioso, pero Künkel gusta de calificativos llamativos y detonantes: otra influencia junguiana) en virtud del cual, cada vez se hace más difícil recuperarlo, pues su alteración desvía su conducta y este desvío engendra nuevas alteraciones. La misión del psicoterapeuta en tales circunstancias consiste en crear en sus pacientes un sentimiento de *seguridad* (Kronfeld lo denominaba de "firmeza" y Adler, de "coraje"). Para conseguirlo es preciso que éstos puedan dejar de ser "sujetos" (aprisionados a su carácter) y sean capaces de adquirir las nociones de su "libertad", "infinitud" y "autodeterminación". El llamado por Künkel "hombre infinal", es aquel de quien, en viejo castellano, se dice que posee "horizontes abiertos". Pero Künkel, autor prolífico, ha creado otros tipos o arquetipos humanos y entre ellos destaca el que denomina "hombre fáustico".

La psicología y la psicoterapia compleja de Carl G. Jung.

Si podemos reprochar a A. Adler un exceso de esquematismo y superficialidad en sus concepciones —orientadas en un sentido práctico, al alcance de todo el mundo—, cabe hacer a Jung la restricción inversa, o sea, un exceso de complejidad y de esoterismo que produce en el lector la impresión de penetrar, a veces, en una especie de alquimia mental (y por cierto que a descifrar las motivaciones y simbolismos de las operaciones alquimistas este autor ha dedicado notables trabajos). Así como Adler se separó ya en 1909 del grupo freudiano, Jung lo hizo en 1912, principalmente por oponerse a la doctrina de la libido (el denominado pansexualismo) que entonces estaba en su apogeo y constituía la bandera de combate del creador del psicoanálisis.

Hijo de un pastor, crecido en un ambiente místico-religioso, pero formado posteriormente en medicina, puede decirse que, por tradición y por ambiente, Jung estaba más inclinado a seguir una línea idealista que una concepción materialista e instintivista (como entonces era juzgada la obra freudiana).

Así se negó a admitir que la fuerza impulsora de toda la vida psíquica y espiritual fuese de naturaleza sexual y hormonal, concibiéndola en cambio como un principio o energía vital capaz de concentrarse en diversas proporciones en todos los órganos corporales que entonces le servirían de receptáculo (en vez de producirla). Con más amplia visión filosófica e histórica que su maestro, también se negaba a describir al hombre como únicamente determinado en sus tendencias por la animalidad del ello; pero al mismo tiempo postuló que en el fondo de cada ser humano se albergan energías universales y milenarias, que se remontan a los primeros tiempos de la vida de su especie. Para comprender el alcance de esta idea es necesario leer sus trabajos acerca del "inconsciente colectivo" y después ver el enorme papel que en la "individuación" (proceso formativo de la individualidad) asigna a los "arquetipos" que en él se encuentran. No es fácil, evidentemente, resumir los conceptos esenciales de la doctrina junguiana,

aun si nos valemos de algunas de las tentativas que han sido realizadas por sus discípulos en este sentido (entre las que destaca la de la Dra. Jacobi); vamos, no obstante, a intentarlo, siguiendo, como hicimos con Freud, un criterio cronológico.

Las seis fases de su obra.

a) Primera fase: elaboración del criterio de la psicología analítica.

El primer trabajo de Jung, aparecido en 1902, llevaba por título: *Psicología y psicopatología de los denominados fenómenos ocultos* y en él ya se evidenciaba la poderosa mentalidad que iba a dedicar su vida entera a explorar las profundidades ignotas del alma humana, pero hallándose recién formado en medicina y disponiéndose a ejercer la psiquiatría, la contribución de Jung en este tema aparece todavía muy influenciada por sus profesores de la Facultad y poco permite sospechar cuál habría de ser su definitiva orientación. En 1906 aparece, ya, el primer volumen de sus *Estudios sobre el diagnóstico asociativo* (el 2º se publicó en 1910), en donde se revela, en cambio, plenamente, su primera aportación experimental, llena de originalidad pero al propio tiempo densa en rigor crítico y en objetividad —los que no siempre se han conservado en sus posteriores trabajos. Primordialmente, sobre la base de esos estudios, Jung llegó a delimitar con precisión los dos tipos sobre los que construyó inicialmente su psicología analítica: el *extrovertido* y el *introvertido*. Partiendo de la idea de Abraham, de fijarse apenas en la primera asociación evocada por las palabras-estímulo, Jung (ulteriormente ayudado por Bleuler y Rosanoff, Riklin, Ricksher y Peterson) consiguió elaborar un instrumento magnífico para la exploración mental que es hoy conocido vulgarmente como "Prueba de C. Jung o de las asociaciones determinadas". Cuatro son los fundamentales servicios que esta prueba puede proporcionar, a saber: a) descubrimiento o revelación del contenido de los "complejos" (entendiendo por tales a los conjuntos ideoaffectivos reprimidos por el sujeto); b) revelación de "secretos" o sea, material gnóstico que el individuo trata de mantener voluntariamente oculto ante el analista; c) delimitación del "tipo psicológico" individual; d) revelación de la dinámica relacional en las "constelaciones familiares", o sea: puesta en evidencia de la fórmula de las actitudes afectivas que unen o separan a los diversos miembros de una familia.

No vamos, obviamente, a descender al detalle de la técnica de administración y evaluación de esa prueba, ya abundantemente

divulgada y expuesta oportunamente por nosotros¹, pero sí recordaremos que la facilidad de su administración es tal que puede usarse inclusive en los casos en que el bloqueo (por censura, pudor o desconfianza) impide utilizar las asociaciones libres y el resto de las técnicas freudianas. Asimismo señalaremos la ventaja de poder usar esta prueba en conjunción con diversos procedimientos de registro de las reacciones emocionales implícitas (pletismógrafo, pneumógrafo, oscilógrafo, electromiógrafo, electrocardiograma o inclusive electroencefalograma) lo que permite corroborar el "choque asociativo" y evitar posibles errores (excepcionalmente raros, por lo demás) cuando se utilizan solamente los signos exteriores del mismo (y que como es sabido hacen referencia a las oscilaciones del tiempo de reacción así como a la estructura de las respuestas).

El tipo *extravertido* se caracteriza por establecer principalmente asociaciones extrínsecas (por coexistencia, sinonimia o coincidencia), en tanto que el *introvertido* da preferencia a las asociaciones intrínsecas (por coordinación, predicación, causalidad, utilidad o antinomia significativa). Resultado de esto es que el primero se muestra más *objetivo* y el segundo más *subjetivo*. Por ejemplo, ante el estímulo "rosa", el extravertido responderá con "flor", "jardín", "color" u otra asociación parecida; en cambio el tipo introvertido nos dirá en respuesta: "delicada", "crepúsculo", "tristeza", "Luisa", "carta", es decir: respuestas que traducen su reacción personal, íntima (y por tanto eminentemente subjetiva) provocada por su experiencia individual más que por las propiedades substanciales del estímulo.

Mas no solamente se delimitan perfectamente esos dos tipos con esta prueba sino los denominados tipos histérico, epiléptico, obsesivo, pedante, etc.

En relación con su segunda utilidad, o sea su aplicación para revelar datos o hechos que el sujeto desea mantener (voluntariamente) secretos, la prueba de C. Jung se reveló igualmente extraordinaria y ha sido abundantemente usada en las investigaciones policiales. Nuestra opinión personal —basada en más de 30 años de experiencia con ella— es que precisamente en este terreno es en el que debería ser más divulgada, para evitar con su uso los censurables procedimientos de intimidación y violencia con que tan frecuentemente se intenta obtener igual objetivo. Recordemos, por *ejemplo, cómo* le fue fácil al propio Jung descubrir la culpable, entre 9 personas sospechosas, de un pequeño hurto en su clínica.

¹ E. MIRA Y LÓPEZ, *Psiquiatría*, vol. 3* 4* edición, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1955.

Es claro que para este tipo de aplicación se necesita conocer algunos antecedentes del hecho o dato, para introducir (en la lista especialmente preparada de palabras-estímulo) algunos vocablos capaces de provocar el choque asociativo y denunciar la existencia de lo oculto.

Pasaremos rápidamente sobre las restantes aplicaciones de la prueba, diciendo apenas que en cuanto hace referencia a la delimitación del tipo individual, están todavía por aprovechar los excelentes resultados que podrían ser obtenidos si además de analizar el tipo de asociaciones se analizase *el contenido significativo y la naturaleza semántica de las palabras-respuesta*, pues dada la rapidez y la espontaneidad con que el individuo se ve obligado a reaccionar en la situación experimental, es válido el aforismo de "dime cómo hablas y te diré quién eres". En cuanto al estudio de las afinidades y fijaciones familiares, es realmente sorprendente la casi identidad de respuestas que se obtienen cuando se analizan conjuntamente los miembros de un grupo familiar homogéneo, sometiéndolos a esta prueba, simultánea pero separadamente.

b) Segunda fase: estudio de los símbolos y transformaciones de la libido.

Si durante los primeros años C. Jung mantuvo estrecho contacto con los problemas de la psiquiatría clínica, a partir de 1909 se va a interesar cada vez más por el estudio y los problemas psíquicos del que podríamos denominar *homo universalis*. Fuertemente influenciado por Freud, lo mismo que E. Bleuler, su mentor psiquiátrico, Jung encontró en el psicoanálisis un medio de aunar su profesión de médico con su antigua vocación de arqueólogo y su reprimida pasión por el ocultismo. Fácilmente lo consiguió a través del estudio de los sueños, que en esa época era un imperativo en el círculo freudiano. Pero Jung no podía aceptar en modo alguno la rigidez interpretativa de su maestro, que solamente veía por todas partes simbolismos sexuales. De ahí surgió su inicial desavenencia, que poco después (en 1912) determinaría su separación del círculo ortodoxo. Ya hemos indicado antes que para Jung la libido es sinónima del *élan vital* bergsonianos o, si se quiere una analogía más antigua, del *mana* de los hindúes. Jung considera que la energía libidinal es consustancial del alma, tan real como la energía física lo es del cuerpo; en este sentido acepta una postura cartesiana, pero no se limita a filosofar sobre el tema sino que, poseyendo un criterio experimental y un abundante ma-

terial clínico, pasa a confrontar sus conceptos con toda clase de datos fácticos (esto es: reales, objetivos).

De acuerdo con su experiencia, Jung considera que los primeros años de la vida son destinados puramente al crecimiento y a la adquisición de los aprendizajes necesarios para la supervivencia; la libido se halla, pues, principalmente localizada en las zonas nutritivas (digestiva, respiratoria y circulatoria); por eso denomina a ese período (hasta 4 ó 5 años) *presexual*. A través de las actividades *rítmicas* (de succión, deglución, respiración, exoneración, etc.), el placer nutricional se desplaza paulatinamente hacia la zona sexual, produciéndose un largo período en el que se mezclan, confunden e intercambian los placeres o gratificaciones procedentes de los nervios sensitivos, principalmente ricos en las mucosas que revisten los órganos en ambas zonas. Es de notar que en el límite entre la fase presexual y la prepuberal Jung admite la fijación de los hijos hacia los progenitores de sexo contrario, mas no le da una explicación sexual sino —como Adler— acepta que tiene el carácter *posesivo y reincorporativo*. (No obstante, existe un matiz diferencial: Adler admite que el hijo se refugia en el genitor de sexo opuesto para defenderse de la acción coercitiva del otro y asegurarse el poder. Jung piensa más bien en que el niño o niña buscan reposo, consuelo y afecto, retornando así, en los brazos del genitor del otro sexo, al nirvana fetal).

Jung analiza los sueños infantiles y ve en sus imágenes la simbolización de las diversas necesidades y fuerzas instintivas que orientan o motivan la conducta, pero al mismo tiempo se sorprende ante la aparición de ciertas imágenes oníricas que no parecen corresponder a la experiencia individual y sí a "potencialidades heredadas por el cerebro a través de las generaciones". Tales imágenes —a las que poco después de descubiertas pasó a llamar "arquetipos"—, absorbieron de tal suerte su atención que se concentró en su investigación, pasando así a la

c) Tercera fase: teoría del inconsciente colectivo.

Aquí es donde, sin duda, brilla con mayor esplendor la psicología junguiana, pero también a partir de este momento es cuando entra en una senda que va a distanciarla cada vez más de la precisión y objetividad científica que hasta ahora había mostrado.

Aparecida en 1918 (o sea: 6 años después de publicado su estudio sobre los símbolos y migraciones o transformaciones de la libido), su obra sobre el inconsciente (*Ueber das Unbewusste*) representa todavía uno de los libros que no pueden dejar de figurar en

la biblioteca del psicólogo ni del psiquiatra. Para poder notar el progreso que ella representa es bueno leer antes otra que, con título casi idéntico (*The Unconscious*) escribió Rivers dos décadas antes. Jung mantiene que el inconsciente humano se encuentra, por así decir, *estratificado* en diversas zonas. Las más superficiales corresponden al que denomina inconsciente *individual*, mientras las profundas constituyen el inconsciente *colectivo*. Freud opina que el inconsciente individual se halla principalmente constituido por los materiales o contenidos psíquicos reprimidos o rechazados (bajo la presión de la censura), pero Jung cree que su formación es más bien consecuencia de la unilateralidad del desarrollo personal, en virtud del cual los materiales que dejasen de ser útiles o interesantes se irían desvaneciendo progresivamente del campo o nivel consciente. De esta manera se comprende que Jung admita la existencia, en ese inconsciente individual, de tendencias y contenidos gnósticos positivamente valiosos y por ende no le da el carácter peyorativo (casi demoníaco) que le asigna Freud.

Mas en donde radica la divergencia esencial es, precisamente, en que Jung da más importancia al inconsciente ancestral o colectivo que al actual o personal. De acuerdo con su punto de vista, cada uno de nosotros, por mucho que enriquezca su personalidad, es apenas una muestra de las infinitas posibilidades que alberga en su ser y que, en parte, no le pertenecen individualmente, pues se hallan en la parte más profunda de su inconsciente constituyendo la que él denomina "psique objetiva". No obstante, a través de los sueños, ensueños, fantasías, devaneos, y en ciertos momentos de éxtasis, de "revelación" o de "visión" casi alucinatoria, es posible que el sujeto sienta o perciba el mensaje de esa psique objetiva, apareciéndose entonces ante él, en diversas formas, uno o más de sus "arquetipos". Son éstos, como ya indicamos, a modo de centros o nodos dinámicos del inconsciente colectivo, en el que ocupan, de acuerdo con su antigüedad de origen, posiciones o niveles diversos. Jung los califica de varias maneras en sus obras, y así los llama "categorías universales", "paráfrasis del Eidos" (platónico), "*éternels incréés*", "presencias eternas que pueden no llegar a ser percibidas por el conocimiento", pero, en general, prefiere designarlos como "imágenes arcaicas". Si después de esto el lector aún no ve claro en qué consisten, no es culpa nuestra, pero, no obstante —y como la psicología junguiana está poco difundida en nuestras latitudes— vamos a tratar de ayudarlo presentando más concretamente algunos de ellos:

1. Breve presentación de los arquetipos.

El primero que Jung describe¹ lo denomina: *la sombra*.

ha sombra —dice su descubridor— es "nuestro hermano oculto", pero también es "la invisible cola de saurio que todo hombre arrastra tras de sí" y constituye "la parte inferior y menos recomendable de su individualidad".

De modo más simplista los españoles llamamos a este arquetipo "el mal genio" y en realidad corresponde al conjunto de nuestras reacciones primarias, procedentes de nuestra filogenia salvaje. Jung le otorga un significado *siniestro* (mefistofélico). No cuesta mucho, en la mística religiosa, comprender que ese arquetipo se presenta en sueños personificado por el Diablo, mas también puede serlo por fieras, fuegos, multitud de objetos destructores, etc. En la vida real sentimos sus efectos cada vez que nos encolerizamos.

2. Anima y animus.

El segundo arquetipo junguiano denominado *anima*, en el sexo masculino, y *animus* en el femenino, corresponde a las imágenes arcaicas de la madre (primitiva o ancestral) y del padre (salvaje y todopoderoso). De acuerdo con las concepciones psicoanalíticas clásicas, Jung admite que el *anima* (que en modo alguno debe confundirse con el alma), se encuentra más activo en el hombre y el *animus* en la mujer, porque en cierto modo representan la fuerza y tendencias del sexo reprimido o latente (ya que es sabido que en nuestro origen todos somos potencialmente bisexuales o, mejor, anfisexuales). De esta manera, en el aparato psíquico, el *anima* representaría lo que el hombre tiene de femenino, y el *animus* lo que la mujer tiene de masculino.

Estos arquetipos, como todos los demás, "constituyen fuentes de vida detrás de la conciencia, que no pueden ser integradas en ella y no obstante la condicionan"². Este carácter vital o energético, fuente y origen de la creación psíquica, explica el aspecto multiforme con que circunstancialmente puede revelarse ante el individuo.

Así, por ejemplo, el *anima* puede presentarse (en los sueños,

¹ Véase el volumen 9 de sus obras completas publicadas por Pantheon Books. Parte primera: *Archetypes and the collective unconscious*, o, también, el capítulo sobre el tema en *The integrations of personality*, Farrar Rinehart.

² *The integration of personality*, pág. 76.

visiones, ensueños o vivencias reveladoras) bajo la forma de Venus o de bruja, de frágil y suave doncella o enérgica y valiente amazona, ángel o diablo, madre o prostituta, y en cualquiera de estas formas contradictorias es siempre la misma.

Acudiendo a la literatura, la podemos identificar con Kundry (Parsifal) o Andrómeda (Perseus), Beatriz (Divina Comedia) o "Ella" (R. Haggard), Antinea (Atlántida) o Helena de Troya (Erskine). El *anima* evoca la madre (Tierra), que nos inspira el primer suspiro y recoge nuestro último aliento. Como la vida, es absurda (irracional) y significativa (lógica). Este carácter o rasgo ambivalente, por lo demás, no es exclusivo de los arquetipos, sino que pertenece (según Jung) a todos los elementos y actos psíquicos,

A su vez el *animus* (principal responsable por los impulsos agresivos y dominadores en la mujer) se presenta en los sueños femeninos en forma de toro, de río, de vientos o batallas, pero siempre simbolizando la fuerza y el poder del Padre Eterno.

S. El arquetipo del "saber" (noético).

Más profundamente situado que los anteriores, este arquetipo o imagen del inconsciente colectivo simboliza el conocimiento o saber acumulado en el curso de los siglos prehistóricos e históricos. Se presenta generalmente bajo la imagen del "viejo mago" o adivino, con ropajes de profesor, profeta, astrólogo, sabio o, a veces, caudillo o viejo barbudo. En las mujeres puede presentarse como *alma mater* bajo la apariencia de diosa de la fecundidad, pitonisa, sibila, sacerdotisa, etc. En Nietzsche, este sector de la individualidad se personifica en la imagen de Zaratustra, constituyendo la fuente del conocimiento ancestral. Jung considera a este arquetipo como siendo ejemplo modelo de las que llama "personalidades mana", capaces de proporcionar al individuo una confianza en su propio saber que le permita liberarse del influjo de sus genitores. En la medida en que el sujeto confía en él, se siente seguro, omnipotente y prometeico. En algunos delirios de grandeza y estados oniroides de la esquizofrenia puede verse en toda su magnitud, dirigiendo el pensamiento omnipotente y omnisciente y convirtiendo al paciente en un *homo divinans*. Jung no lo afirma explícitamente, mas da a entender, en diversos pasajes de sus trabajos, que este arquetipo es el responsable por el tremendo grado de convicción que adquieren a veces en cualquiera de nosotros algunas intuiciones y creencias que nos parecen obvias y evidentes, a modo de postulados indiscutibles, a pesar de que nun-

ca llegamos a saber de dónde emergieron en nuestro intelecto ni si tienen suficiente base lógica.

4.' Los arquetipos impersonales o mandáliccs.

En un plano todavía más profundo del inconsciente colectivo sitúa Jung los que denomina *símbolos mandálicos*, cuya común característica es la de presentarse visualmente agrupados en *tetradas* o adoptar formas circulares (correspondientes al denominado "círculo o anillo mágico del lamaísmo o del yantrismo). A propósito de ellos escribe lo siguiente: "Lo que podemos decir acerca del simbolismo mandálico es que representa un hecho psíquico autónomo, conocido por manifestaciones que tienden, en cualquier lugar, a repetirse idénticamente. Parece una especie de "núcleo atómico" acerca de cuya íntima estructura y significado nada sabemos. Podemos, pues, considerarlo como la imagen especular y efectiva de una actitud de conciencia que no puede formular su objeto ni su intención y *cuya actividad, en virtud de tal renuncia, se halla proyectada en el centro virtual del mándala*"¹. Un poco más adelante, Jung afirma que el gran prestigio que en las diversas civilizaciones tiene el número 4 o sus múltiplos, se debe a que expresa conscientemente el equilibrio del "mismo" (*Selbst*); este "mismo", a su vez, constituye el centro de gravedad de todo el aparato psíquico. Por esto el hombre "proyecta" en su concepción tetrádica del mundo su propia imagen íntima (Jung cita los 4 puntos cardinales, la teoría de los cuatro elementos, las cuatro valencias del carbono, las cuatro puntas de la cruz, etc., como ejemplos).

d) Cuarta fase: desarrollo de la teoría de la individuación.

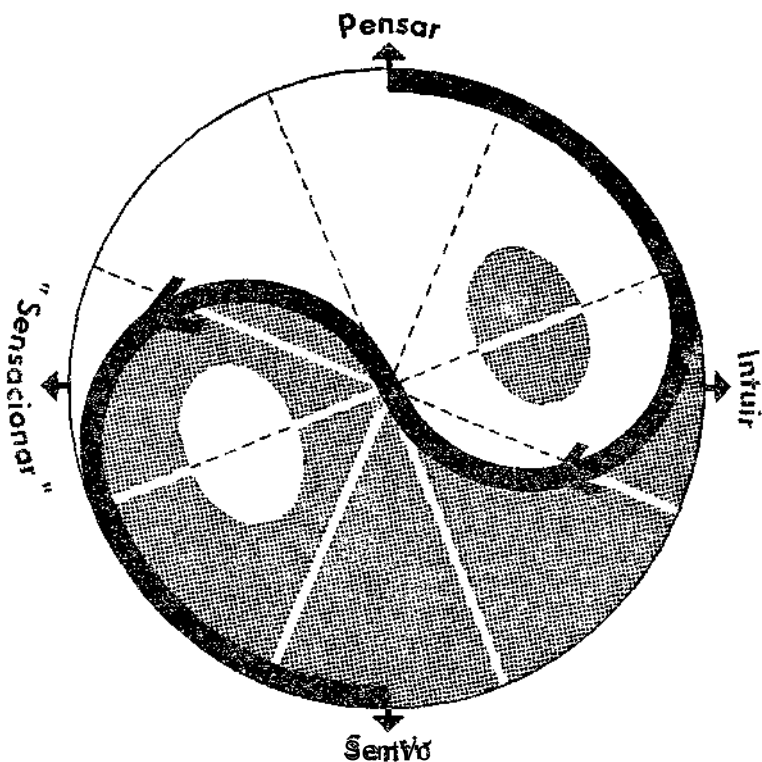
Después de haber poblado su concepto del inconsciente colectivo con los extraños y confusos arquetipos, Jung se lanzó a imaginar la totalidad del aparato psíquico, dándole una estructura —en sus zonas consciente y preconscious— no menos fascinante y compleja. Veámosla: Recordemos que una sección transversal, capaz de presentarnos la totalidad de la psique humana nos daría en ella cuatro zonas o estratos bien diferenciados, a saber: *a)* la zona del yo o conciencia personal; *b)* la zona de los conocimientos generales, que constituyen nuestra imagen del mundo o rea-

¹ *The integratian of personalilu*, ob. cit., pág. 178.

lidad exterior; *c*) la zona del inconsciente personal; *d*) la zona del inconsciente colectivo (esta última subdivisible en dos: el estrato cognoscible y el incognoscible). Persistiendo en su afición por la tetrada, Jung afirma que las funciones fundamentales de la psique son 4: *pensar, intuir, sentir, "sensacionar"* (*Denken, Anschauen, Fühlen, Empfinden*, en su original alemán). Aclara que entiende por función "una actividad completamente independiente de sus contenidos circunstanciales y que persiste en su naturaleza a través del tiempo". De las citadas funciones considera a dos como *racionales*: el *pensar* (que sirve para diferenciar lo cierto de lo falso), y el *sentir* (que diferencia lo *agradable* de lo *desagradable*). Ambas funciones se excluyen como actitud pero se compensan en la individualidad mediante la oposición consciente-inconsciente, o sea que cuanto más aparece una de ellas en el plano consciente, más se reprime y presiona la otra en el inconsciente. En cuanto a las otras dos funciones —intuir y "sensacionar"— son consideradas como *irracionales*: la sensación (producto del "sensacionar") nos objetiva impresiones y ayuda (subjektivamente) a la función de lo real o elaboración de la realidad; la intuición también capta ciertos estímulos y nos da una realidad inmediata, pero lo hace sin ayuda de aparato sensorial alguno, en virtud de una peculiar percepción interna, global y emergente (criptoestesia o sensibilidad oculta). Mientras el poseedor de una robusta función "sensacionante" se incluye en el tipo "sensorial" y nota los detalles de un contenido real, quien pertenece al "tipo intuitivo" no los percibe aisladamente, pero es capaz de penetrar en el sentido íntimo y esencial y en las proyecciones tempoespaciales de la realidad que es así influida en un solo acto.

También estas dos funciones irracionales se excluyen recíprocamente en el plano consciente instantáneo, pero se compensan en la dinámica individual. Para representar esquemáticamente la imbricación de esas 4 funciones, sus posibles interferencias y combinaciones, Jung echa mano del famoso signo *Taigitu* de los chinos, construyendo el esquema ilustrativo de la pág. siguiente. Generalmente cada individuo tiene una función dominante (superior) mientras que las demás permanecen en la penumbra (zona marginal) o se mantienen ocultas y latentes en el inconsciente. En el esquema precedente, la función dominante es el pensar, hallándose reprimido el sentir (el espacio blanco indica la zona consciente y la línea punteada delimita su frontera). En el supuesto caso del esquema, intuir y "sensacionar" serían apenas funciones auxiliares, si bien la última es más consciente que la primera. Son pocas las personas que pertenecen a un tipo puro, siendo en cambio más frecuentes los tipos mixtos (pensadores empíricos, pensa-

dores especulativos, afectivo-intuitivos, afectivo-sensuales, etc.). Al complejo funcional que se forma en el individuo como resultado de un compromiso entre él y la sociedad, Jung lo denomina persona (dando a esta palabra su primitiva acepción de "máscara"). El yo aparece así intercalado entre esa persona y el inconsciente,



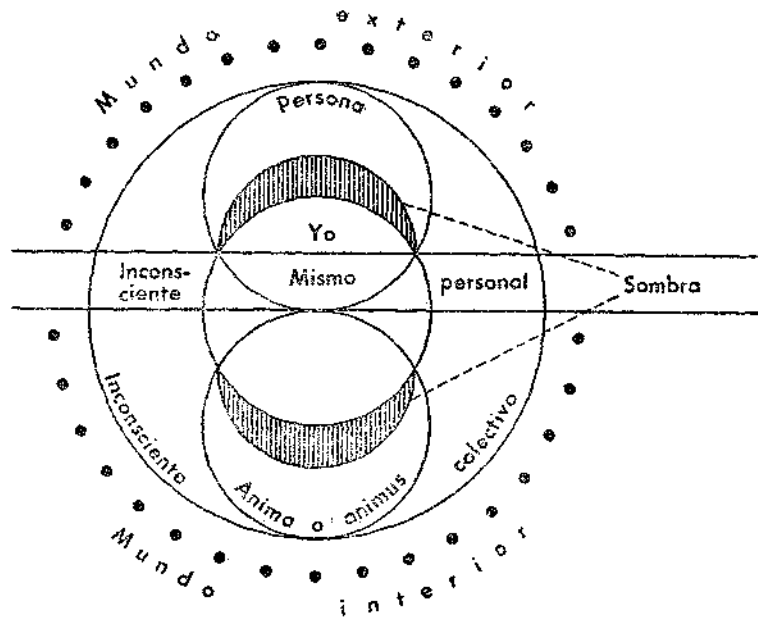
oscilando entre los dos mundos (externo u objetivo e interno o subjetivo).

Pero aquí aparece la originalidad más brillante de la teoría junguiana —característica de la fase que estamos describiendo— o sea: su concepto del proceso de *individuación* que, en síntesis, ha de consistir en un robustecimiento del yo mediante la revelación de su "mismidad" y la creación del "mismo" sobre la base de aportes del inconsciente a la zona consciente. Este proceso ya había sido mencionado en la literatura religiosa, y son infinidad

los teólogos que han insistido en la necesidad de que cada ser humano, para salvarse del pecado, "se busque dentro de sí hasta descubrir a Dios". Para esto aconsejan meditaciones, silencios, ayunos, ejercicios espirituales y progresiva profundización en la mismidad (recuérdese *Las moradas*, de santa Teresa). Mas lo cierto es que Jung no desea que el yo descubra a Dios dentro de su ámbito psíquico, sino que se enriquezca y fortalezca con las aportaciones energéticas que a él pueden hacer los arquetipos albergados en su inconsciente. Ampliado, descendido de nivel por la abstracción y la introspección, el yo forma entonces un núcleo que sirve de centro y contrapeso a la individualidad, pudiendo permitirse el lujo de "mudar y seguir siendo siempre él mismo". Ese "mismo" (*Selbst*) se halla incrustado y arraigado en la psique del hombre que ha terminado su proceso de individuación de un modo semejante a la aparición de la "muela del juicio" que —en términos corporales— se admite como señal del fin del crecimiento físico.

Todavía hemos de recordar otra peculiaridad de la doctrina de individuación junguiana: ese autor opina que en el curso de la historia personal hay una cierta tendencia a la auto-compensación, de suerte que la denominada síntesis de los contrarios (de la que resulta, en definitiva, la conducta personal) se inclina, en la segunda mitad de la vida, hacia la dirección opuesta a la que siguió en la primera. De esta suerte, lo dominado pasa a ser dominante y viceversa, existiendo esa posibilidad de transformaciones reversibles, gracias al juego de las funciones auxiliares (del intuir y el "sensacional" o del pensar y el sentir, según los casos). Mas cada una de esas transformaciones posibles en el devenir del hombre no se realiza sin crisis ni sufrimiento; en la esfera psíquica existe también una *entropía*, de suerte que se da la paradoja de que para vivir más o mejor es necesario morir un poco. Todo ese dinamismo no se realiza sin que, a veces, se desprendan del núcleo del yo consciente, sectores o partes que hasta entonces lo integraban, y ahora, perdidas en su inconsciente individual, pasan a integrar los "complejos". Éstos, no obstante, no siempre tienen —como pretendía Freud— un significado negativo. Y, por otra parte, también admite la existencia de complejos que han sido inconscientes desde el comienzo de su formación y que, por así decirlo, al no permanecer rechazados por la conciencia no consiguen arrancarse totalmente del inconsciente. De este modo, para Jung merece el nombre de "complejo" todo conjunto de datos o tendencias psíquicas que se halla desplazado de lugar y no integrado a la conciencia.

que ya integrada, o sea, que ha terminado su "individuación", reproducimos el esquema con que la Dra. Jacobi ilustra los conceptos que acabamos de exponer:



e) Quinta fase: la psicoterapia junguiana.

A decir verdad, esta fase coincide cronológicamente con la anterior y se extiende fundamentalmente durante el período de 1925 a 1940. Los principales trabajos de Jung referentes a ella se han condensado en el volumen 16 de sus obras completas (publicado en 1954, bajo el título: *The practice of psychotherapy*) y en realidad no constituyen un cuerpo de doctrina bien delimitado sino un conglomerado de especulaciones y de experiencias clínicas, reunidas por necesidades editoriales. Ello no impide, sin embargo, que podamos delinear las características esenciales, originales, de la actividad terapéutica de Jung con sus pacientes. Para empezar hay que decir, en su honor, que siempre fueron modestas sus pretensiones en este aspecto, de suerte que concebía su trabajo apenas como un *Heilweg*, o sea, como un *camino hacia la curación*.

A medida que avanzó en edad y en saber, Jung fue desinteresándose por el ejercicio clínico, y en la última década llegó a suprimirlo por completo, para sumergirse mejor en los estudios y escritos, que constituyen la séptima y última fase de su obra. Mas cuando realizaba psicoterapia, lo hacía seleccionando cuidadosamente sus pacientes y prescindiendo de los casos en los que la sintomatología corporal fuese demasiado abundante o se apoyase en alteraciones orgánicas, más o menos discutibles (las *organoneurosis*). El creía que el neurótico es un ser a quien se debe orientar y no admitía que la sexualidad o el afán insatisfecho de poder fueran los causantes de su angustia, sino el hecho de no haber conseguido una síntesis aceptable entre las contrapuestas tendencias que intentan dirigir su conducta. De ahí su inseguridad y su miedo. Descubrir cuál o cuáles de esas tendencias constituyen su auténtica *vocación* equivale a fijar al neurótico no solamente una meta sino un camino: el de su curación.

Mientras Freud cree descubrir la causa eficiente en el "trauma emocional reprimido, o Adler busca la causa motivante en la línea o estilo vital inadecuados, Jung pretende "salvar" a sus desorientados pacientes ayudándoles a encontrar su mismidad, descubrir su vocación (voz interior) y seguirla sin temor, a pesar de que, a veces, esa voz interna parece ser luciferiana" y sugerir la entrada en sendas inciertas. Pero, afirma Jung, es la voz de una vida más plena, de una conciencia más amplia y comprensiva; lo que al principio parece malo puede, en realidad, transformarse en algo bueno, salvador e iluminante. Para llegar a ver así su realidad interior, es necesario que el paciente se coloque lo más posible —no en la hora de análisis sino en momentos de soledad y silencio— en una actitud de auscultación y recepción pasivas de las "revelaciones", "ensueños", fantasías y devaneos que su pensamiento pueda presentarle. Si tiene sueños propiamente dichos habrá de procurar dibujarlos en vez de describirlos, y sobre la base de todo ese material, así como de comentarios sugeridos por obras de arte, lecturas y recuerdos de "vivencias o situaciones extrañas", el psicoterapeuta junguiano construirá su interpretación, estimulará la visión de nuevos horizontes y procurará salvar al paciente de la virtual prisión en que se encuentra encerrado.

f) Sexta fase: la antropofilosofía junguiana.

Aún más decididamente que Freud, Jung sintió un progresivo deseo de llegar a dar una interpretación al sentido total de la vida y de la cultura humanas, lo que le llevó a alejarse cada vez

más de la senda experimental e ingresar en la especulativa, procurando establecer correspondencias entre puros conceptos míticos. Así ha ido interesándose progresivamente por la religión, la filosofía, la mitología y, sobre todo, por la alquimia, hasta el punto de constituir sus escritos, la contribución moderna más importante acerca de esta última.

Evidentemente no han sido vanos sus esfuerzos —no podían serlo si se tiene en cuenta su saber y sus dotes personales— de suerte que hoy se nos ofrece, gracias a ellos, una interpretación seductora no solamente del sentido oculto de la "búsqueda del lúpiz" alquímico sino, también, de la liturgia técnica que para lo usaban los hombres del medioevo, en sus cavernosos antros de investigación. Jung opina, con sólida convicción, que tras la búsqueda de la piedra filosofal se ocultaba algo más que el afán de poder, de lucro o de saber. Relacionando su teoría de los arquetipos con las prácticas y los misterios de la alquimia (no se olvide que el lema de sus tratadistas era: "*obscurum per obscurius, ignolum per ignotius*") llega Jung a concluir que la búsqueda del oro simboliza la búsqueda de Cristo, o sea, la redención del espíritu aprisionado por las tinieblas (?). Curioso es, no obstante, que los modernos "alquimistas", transmutadores de la materia —los científicos atómicos— hayan trabajado precisamente más en sentido inverso, o sea para sumergirnos en ellas.

Pero un hecho es evidente: Jung ya no aspira a curar ni a salvar a Juan o Pedro, sino —como filósofo, moralista, humanista o teólogo— a indicar a la humanidad sus rumbos y sus deberes. Tal actitud es principalmente visible en el décimo volumen de sus obras completas: *Civilization in transition*, en donde, comparándolo con el estudio homólogo de Freud (*Civilization and its discontents*) puede verse cómo discípulo y maestro han terminado con preocupaciones análogas, aún cuando el primero —más optimista, religioso e idealista que el segundo— nos presenta una visión más consoladora y estimulante del hombre.

Comentario crítico.

Si bien no corresponde a esta parte de nuestro trabajo la crítica, sino solamente la exposición doctrinal, no debemos terminarla sin decir que la obra de Jung, poco conocida en América, goza en Europa de mayor aprecio y, hasta cierto punto, es en gran parte responsable por la tendencia al estudio de la psiquiatría que podríamos denominar espiritualista (en sus diversas variantes) que hoy se observa, singularmente en algunos círculos italianos,

suizos, ingleses y alemanes. Teniendo en cuenta —como ha escrito Narthrop— la necesidad de promover una síntesis entre Oriente y Occidente, entre la meditación y la acción, el simbolismo y el pragmatismo, no es aventurado afirmar que la actual difusión de las obras completas del gran estudioso suizo (que suman 18 volúmenes) permite pronosticar a sus ideas todavía un mayor auge que el obtenido hasta la fecha.

PRINCIPALES CONCEPTOS DEL "FREUDISMO DISIDENTE".
 LA OBRA Y EL CRITERIO DE S. FERENCZI.
 EL "ANÁLISIS BREVE" DE W. STEKEL.
 LA VOLUNTOTERAPIA DE OTTO RANK.
 LA DISIDENCIA DE TEODOR REIK.
 LAS CONTRADICTORIAS TESIS DE W. REICH.
 LAS DOCTRINAS REVOLUCIONARIAS DE MELANIE KLEIN.
 LA CONCEPCIÓN DE F. ALEXANDES.

Principales conceptos del "freudismo disidente".

Vamos a englobar en este capítulo los puntos de vista de la mayor parte de los autores que desean seguir siendo considerados como "psicoanalistas" y pertenecientes, en líneas generales, al freudismo, a pesar de que, en su gran mayoría, han sido expulsados del cenáculo freudiano. No incluiremos, en cambio (lo haremos en el próximo) las doctrinas que podríamos denominar neoanalíticas, por haber sido desde el principio engendradas no como una continuación o una disidencia, sino como una superación y renovación, es decir, como algo nuevo, original y revolucionario, en este campo. Para no dar una extensión desmesurada al capítulo y porque, en realidad, *los* freudianos disidentes no alcanzan tampoco el volumen y densidad doctrinal de Adler o Jung, presentaremos el resumen de sus ideas de modo muy sucinto, remitiendo al lector más exigente a las fuentes bibliográficas citadas al final.

La obra y el criterio de S. Ferenczi.

Sandor Ferenczi, húngaro de nacimiento, fue, junto con Abraham, uno de los discípulos inicialmente más entusiastas de Freud. Como miembro del primer grupo no fue sometido a la exigencia del "análisis didáctico", que más tarde se estableció. Durante casi 25 años colaboró activamente con el maestro, pero ya en 1923 escribió con Otto Rank un libro (*Entwicklungsziele der Psychoanalyse*) en el que se marcaban divergencias de criterio con la ortodoxia psicoanalítica que culminarían, en 1932, con su separación oficial de la misma (durante el Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis en Wiesbaden). Ferenczi, psiquiatra dotado de un gran entusiasmo terapéutico, se irritaba ante la lentitud del proceso curativo del psicoanálisis y lo mismo que Rank y Stekel (aunque por caminos diversos) quiso acelerarlo. Se-

gún él, la cura psicoanalítica debía tener dos fases: la primera, de técnica *activa* tendería a crear reacciones emocionales en el paciente, es decir, a sacudirlo y conmocionarlo afectivamente, para lo que se le habría de imponer no solamente una abstinencia sexual sino una limitación en la satisfacción de las demás necesidades, instintivas o no (alimentación, limpieza, distracciones, etc.) con el fin de aumentar su tensión intrapsíquica y, de esta suerte, favorecer el aumento secundario de su necesidad de afecto y apoyo. Coincidentemente, Ferenczi suponía que así se acelerarían la confesión y la manifestación de cuanto el paciente tuviese reprimido. La segunda fase, en cambio era de *relajación*; en ella eran progresivamente liberadas las prohibiciones, se tenía más tolerancia y, sobre todo, se administraba más cariño y simpatía al neurótico, de modo que le fuese satisfecha la "sed de cariño" que, según Ferenczi, remontaba de la infancia. Así el psicoanalista se adscribía un papel paradigmático y se tornaba activamente en una especie de genitor sustituto e ideal, permitiendo al neurótico una humanización de la que tanto necesitaba: no solamente le daba ocasión para vivir las primitivas situaciones bajo nuevas formas y experiencias vitales, sino que, además, procuraba él también confesar al paciente sus propios defectos y errores.

Freud se opuso enérgicamente, por supuesto, a esas dos innovaciones (prodigar afectos y confesar errores el analista). Además, Ferenczi estimulaba a sus pacientes para tratar voluntariamente de dramatizar y revivir intensamente las situaciones y conflictos que les angustiaban (con el fin de descargar más rápidamente las tensiones bloqueadas) lo que también, obviamente, era contrario a la idea fundamental de Freud, según la cual es necesario que el analista se mantenga en un puro plano de silencio e interpretación. En realidad, dos de los psicoterapeutas de mayor relieve en la actualidad han tomado como base de sus éxitos las ideas de Ferenczi: nos referimos a Moreno (con su psicodrama) y a Rosen (con su análisis directo). Lamentablemente no lo confiesan, y esto, unido a la muerte de aquél (1933), apenas transcurrido un año de su separación oficial del freudismo, explica en parte la aparente falta de resonancia de sus ideas.

El "análisis breve" de W. Stekel.

W. Stekel fue otro de los constituyentes del viejo grupo freudiano (al que se incorporó en 1908) que más tarde había de separarse y constituir un subgrupo propio: igual que a Ferenczi y que a Rank, desesperaba al dinamismo de Stekel la lentitud y la pasi-

vidad de las sesiones analíticas, cuya prolongación consideraba un sufrimiento inútil para los pacientes, puesto que —según él— podía ser reducido a un pequeño número (contado con los dedos de la mano), el número de conflictos capaces de provocar una neurosis o un desajuste mental. Pero quien los sufre se esfuerza en no verlos o verlos de un modo deformado y crea así un "escotoma moral". La misión del analista —continuaba diciendo— es dirigir y activar el pensamiento del analizado de modo que éste se decida cuanto antes a "ir al grano", libere su material mental doliente y, una vez interpretado de un modo correcto, tome otra actitud ante él. A este método de análisis activo y comprimido lo denominó: análisis breve (*short analysis*) y también, en otros trabajos suyos, análisis dirigido (*guiding analysis*).

Stekel ha sido un escritor prolífico, que al verse separado del círculo ortodoxo se dedicó intensamente a escribir, con galano estilo, principalmente acerca de las aplicaciones pedagógicas (profilácticas) de los conceptos analíticos (son célebres sus *Cartas a una madre*) y acerca de las perturbaciones de la vida sexual. Sobre este último tema llegó a publicar 10 volúmenes, entre los que descuellan el referente a la mujer frígida y el referente al homosexualismo.

Al igual que Ferenczi, Stekel creía que el analista no se ha de comportar como una esfinge sino que debe participar y compartir con su paciente las situaciones emocionales vividas durante el análisis, mostrándole su simpatía e inclusive dándole algunas manifestaciones de afecto, si lo cree conveniente. Es claro que por esta vía entraba en una resbaladiza pendiente y nada tiene de extraño que fuese por ello no solamente criticado, sino hasta casi olvidado en la literatura analítica oficial.

Pero no es menos cierto que algunas de las figuras más conspicuas de la psicoterapia analítica actual han adoptado —de un modo más o menos explícito— sus ideas acerca del análisis activo {abreviado y dirigido} reduciendo así, en un ochenta o noventa por ciento, el tiempo, el esfuerzo y el dinero que se exige del paciente para librarle de sus sufrimientos.

Se debe convenir, no obstante, que no todos poseen la aguda capacidad de observación y el sutil talento interpretativo de Stekel, de quien Oberndorf ha escrito que fue uno de los más agudos y brillantes clínicos que conoció. Bastaría recordar, para confirmarlo, la lista de síntomas que elaboró para denotar la existencia de un homosexualismo oculto o para desenmascarar una frigidez.

Otro de los freudianos disidentes, quizás el más culto e inteligente de ellos, entre los que no eran médicos, ha sido Otto Rank, otrora el discípulo predilecto del maestro (quien durante años le confió la dirección de su revista *Imagó*).

Rank dio una muestra inicial de sus divergencias conceptuales con Freud al escribir con Ferenczi (1923-24) un volumen (*Entwicklungsziele der Psychoanalyse*) en el que ambos formulan sus primeras ideas heterodoxas. Mas su violenta disidencia se produjo más tarde (en 1929), al anunciar públicamente su rebeldía contra la usual técnica de "liquidación de la transferencia", proponiendo —nada más ni nada ímenos— que *fixar de antemano la fecha de terminación de la cura psicoanalítica*. Esta modificación alteraba profundamente la relación entre analistas y pacientes y ahondaba aún más la distancia que ya provocaba una disensión seria con Freud, al criticar Rank algunas interpretaciones de su teoría de la libido y del complejo de Edipo.

Pero Rank tenía demasiada riqueza de pensamiento y no podía aceptar cualquier concepto sin discutirlo a fondo. De esta manera se afirmó cada vez más en su teoría de que el acontecimiento decisivo para la producción de la angustia primaria y la ulterior formación de síntomas neuróticos era el "trauma del nacimiento", al cual dedicó uno de sus más densos libros. Freud negó con larga argumentación esa teoría rankiana (en su obra: *Inhibición, síntoma y angustia*) y Oberndorf allegó que su propio nacimiento había sido inmensamente dramático y patológico (habiendo sufrido por defectuosa aplicación del fórceps una fractura con necrosis del temporal), a pesar de lo cual tuvo en su infancia y en su vida un carácter sereno y equilibrado.

Mas esas objeciones no hicieron mella en Rank, pues contra ellas presentaba abundante acopio de casos y estadísticas personales. En su sentir, la experiencia del traumatismo del nacimiento no depende sólo de las circunstancias fisiopatológicas (mecánicas, químicas, etc.) en que se produce, sino también —y en mayor medida— del modo como se producen y fijan en la alboreante conciencia del naciente las diversas incidencias de ese trauma. O sea, que la sensibilidad personal es la que, en definitiva, determina la intensidad, la persistencia y el modo con que la "angustia primitiva" intervendrá en las ulteriores respuestas del ser.

Rank considera que en el momento del nacimiento se producen tres factores de extraordinaria importancia emocional: *a)* se deja de ser un "todo" con la madre y se siente el "vacío" de la sepa-

ración; b) se empieza a ser un nuevo "todo" en un mundo extraño e impredecible; c) se sufren las molestias del tránsito por el canal pelviano y las del ulterior alumbramiento. Cuanto mayores hayan sido las vivencias de ese trauma —afirma— mayores serán las angustias, el miedo y la ansiedad de quien las tuvo, en cuanto enfrente en la vida un peligro o una situación desconocida.

Es preciso que el analista fortalezca la voluntad de sus pacientes, invitándolos a tomar el papel de "potencia" y actuando él de "resistencia", al revés de lo que ocurre en la técnica freudiana clásica, ya que en ésta el paciente se ve obligado a aceptar pasivamente no solamente las condiciones que el analista le impone para su análisis (honorarios, lugar, horario, postura y técnica), sino también las interpretaciones que de este análisis ese analista le hace.

Así se engendra una rebelión (que es interpretada como transferencia negativa o contratransferencia) o una sumisión (que es recibida como transferencia), pero nunca una colaboración y una liberación progresiva de los lazos que aprisionan y atenazan la voluntad del analizado. Contra esto se alza Rank en su *Wollenbehandlung* (Tratamiento por la voluntad o voluntoterapia) escribiendo, en diversos pasajes, lo siguiente:

"La transferencia engendrada en la situación analítica no es de naturaleza sexual, sino debida al deseo de apoyo y reincorporación que el enfermo siente, y que le llevan a reproducir en tal situación su primitiva unión con la madre".

"Pero hemos de respetar los derechos del paciente a reafirmar tu individualidad y no tratar de imponerle interpretaciones dogmáticas".

"Necesita menos teoría, menos técnica rígida, menos arte de interpretar y más profundidad en el análisis de la propia situación analítica, usándola como medio para transformar la voluntad negativa del paciente en voluntad positiva".

"Terapéuticamente no es el pasado el que ha de servir para explicar el presente, sino viceversa".

Siguiendo esta orientación, Rank, en vez de demorarse en interminables exploraciones y obtener con ellas la habitual mezcla de recuerdos, pseudomemorias y confabulaciones, llevaba al paciente a darse cuenta de sus íntimas contradicciones y a descubrir los caminos para superarlas, adoptando una nueva conducta que no solamente lo *pusiese* bueno sino que lo *hiciese ser* bueno. Esto suponía liberarlo de los lazos que todavía lo unían a su madre, superar el estatismo obstruccionista de actitudes engendradas por la voluntad negativa (obstinación), la realización de valores creadores en consonancia con la voluntad individual. Si el triple lema del neurótico es: "sufrir para hacer", "sufrir por no hacer" y "hacer

sufrir", la cura rankiana pretende encaminarlo a un "hacer queriendo" para enseguida llegar a un "crear gozando".

Para completar nuestra exposición debemos aún sintetizar la concepción rankiana del superyó y del carácter individual. Considera al primero como derivado exclusivamente de la relación madre-hijo y nutrido por un sadismo reprimido. Diferencia en su formación 3 estadios: *a) biológico-*, el niño siente precozmente la falta del seno materno, determinando la eclosión de las tendencias oral-sadistas (deseo de morder en vez de succionar); su deseo insatisfecho se transforma en enojo contra la madre, pero si esta ira no puede ser totalmente descargada, permanecerá en el yo y ocasionará —dirigida contra él— la formación de privaciones e inhibiciones; *b) moral:* se produce en el estadio anal, durante la lucha por el control de los esfínteres, de la que deriva la adopción del mecanismo sádico-masoquista; *c) social:* que ocurre durante el período edipiano (entre los 3 y los 5 años, generalmente) como efecto no sólo de la introyección de imágenes paternas sino de inhibiciones provocadas por los miembros más activos de la familia. Rank cree, además, que el núcleo real del superyó es la "madre estricta" (no la real), o sea, una madre sádicamente concebida por el niño; diferencia asimismo un superyó "primitivo" y un superyó "correctamente funcionante". El primero se manifiesta en una constante y aparentemente injustificada necesidad de castigo. Finalmente, diferencia los superyós del varón y de la mujer. El primero se constituye sobre la base del superyó sádico materno primario, asociándole el superyó social paterno y se encuentra dominado por la ansiedad, mientras que el segundo (femenino) está constituido sólo por la fase biológica y consiste más en inhibiciones que en sentimientos de culpa.

En cuanto a su teoría sobre la formación del carácter, se encuentra centrada, como ya hemos visto, alrededor del concepto de "voluntad" que es definido por Rank como "una organización de dirección e integración de la persona, capaz tanto de utilizar creativamente como de inhibir —y en todo caso controlar— sus impulsos instintivos". Originariamente se supone que ese proceso surgió como "una fuerza de oposición (negativa) ante la coacción o compulsión". Tanto las consignas externas como las demandas internas son obstáculos que llevan al niño a resistirlos, para lo que desarrolla una "voluntad negativa".

Más tarde, esa misma fuerza se tornará positiva y se propondrá alcanzar determinadas metas, adquiriendo de esta manera una tonalidad competitiva. Finalmente se alcanzará el tercer estadio cuando las metas no sean externas sino íntimas y el sujeto se proponga dominarse a sí mismo para su autoperfeccionamiento. En la fron-

tera entre esas 3 fases se encuentran las líneas divisorias entre los 3 tipos fundamentales del carácter rankiano: el *normal*, el *neurótico* y el *creador*. El primero acata la voluntad del grupo o mayoría. La realidad que es aceptada culturalmente se torna su verdad y sus fantasías personales son cuidadosa y celosamente ocultadas. El segundo (neurótico) se encuentra en una situación de permanente conflicto porque no se resigna a aceptar la voluntad de los demás pero no es suficientemente enérgico para imponer la suya. De esta manera se encuentra presionado por ambos lados: tiene que resistir a las coacciones externas (contra las que se rebela) y a las internas (contra las que se asusta y cohibe secundariamente, en sentido inverso). Así termina por reprimir e ignorar sus propias fantasías y sentir enojo hacia sí mismo. Finalmente, el carácter creador —propio del artista, por ejemplo— ha conseguido la plena aceptación y formación de su auténtico ser. Rank dice al respecto: "No ha transigido ni ha realizado una mera suma, sino que ha creado un nuevo todo, una personalidad autónoma, con fuerte voluntad, perfectamente integrada a su espíritu". Su propio sexo se pone al servicio de su voluntad y su verdad, lo que le permite inclusive revelar sus fantasías ante el mundo. De esta manera, el carácter creador fija sus propios ideales y consigue, al mismo tiempo, convivir en el mundo sin entrar en conflicto con él.

Como puede verse, Rank no solamente estratifica los 3 tipos fundamentales precedentes sino que los jerarquiza y valoriza, colocando al carácter neurótico a mitad de camino entre el hombre normal (al que Ingenieros llamó "mediocre" y el creador (al que Rank llama "artista"). La observación social parece confirmar en parte su teoría, al comprobar que es más frecuente encontrar artistas que se iniciaron como neuróticos (y a veces siguen siéndolo) que artistas que se iniciaron como personas normales (o que llegan a serlo).

Fallecido en edad relativamente temprana (a los 55 años), Rank ha dejado, no obstante, una profunda huella de su original y rebelde obra, habiendo influenciado en gran parte a varios "neanalistas", y singularmente a Karen Horney, Fromm y Sullivan.

La disidencia de Theodor Reik.

Resulta interesante para nuestro estudio la figura de Theodor Reik, porque éste ha sido uno de los freudianos disidentes que más tiempo han permanecido fieles al credo ortodoxo de la doctrina. No obstante, en su libro *Treinta años con Freud*, formula contra ella objeciones y críticas que después han proseguido y

aumentado en sus libros siguientes, hasta el punto de no hacerle simplemente un disidente sino, casi, un serio oponente de las ideas más caras al maestro.

Veamos, a guisa de ejemplo, lo que escribe en su *Psicología de las relaciones sexuales*: "Tras 34 años de estudio y de práctica psicoanalítica, confieso espontáneamente que el punto de vista freudiano acerca de la etiología sexual de las neurosis es un error de bulto y que la teoría de la libido ha sido elaborada sobre bases falsas". Poco después agrega esto: "La literatura psicoanalítica es la más rica fuente de informaciones equivocadas que poseemos acerca del sexo y del amor" (!).

Dejando aparte este aspecto, crítico y polémico, ¿en qué consiste el aporte original de Reik, por el cual hemos de mencionar su nombre en este panorama doctrinal? Sin duda alguna es mucho menor que el de Eank. Igual que éste, Reik estaba formado en filosofía, a pesar de lo cual encontró que había un exceso de alambicamiento y especulación teórica en muchos sectores de la doctrina psicoanalítica. Acusó a los freudianos de caer en un exceso de alusiones mitológicas, de parábolas y de simbolismos, muchos de los cuales estaban dentro de sus propias cabezas y no en las de los pacientes a quienes pretendían curar. Advirtió a tiempo que lo esencial para el éxito psicoterapéutico no es la *técnica* sino la *personalidad* del psicoterapeuta, recomendando —como ya lo había propuesto Ferenczi— que éste hiciese profesión de modestia y aprendiese a decir "no sé" o "no puedo" ante sus pacientes.

Consideró que en vez de querer conquistar de cualquier manera la reverencia y la confianza del paciente, el psicoterapeuta ha de procurar devolverle la que había perdido en sí, o creársela si nunca la hubiese llegado a tener. De ahí una de sus principales afirmaciones: *es tan importante enseñar al enfermo a comprender a los demás como a sí mismo*.

Empero, en el campo de la sexología y, sobre todo, en su interpretación del *amor*, Reik muestra mejor su disidencia: efectivamente, él ha sido el autor que ha luchado con más tesón y fortuna para *separar el concepto del amor del concepto de atracción sexual*, con el que Freud no solamente lo vinculó sino que, en ocasiones, lo confundió o identificó. Reik, en uno de sus libros más polémicos (*El amor visto por un psicólogo*), afirma que el amor es un *fenómeno cultural* y, como tal, relativamente reciente en la historia de la humanidad, en tanto que la atracción sexual es un fenómeno *ancestral*, instintivo y universal. Asimismo niega que exista *a priori* un amor materno, ni mucho menos un instinto maternal, común a todas las mujeres. El amor es, según él, inicialmente sentido como una necesidad de ser cuidado y protegido, en los primeros días

de la vida, a consecuencia del íntimo sentimiento de invalidez biológica y de inepticia del neonato. Más tarde será sentido como necesidad de ser comprendido, apreciado, prestigiado y solamente después se podrá llegar a mostrar en sentido generoso, es decir, como impulso a comprender, apreciar y valorar seres ajenos, si bien haga esto con el deseo de incorporarlos, en cierto modo, a su acervo personal (no amamos lo que vale sino lo que de alguna manera pensamos que "nos" vale, o sea, que vale *para nosotros*).

Aislado de los freudianos puros, pero también poco apto para asociarse a cualquier círculo de los disidentes, Reik permanece aislado y poco citado en la bibliografía psicoanalítica actual, mas no por esto deja de dirigir un pequeño y activo círculo de discípulos, y su libro de técnica (*Escuchando con el tercer oído*) es leído y aprovechado, aun cuando no citado, por muchos de quienes aparentan ignorarlo.

Las contradictorias tesis de W. Reich.

La modificación sufrida por W. Reich en su curso existencial ha sido tan enorme que casi justifica más hablar de ella que de sus actuales ideas. Digámoslo sin eufemismos: si antes fue considerado como un psicoanalista genial, hoy es tenido por muchos de sus propios colegas como un caso de parafrenia sistematizada de invención. De ahí que sea imprescindible separar nítidamente su obra en esas dos fases tan divergentes de su vida. En la primera publicó su libro: *Psicoanálisis del carácter*, que constituye todavía una obra maestra de intuición psicológica y buen sentido. Fue el primer analista que llamó la atención acerca de la necesidad de poner de manifiesto, en primer término, la "armazón caracterológica" de los pacientes, antes de querer interpretar los síntomas de sus neurosis, toda vez que tales síntomas no eran más que derivados de aquélla. En su opinión, el carácter personal depende del modo en que el individuo consigue liquidar la situación edípica, por un lado, y de las presiones del ambiente, por otro. Para defenderse contra sus inaceptables demandas instintivas y contra las frustraciones del mundo exterior, el yo se crea una especie de callosidad mental, esto es, se torna rígido en ciertos sectores y adquiere así su carácter; éste resultará ser "instintivo" (hedonista, sensual), "masoquista" (autoagresivo, pasivo), etc., según el dinamismo predominante en esa armazón. Prosiguiendo sus estudios acerca del carácter (que fueron inicialmente publicados en 1928), Reich llegó a negar el concepto de los instintos de muerte y pasó a explicar la actitud masoquista, no como una muestra de ellos sino

como mero efecto de ciertos influjos sociales y educativos (con lo que fue uno de los primeros freudianos en introducir el factor cultural como motivo autóctono y no como efecto).

Mas al negar la existencia de los instintos de muerte, empezó a navegar contra la corriente freudiana, pues dejó como única fuente de la actividad psíquica la búsqueda de la unión sexual, es decir, la *libido sexualis*. Por esto se vio expulsado de la Asociación Internacional de Psicoanálisis ya en 1933.

Lejos de arredrarse por ello, pasó a exagerar su posición e imaginó que la misión de todo médico no es otra que restablecer en sus enfermos la capacidad de tener orgasmos suficientes. De ahí llegó a pensar que el orgasmo representa la conjunción de la libido cósmica con la libido individual y que es posible captar y concentrar esa libido cósmica mediante un aparato de su invención. Aislado de sus colegas, fundó un instituto y una revista (*Organon*) para la defensa de su nueva tesis (y la venta de su aparato, con el que creía factible hasta la cura del cáncer y demás enfermedades consideradas hasta hoy como incurables médicamente).

A pesar de sus discutibles ideas, tres méritos nos parecen justificar el respeto a su figura: 1^o Tuvo la prioridad en afirmar que no es posible separar la "neurosis" por un lado y el "carácter personal" por otro; la neurosis, dicho brevemente, no pasa de ser una fase en la historia del carácter personal. 2^o También fue el primero en destacar la importancia de los factores culturales (que más tarde serían tomados como *leit motiv* en la obra de Karen Horney) en la patoplastia mental. 3^o Se alzó firmemente contra la existencia del o de los (Freud no fue muy constante en usar el singular o el plural en este caso) instintos de muerte.

Las doctrinas revolucionarias de Melante Klein.

Especializada en el psicoanálisis de los niños neuróticos, desajustados o con "problemas", esta especialista germana creó una verdadera revolución en los círculos freudianos ortodoxos al dar a conocer sus primeros trabajos, en los que se modificaban esencialmente las concepciones teóricas del maestro, lo que no impide que en la actualidad sea principalmente reverenciada y ensalzada por algunos de los más conspicuos psicoanalistas que se juzgan freudianos. No será ello ciertamente debido a la negativa cordialidad de las relaciones que mantuvo esa autora con la propia hija de Freud, Ana, que es absolutamente opuesta a sus ideas, permaneciendo fiel a los puntos de vista paternos. Hay en esto —nos parece— un hecho psicológico interesante: los discípulos que-

rían ser "más papistas que el Papa" y por ello admiran a quien se atrevió a serlo con más arrojo.

Desde luego, Melanie Klein no solamente ha superado en audacia conceptual y combatividad a Freud, sino que lo ha superado también en imaginación, según veremos seguidamente:

Utilizando los juegos infantiles, espontáneos o sugeridos, con juguetes representativos de los diversos personajes y objetos familiares, Melanie Klein afirma¹ que durante los primeros meses de la vida extrauterina, no solamente se forman ya las actitudes básicas del yo, sino que se constituye un superyó, sobre la base de los primeros objetos internalizados por el niño que son... los pechos de su madre, a los que se atribuyen dos significaciones opuestas: hay un pecho "bueno" (sacador y satisfactorio) y otro "malo" (frustrador y sádico). La vida mental del lactante es rica —según esa autora— en fantasías inconscientes, y a los 6 meses de edad ya es capaz de amar, odiar, desear, agredir y desear destruir a su madre; asustado de su propia agresividad, la proyecta hacia fuera y la atribuye a un objeto malo, que será preciso devorar para destruir. He aquí cómo ella misma describe las dos actividades psíquicas, defensivo-ofensivas, de la proyección y la introyección, durante esa fase de la vida²: "Además de las experiencias de goce o satisfacción y frustración derivadas de factores externos, una variedad de procesos endopsíquicos —primariamente de introyección y proyección— contribuye a la doble relación con el primer objeto. El niño proyecta sus impulsos de amor y los atribuye al seno satisfactorio (bueno) de] mismo modo como proyecta al exterior sus impulsos destructivos y los atribuye al seno frustrador (malo). Simultáneamente, por introyección, se establecen en su interior un seno bueno y otro malo. (Estos primeros objetos introyectados forman el núcleo del superego. A mi modo de ver, el superego se inicia con el primer proceso de introyección y se constituye sobre la base de figuras buenas y malas que son internalizadas con amor y odio, en diversas fases del desarrollo, siendo gradualmente asimiladas e integradas por el yo). De esta manera, la imagen de] objeto, exterior e internado, es distorsionada en la mente infantil por sus fantasías, que están libadas con la proyección de sus impulsos hacia (o sobre) el objeto. El buen seno —externo o interno— se torna el prototipo de todos los objetos, útiles y satisfactorios, mientras que el mal seno se torna el prototipo de todos los objetos externos e internos, perseguidores.

¹ M. KLEIN, *Psychoanalyse der Kindes*, 1932.

² M. KLEIN y col. *Developments in psychoanalysis*. Hogarth, Londres, pág. 200 y sig.

Los diversos factores que intervienen en el sentimiento infantil de logro de satisfacciones, tales como la supresión del hambre, el placer de succionar, la supresión del malestar y tensión (es decir, de privaciones) y la experiencia de ser querido, todos ellos son atribuidos al buen seno. Recíprocamente, cualquier frustración o malestar serán atribuidos al seno malo (perseguidor)". Qué pasa con el lactante que es alimentado con biberón y cómo puede llegar a formar su superyó es una pregunta que, por lo visto, Melanie Klein no ha tenido, hasta ahora, interés en responder en sus libros (o, por lo menos, confesamos no haber tenido la suerte de leerla).

Con razón decía nuestro malogrado amigo Sanchis Banús (sin duda el más inteligente y humorista de los psiquiatras españoles de nuestra generación) que Melanie Klein es a Freud lo que Chino y Dalí son a Picasso. Creemos que basta con lo expuesto para caracterizar su obra, pero agregaremos que también ella tuvo un discípulo que la aventaja en audacia. Nos referimos a Fairbairn, cuya teoría de la personalidad constituye la última palabra en el panorama psicoanalítico actual, y será expuesta en el próximo capítulo, al ocuparnos de las doctrinas neoanalíticas.

La concepción de F. Alexander.

a) Su posición doctrinaria.

Afortunadamente encontramos en la figura de Alexander un discípulo de Freud cuya disidencia no se ha realizado en el sentido de deformar, exagerar o sustituir conceptos e interpretaciones teóricas, sino en el de reducir, acilatar y precisar los límites y las aplicaciones doctrinales, completándolas e integrándolas además al punto de vista de la actual biología médica. A él se debe, en primer lugar, junto con Flanders Dunbar, el auge que actualmente adquiere en los Estados Unidos la medicina psicosomática (cuyas dos palabras en conjunción ya sonarían a apostasía en los oídos de Freud) a pesar de lo cual continúa figurando su nombre entre los más destacados de la lista de la Asociación Analítica Internacional.

Dirigiendo desde hace años el Instituto Psicoanalítico de Chicago, en el cual cuenta con abundantes recursos técnicos, Franz Alexander ha podido hacer compatible su gran experiencia clínica con una abundante y densa producción bibliográfica, toda ella orientada en el sentido de permitir la adscripción del psicoanálisis al campo de la psicoterapia y su aceptación en el seno de las facultades de medicina. Usando su propia terminología, podemos definir su idea directriz como la de elaborar un psicoanálisis

flexible, esto es, adaptable a los diversos tipos de trastornos y de personalidades que lo necesiten. Veamos, no obstante, con un poco más de concreción, en qué consiste su posición doctrinaria, hoy acompañada por una numerosa pléyade de psiquiatras y psicoterapeutas, principalmente en el continente americano. En primer lugar se destaca su concepción de las tres funciones: *ingestión, retención y eliminación* como siendo la columna vertebral para la comprensión del dinamismo individual, tanto en el plano fisiológico como en el psicológico. Durante las primeras fases de la vida domina la primera, durante las fases finales prepondera la segunda y en las intermedias o productivas, la tercera. Pero su proporcionalidad y sucesión adquieren en cada individuo características que permiten su diferenciación típica. El aparato digestivo —eje básico de la vida vegetativa— presenta las tres funciones bien diferenciadas en sus tramos: la boca, el esófago y el estómago (tracto superior) sirven fundamentalmente a la finalidad de ingestión; intestino grueso, recto y ano sirven a la finalidad de eliminación y las partes centrales a la de retención (absorción o asimilación). Realizando un "análisis vectorial" de la conducta personal, en sus diversos planos, nos daremos cuenta de la dinámica relacional entre las actitudes psíquicas fundamentales (deseo de recibir, deseo de dar o expulsar, deseo de retener o conservar) y sus correspondientes manifestaciones digestivas, lo que nos permitirá establecer una caracterología que terminológicamente se apoyará en la fisiopatología digestiva. Así tendremos un carácter "expulsivo", "eolítico", "ulceroso", "espasmódico", "pasivo", "retentivo", etcétera.

Desde luego, la idea no es original de Alexander —y él mismo lo reconoce— puesto que Freud ya había descrito el carácter "oral" (incorporativo), "anal" (retentivo) y "uretral" (expulsivo), pero Alexander orienta sus interpretaciones de otro modo, toda vez que (inspirándose más bien en Abraham) admite que cada esfínter puede servir según los *casos, a las tres* finalidades (absorber o ingerir, retener o conservar y eliminar o expulsar). Por otra parte, cabe reconocerle el mérito de haber descrito otras variantes caracterológicas, no señaladas por Freud, en este campo. A guisa de ejemplo, para que se vea la detenida elaboración a que ha sometido el análisis vectorial de sus tipos caracterológicos, vamos a resumir sus conceptos referentes al denominado carácter *ulceroso* y al carácter *expulsivo*:

Se puede afirmar que el carácter de tipo ulceroso es el de un "receptivo frustrado", o sea: corresponde a un sujeto que no llegó a sentir la necesaria satisfacción en sus ansias de ingestión e incorporación (alimentarias y afectivas), motivo por el cual desarrolló

una reacción (oral) agresiva o de rechazo (eliminativa); más tarde, la lucha entre esas dos actitudes antinómicas, pero en el fondo complementarias, se traslada al plano psíquico y se expresa en el conflicto entre los sentimientos de independencia y lucha (que dominan, como formación reactiva en el campo consciente) y los de dependencia y sumisión, con necesidad de afecto, apoyo y consuelo (que se encuentran reprimidos en el inconsciente). Si esa antítesis se intensifica es capaz de provocar la hiperfunción gástrica (hipersecreción) y dar lugar a la formación de una úlcera, siguiendo la siguiente línea psicopatológica: ansia de recepción oral —frustración—, reacción oral agresiva —sentimiento de culpa—, ansiedad —tendencia a superar el conflicto dedicándose a tareas de responsabilidad y éxito—, sobrecarga inconsciente de la necesidad receptiva por el continuo "vaciamiento" individual en los esfuerzos y trabajo —renovación de la antítesis—, respuesta gástrica hipersecretora —posible formación de úlcera.

Veamos ahora la dinámica del otro tipo o sea del carácter expulsivo. Éste se presenta como un tipo de conducta que oscila entre la irritación (agresiva) y la generosidad (desprendimiento afectuoso), correspondiendo a los dos significados que adquiere el acto de la eliminación en el niño. Éste, inicialmente, considera sus heces como algo valioso, capaz de proporcionarle placer y, por lo tanto, se desprende de ellas como haciendo un "obsequio" hacia los demás (Freud, Abraham y Jones ya habían hecho notar que la elección del oro como signo de valor monetario se debió probablemente a su semejanza natural con las heces). Más tarde, no obstante, bajo la influencia represora del adulto, pasa a considerarlas como algo sucio y execrable, ligando entonces el acto de la eliminación a una conducta agresiva, que —por otra parte— tiene abundantes ilustraciones en el lenguaje popular obsceno.

El equilibrio entre recibir y dar no es logrado por quien tiene un carácter expulsivo, de suerte que los dos actos (ingestión y eliminación) se tornan dramáticamente intensos y termina produciéndose la "explosión" (diarreica) que da lugar a la "expulsión violenta" de las tensiones contradictorias, almacenadas por la lucha entre el impulso (refrenado) a pedir siempre más, y la réplica (fracasada) a restituir y dar con creces (para ahogar el sentimiento) de culpabilidad).

b) La concepción de Alexander de las neurosis.

Alexander atribuye fundamentalmente a la flaqueza del yo para resolver sus conflictos, el origen de las neurosis (con lo que, evidentemente, se distancia de la interpretación freudiana). Repro-

duciremos sus propias palabras originales¹: "Una neurosis se desarrolla siempre que una persona no puede satisfacer sus necesidades en una situación dada sin conflicto interno. Este conflicto puede surgir en el campo de las relaciones humanas, de las actividades ocupacionales o en su vida sexual". He aquí cómo esquematiza el proceso patológico neurótico (Ibíd., pág. 210):

1) *Factores precipitantes.*

La situación actual, que el paciente no llega a soportar.

2) *Fracaso en la solución de problemas actuales.*

Tentativas infructuosas de adaptación, de mayor o menor duración.

3) *Regresión.*

Sustitución del esfuerzo realista, para satisfacer las necesidades, por conductas o fantasías regresivas.

4) *Conflicto primario revivido por la regresión.*

Debido a la regresión se reviven antiguos conflictos que habían sido superados por la maduración (evolutiva).

5) *Medidas autopunitivas.*

Fútil intento de resolver el conflicto neurótico combinando la obtención de goces sustitutivos y la ejecución de autocastigos, infligidos en forma de síntomas. La futilidad de esa tentativa se debe al hecho de que los deseos regresivos, la culpa y el resultante impulso autopunitivo son, todos, inconscientes. Solamente sus disfrazadas representaciones son conscientes.

8) *Conflicto secundario y empobrecimiento del yo.*

Cuanto más se prolonga la neurosis, tanto más se desarrolla plenamente un círculo vicioso. Los síntomas absorben las energías del paciente y lo hacen menos capaz de enfrentar la vida realísticamente. Esto es llamado el conflicto secundario, el cual provoca una nueva regresión, con nueva formación de síntomas que, a su vez, absorben más energía.

No es necesario ser muy perspicaz para ver que entre la definición dada por Alexander a la neurosis (en la que se aprecian inclusive fuertes influencias adlerianas) y el esquema patológico que presenta dos páginas después en la misma obra, existe una

¹ F. ALEXANBEH. *Fundamentals of psychoanalysis*. Norton, 1948, pág. 208.

notable contradicción, pues en éste admite, como causa importante, la revivificación de antiguos conflictos por la regresión a esquemas o pautas reaccionales superados. *Si* la definición destaca al yo, el esquema rinde tributo al ello en la producción neurótica. Y para colmo de dificultades, Alexander no se muestra explícito al hablar de la regresión (cuáles son los factores que la provocan en ciertos casos y en otros no, en un mismo individuo). No nos extrañemos de ello, pues para ser conciliador o ecléctico hay que pagar, a veces, un precio alto en sentido lógico. El lector extrañará, tal vez, que Alexander no coloque en el precedente esquema la llamada "ganancia secundaria", o sea, el provecho que el neurótico consigue extraer de su neurosis, pero es que él se muestra bastante cauto en este aspecto y lo considera más un objetivo perseguido por los "falsos" neuróticos que un motivo digno de ser citado en la patogenia de las neurosis verdaderas o auténticas.

EL NEOANÁLISIS DE LA ESCUELA DE WASHINGTON:
 LA OBRA DE ERICH FROMM.
 LA POSICIÓN DOCTRINAL DE H. STACK SULLIVAN.
 LA CONTRIBUCIÓN DE ERICKSON.
 OBRA Y DOCTRINA DE KAREN HORNEY.

•*El neoanálisis de la escuela de Washington.*

A medida que fue progresando la introducción de las ideas psicoanalíticas en los círculos psiquiátricos se fue notando en sus cultores un interés mayor por la influencia que los factores económicosociales ejercen sobre la formación de la personalidad humana, tanto normal como patológica. Fue principalmente el psiquiatra Harry Stark Sullivan quien impulsó —con la creación de la New School for Social Research, en Nueva York, y del Washington Institute of Psychiatry— una dirección neoanalítica en la que tales factores ocupan el lugar destacado que realmente merecen. Basta mencionar la definición que dio de la psicología como ciencia que estudia los fenómenos que determinan las relaciones interpersonales, siendo la psiquiatría, la ciencia que estudia las perturbaciones resultantes de la dificultad o fricción en estas relaciones. La amistad de Sullivan con Fromm —que tenía una sólida preparación sociológica y filosófica— fue de las más productivas, pero, por otra parte, Sullivan fue muy influenciado por las ideas de Kurt Lewin (el creador de la psicología vectorial o topológica) y Fromm lo fue por las ideas de Margarita Mead, que tanto contribuyó a la creación de la llamada psicología transcultural. Con A. Kardiner se cierra así el círculo de las posiciones que sirvieron de base para la obra de la escuela de psicoanálisis de Washington.

Veamos ahora, con un poco de calma, las contribuciones principales de Fromm y Sullivan, teniendo en cuenta que ambos autores han ejercido una considerable influencia en la formación actitudinal de las jóvenes generaciones de especialistas latinoamericanos.

La obra de Erich Fromm.

Este autor, actualmente radicado en México sin que por ello deje de trabajar temporalmente en los Estados Unidos, publicó su primer libro (*El miedo a la libertad*) en 1939, cuando el nazi-

fascismo estaba en su auge. En él explica que los éxitos iniciales de esta doctrina política eran debidos no tanto a la intimidación que ejercía por su violencia como a otro tipo de miedo íntimo que tenían sus adeptos: el miedo a ser libres, por la responsabilidad que esta situación de libertad entraña. Según Fromm, esta situación reproduce la inicial que fue vivida en la infancia, en la que nos deseamos libertar de la coacción paterna, pero al mismo tiempo tememos enfrentar solos las dificultades de la vida. De este modo, el adulto clama por ser libre, pero cuando siente que lo es no sabe qué hacer y prefiere volver a ser dirigido. La actitud profunda del hombre ante la libertad es, pues, ambivalente: la desea y la teme. En su segundo libro (*El hombre para sí mismo*) amplía tales conceptos y afirma que cuando el ser humano consigue no ser dependiente o prisionero de los demás, se torna prisionero de sí mismo, o sea, se hace in-dependiente. Entonces lucha, duda y sufre porque no puede conciliar su *seguridad* y su *tranquilidad* (los ingleses afirman: *you can't eat the cake and have it*: no se puede comer el pastel y tenerlo). La mayor parte de nosotros conseguimos equilibrarnos saltando unas veces hacia la orilla de la satisfacción y otras hacia la de la seguridad, pero a veces este salto no es realizado con éxito y entonces estalla la neurosis o la psicosis.

Los dos libros siguientes (*El lenguaje olvidado* y *Ética y psicoanálisis*) marcan todavía más su alejamiento de la teoría instintivista freudiana y su progresiva creencia de que lejos de ser la familia una *causa* en el comportamiento ulterior de su descendencia, es más bien un *efecto* de las presiones y pautas de vida ambientales, de suerte que padres e hijos sufren o gozan al unísono los inconvenientes o las ventajas de la organización económico-social en la que transcurren y se realizan sus vidas. Ejemplifica ese concepto estudiando de qué manera se modifica la vida del grupo familiar y de sus componentes por el simple hecho de un trasplante del ambiente rural al urbano, del agrícola al industrial, etc., aun sin salir de los límites del país —y por ende de la constelación de factores culturales, políticos e históricos— que enmarcan sus presiones ambientales.

Responsabilizando más los factores colectivos que los propiamente familiares en la determinación de las actitudes profundas de reacción, Fromm se coloca decididamente al lado de Adler y Karen Horney y diverge de Freud, quien atribuía un carácter uniforme y genérico a la acción de las causas sociales (el pecado original, el parricidio primitivo, etc.) sin diferenciarlas de acuerdo con la estructura económica de los diversos grupos de "presión" en que éstas se manifiestan. Con la publicación de su siguiente

libro: *The sane society* (traducido al castellano con el título de: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*) Fromm reafirma aún más esa posición que podría parecer marxista pero que en realidad solamente utiliza los argumentos críticos de Marx, repudiando, no obstante, sus soluciones.

Al mismo tiempo, Fromm se fue interesando por el estudio, que podríamos denominar tipológico, de las actitudes o estilos vitales con las que el individuo en formación enfrenta las exigencias de su ambiente, y fruto de ese interés fue la delimitación de cinco modelos o pautas actitudinales, que pronto pasaremos a describir. Antes conviene, no obstante, señalar la coincidencia que —a pesar de su alejamiento doctrinal— ofrecen las ideas de Fromm con algunos de los trabajos de Piaget. Este autor, en efecto, señala que la evolución de la personalidad humana se marca por el paso de la fase llamada de moral *heterónoma* a la fase de moral *autónoma*. En la primera, que domina toda la primera infancia, el niño acepta la regla o la pauta de conducta que le es impuesta por el adulto, pero lo hace en forma rígida e inflexible, es decir, de acuerdo con la ley del todo o nada. La mente infantil no concibe, en ese estadio, ni matices ni excepciones. Su actitud es meramente dilemática, pero a medida que observa y critica al adulto, se da cuenta de que éste infringe muy frecuentemente los principios que predica y así se inicia en el niño el paso a otro nivel o principio moral que Piaget llama de moral *autónoma*, en el que el individuo enjuicia las situaciones con su propio criterio personal y toma una postura ante ellas con independencia de lo que los demás exigen o piensan. Pues bien: Fromm también diferencia dos fases —ontogénica y filogénicamente hablando— en la evolución moral: la llamada de moral *autoritaria* y la llamada de moral *humanista*. En la primera, la ley moral es dictada autocráticamente e impuesta por la fuerza; en la segunda es sentida democráticamente e impulsada por la razón. Lo curioso del caso es que no existe mayor correspondencia entre esa doble concepción evolutiva de la actitud moral y la clasificación de las actitudes vitales que ulteriormente hizo el mismo Fromm. Efectivamente, es fácil identificar que el tipo receptivo acepta la moral autoritaria, puesto que su fórmula vital es la de: "soy como quieres que sea" (*I am as iyou like me to he*) y también se comprende que el tipo que él llama productivo adopte la moral humanista. Pero, ¿por qué no aceptó y describió Fromm la moral del tipo explotador y agresivo, que está dictada por una actitud sádica, de dominio absoluto del ambiente? La única explicación sería la de que la incluyó en el primer modelo, de moral autoritaria, considerándola como la otra extremidad polar del mismo eje. Por otra parte, Fromm cree factible la coexistencia —alter-

veces, la limpieza excesiva. Como telón de fondo existen la sospecha y el miedo.

La orientación mercantil. Quienes la siguen se consideran un valor en el mercado y compran o venden sus dotes personales, ofreciéndolas o guardándolas, como si fuesen mercancías. El pensamiento se orienta con criterio puramente pragmático o utilitario y la pregunta inmediata ante cualquier situación es: ¿cómo obtendré más provecho con menos esfuerzo?

La orientación creadora. Fromm afirma que ésta es la única variante realmente productiva del carácter personal. Entiende con este adjetivo (productividad) la habilidad de utilizar las propias energías para realizar las potencialidades implícitas en el ser humano. Éstas tienen una radical originalidad individual y no necesitan ser extraordinarias para merecer ser desarrolladas. Nadie tiene la obligación de ser un creador (artista o científico) famoso, pero quien posee este tipo de carácter productivo realizará, sin duda, valores positivos e inclusive será capaz de transformar favorablemente los sectores improductivos de su personalidad (por ejemplo, la terquedad se reducirá a mera firmeza o tesón y la avidez explotadora se convertirá en simple espíritu de iniciativa).

En el fondo, como vemos, la tipología caracterológica de Fromm es harto pesimista pues, desde luego, solamente una de sus cinco orientaciones personales resulta —como él mismo señala— aceptable, de suerte que la mayor parte del género humano estaría integrada por individuos mal formados. Este pesimismo, por otra parte, aflora en varios capítulos de su libro: *Man for himself*, en los que esboza un cuadro que sumariamente puede condensarse así: el hombre, con su razón, se ha creado más problemas de los que ha sido capaz de resolver. Su miedo a morir, a fracasar, a enfermar, a perder, le hace temer su libertad y su responsabilidad, inclinándole al aislamiento y la inacción, pero esto, a su vez, representa ya un anticipo de la muerte, de modo que para huir de ella se ve obligado a "hacer algo" (a pesar de su miedo). De ahí deriva su angustia, su descontento, su perplejidad y su malestar. Como remedio hay que procurar la formación de un sistema de "orientación y devoción".

La posición doctrinal de H. Stack Sullivan.

Diferencia a Sullivan de los autores que acabamos de considerar el hecho de haber poseído una sólida formación psiquiátrica antes de tomar contacto con las orientaciones analíticas. Esto le sirvió para mantenerse siempre en un plano de realismo empírico y no

nada— de una conciencia autocrática y de una conciencia humanística, auténticamente personal, que representa y expresa, por lo tanto, el autojuicio. Esa conciencia humanística se satisface en la medida en que los actos individuales conducen a realizaciones productivas y ejerce su censura cuando el individuo se niega a cumplir su misión o no está a la altura que ella requiere. Entonces, para verse libre de esa censura, tendrá que buscar la aprobación de los demás (o sea, la aquiescencia de la conciencia autoritaria). Las interrelaciones entre esas dos formas de conciencia explican, según Fromm, la compleja diversidad y las contradicciones que ofrece la conducta moral.

Respecto de la estructura del carácter, este autor desarrolla algunas ideas originales, que le llevan a una nueva tipología. Define el carácter como "la forma relativamente permanente en que la energía humana se canaliza en el proceso de asimilación y socialización". Atribuye —como Karen Horney— a la atmósfera reinante en la constelación familiar (y no a las particularidades del desarrollo libidinal) la cristalización de las cinco orientaciones básicas que le sirven para diferenciar sus tipos caracteriales, y que son las siguientes:

La orientación receptiva. Constituye el "carácter receptivo", que todo lo espera de la ayuda de los demás. Acata sumisamente cualquier autoridad, desea estar bien y ser amado por todo el mundo, pues así recibirá su ayuda. Esta posición pasiva, receptiva, va gada a la inhabilidad para decir "no" y a la constante búsqueda de una "ayuda providencial o mágica". Este tipo de persona tiene la glotonería, con la que trata de combatir su ansiedad y represión; aparentemente es jovial y alegre, pero se deprime con facilidad en cuanto se siente solo e inerme ante cualquier dificultad.

La orientación explotadora. Corresponde al carácter explotador o ladino, que intenta tomar cuanto puede de cualquier persona, usando la astucia. En el dominio del amor raramente se interesa por alguien, a no ser que éste se halle comprometido y pueda, de este modo, ser robado. Poco original en creación de valores es, en cambio, buen estratega para captar los que producen los demás. Tiene generalmente una lengua víperina y pródiga en comentarios sarcásticos; es desconfiado, cínico, envidioso y celoso.

La orientación avara. El sujeto que sigue esta orientación basa su seguridad en ahorrar y conservar cuanto tiene. Cualquier gasto se le presenta como un peligro o amenaza y le angustia; su avaricia le torna miserable inclusive en sentimientos, pues tiene miedo de prodigarse en demasía. Su amor se transforma en deseo de absorción y posesión; los rasgos que acompañan este tipo son el pedantismo, el orden, la puntualidad, la obstinación o terquedad y, a

perderse en elucubraciones teóricas inoperantes, o improbables, o lanzarse a la simple creación de hipótesis por el placer de llenar páginas. Su tendencia es simplificar y, en cierto modo, poseyó un pensamiento semejante al adleriano, si bien sus ideas fueron bastante diferentes, según vamos a ver.

De acuerdo con Adler, Sullivan admite inicialmente que todos nacemos con "*something of the power motive*" (*algo del motivo de poder*, o sea, con un cierto afán de dominio). También admite que: "El completo desarrollo de la personalidad se orienta hacia un ideal de seguridad en vista de su ineficiencia para obtener lo que desea con el mero uso de sus recursos naturales. Debido a las decepciones que acumula en sus primeras fases de la vida extrauterina, procede a elaborar un vasto sistema de acciones, creencias y previsiones que se destinan a protegerle del sentimiento de inseguridad e invalidez (*helplessness* es el término en el original inglés) ante las situaciones que enfrenta"¹. Obviamente, basta sustituir el término "inseguridad" por el de "inferioridad" para estar dentro de la temática adleriana.

Más a partir de ahí, sus ideas se desarrollan de un modo enteramente original: considera que bien pronto se establece en la conciencia infantil una lucha de motivos, o sea una oposición entre el deseo de "seguridad" y el deseo de "placer". Al niño le gustaría poder comer el pastel y tenerlo entero al mismo tiempo (*to eat the cake and have it*), mas se convence de que eso no es posible y que ha de renunciar alternativamente a uno de esos dos deseos. Basándose en seguir una línea equidistante entre sus deseos y sus temores, el niño aprende a orientar su conducta, siempre y cuando aquéllos o éstos no sean excesivamente dominantes, en cuyo caso sucumbirá ante ellos, originándose enseguida el correspondiente malestar (por fracaso de la seguridad o del placer). A medida que avanza el proceso educativo aumenta la presión de los adultos, se acumula la tensión intrapsíquica y el niño se ve obligado a recurrir a nuevos expedientes defensivos y adaptativos. Mas Sullivan, en contraposición con la mayoría de los psicoanalistas, considera que los años decisivos para la estructuración del carácter personal no son los de la primera infancia sino los de la fase preadolescente (de 8 a 12 años).

Efectivamente, para él la formación del yo tiene lugar muy lentamente. En el primer año de la vida puede considerarse que no existe noción de autoidentidad, ni conceptos de tiempo o de espacio sobre los que constituir el marco histórico de la continuidad existencial. A este modo de vivir la experiencia interna lo deno-

¹ H. STACK SOLUVAK, *Conceptions of modern psychiatry*, págs. 6 y 7.

mina "prototáxico" y corresponde bastante exactamente a lo que los psicólogos denominan "sincretismo". Hacia el fin del primer año se aísla la figura de la madre (de tal manera es vaga esa imagen que Sullivan utiliza la expresión *mothering eme* para designarla; tal expresión es intraducible pero un neologismo aproximado sería "la que madrea"). Influenciado, sin duda, por los trabajos de Melanie Klein, admite que esa imagen —ya extrayectada y por lo tanto percibida como exterior— se desdobra en dos, según sean los efectos inmediatos de su presencia sobre la afectividad del pequeñuelo: cuando son placenteros será percibida como siendo "buena" (madre) y cuando son frustradores lo será como "mala" (madre).

Más tarde surge el modo de vivenciar "paratáxico", en el que las diversas experiencias situacionales son fragmentadas y simplemente yuxtapuestas, mas no llegan a ser concatenadas lógicamente (pues todavía no existe el principio de contradicción). En esta fase (de extensión variable, pero que ordinariamente dura por lo menos hasta los 4 ó 5 años) puede surgir un dispositivo de adaptación defensiva que Sullivan ha descrito con gran énfasis y al que denomina *distorsión parataxica*.

Con ese término este autor designa el doble concepto de transferencia y contratransferencia ampliado en el sentido de incluir toda actitud y trato de una realidad en forma distorsionada, por trasplantar a ella —asociativamente— efectos producidos por experiencias anteriores. Según él, ese proceso se exagera notablemente en las personalidades neuróticas o psicopáticas. En castellano es muy popular la expresión "torcer la realidad" y a esto equivale a fin de cuentas el proceso que estamos definiendo con palabras más pomposas y esotéricas. Evidentemente la distorsión parataxica se verá facilitada por la persistencia del pensamiento mágico, y por ello cuando éste es sustituido por el pensamiento lógico, su acción pierde importancia. Surgen entonces otras dos defensas a las que Sullivan ha dado el nombre de "inatención selectiva" (no hay peor sordo que el que no quiere oír ni peor ciego que quien no desea ver) y "disociación" (que en el fondo es una mezcla de extrayección y proyección).

En forma más eficiente actúa otro dispositivo adaptativo, también descrito por Sullivan, al que denomina "validación consensua!", y que consiste en comparar y cotejar los propios pensamientos y sentimientos con los de los demás. Este dispositivo es, en cierto modo, corrector de los efectos de la distorsión parataxica, pues evita una excesiva distancia entre el pensamiento individual (autista) y el socializado (o normal). Gracias a la validación consensual

—que aumentará en la medida en que lo haga la necesidad de aprobación exterior— el niño empieza a incorporar a su caudal de expresiones (verbales y pantomímicas), un creciente número de gestos, modismos y frases que imita o copia de los adultos y que éstos reciben con satisfacción, asegurando de esta suerte su interrelación con ellos.

Finalmente, surge en el desarrollo psíquico la tercera fase formativa en la que domina el modo sintáxico (o mejor, sintáctico) por superación de los anteriores (protáxico y parotáxico). Mientras en la fase anterior el yo tenía todavía una consistencia muy blanda (pues se integraba sobre la base del autodinamismo triple: un yo que era bueno y prestigiado, otro que era malo y censurado y un no-yo (*not-mé*) que era, como Cristo lo fue por San Pedro, negado para exculpación), ahora comienza a dar muestras de unidad e independencia y, al mismo tiempo, por una comprensible compensación, se tornará menos egoísta y más "alterista" (o sea, será capaz de amar un *álder-ego* tanto o más que a sí mismo).

En el terreno psicoterápico, Sullivan se caracterizó por no desdenar la asociación de todos los recursos fisioterápicos (posición coincidente con el eclecticismo de A. Meyer), por organizar magníficamente el cuerpo auxiliar de enfermeros y enfermeras (pues comprendió perfectamente que el psicoterapeuta no puede actuar sin un equipo de colaboradores y subalternos) y, finalmente, por imprimir un acento más activo y paternal a la actuación psicoterápica, o sea, para hacerla un poco más *dirigida* en beneficio del propio paciente (que así se extravía *menos* y pierde menos el tiempo en divagaciones improductivas) si bien, es claro, no por eso dejaba de dar a sus enfermos la impresión de un máximo respeto a sus personas y voluntades.

La contribución de Erikson.

Es mucho menos difundida y comentada que la de los anteriores y siguientes autores mencionados en este capítulo. No obstante, la incluimos por representar una tentativa de síntesis entre las máximas divergencias de freudianos, disidentes y neoanalistas, tal como ha puesto bien de manifiesto Blum, en su libro¹. Veamos, pues, sumariamente, sus puntos fundamentales:

En relación con las "zonas" evolutivas de la libido, admite tres: a) la que llama "oral-sensorial" (aberturas faciales y órganos diges-

¹ G. S. BLUM. *Psychoanalytic theories of personality*, Me Graw Hill, 1953, Nueva York.

tivos superiores); *b*) la "anal" (los órganos excrementicios), y *c*) la "genital". En relación con los "modos" de usarlas, describe 4: el incorporativo, el retentivo, el eliminativo y el obstrutivo. Este último es característico de la zona fálica y sirve de puente para transformar los impulsos destructivos en competitivos.

En cuanto a la formación del yo (autoidentificación) opina con Sullivan que es lenta (se intensifica en la preadolescencia) y tiene lugar por integración (y no por selección o acumulación) de experiencias previas. La considera asimismo vinculada a una mejor comprensión de los *alter-egos* y ve en sus fallas la principal razón explicativa de los desequilibrios neuróticos, en lo que coincide con F. Alexander.

Obra y doctrina de Karen Horney.

Entre todos los llamados neoanalistas ha sido Karen Horney quien más ha sabido dar una sistematización a sus ideas y quien ha alcanzado mayor popularidad, principalmente por la difusión de su libro acerca del "Autoanálisis". No obstante, la verdad es que pocos de sus conceptos son auténticamente originales. En el fondo trató de establecer un puente entre Freud y Adler, pero dependiendo más de este último que del primero. En el mismo año de la muerte de Alfred Adler (1937) apareció el primer libro de esta autora, bajo el título de *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. En esa obra adopta el concepto adleriano (y sobre todo de Dreikurs) según el cual el íntimo sentimiento de inferioridad e invalidez produce una ansiedad básica en el neonato, ansiedad y miedo que se mantienen a lo largo de toda la infancia, adoptando, no obstante, diversas formas de manifestarse. Según esta autora, podemos tener 4 categorías de miedo: *a*) miedo de nosotros mismos (de hacernos daño, de equivocarnos, etc.); *b*) miedo de hacer algo que no debemos hacer a los demás (agresión, etc.); *c*) miedo de que los demás nos hagan algo que no deberían hacer; *d*) miedo a acontecimientos impersonales (tempestades, terremotos, etc.). Por otra parte, el tercer tipo de miedo (*c*) puede tomar la variante de extenderse y centrarse sobre personas u objetos que estimamos profundamente (miedo a que nuestros seres queridos puedan sufrir o morir, etc.). De acuerdo con la autora, el primer modo en que el miedo se manifiesta en la infancia es en forma de ansiedad pura, o sea, sin objeto determinado. El niño siente miedo de todo en general y de nada en particular; en cierto modo siente el miedo derivado de *saber que existe*, pero pronto irá concentrando sus miedos en situaciones y objetos específicos, hasta poder ser en-

cuadrados en las 4 categorías precedentes. A cada una de éstas corresponde una defensa: la búsqueda de afección y cariño sirve fundamentalmente para asegurarse la protección contra los miedos proyectados desde fuera y da lugar al tipo de personalidad que quiere siempre vivir aferrada a las faldas de alguien. Ese tipo, cuando llegue a la edad adulta, se mostrará sumamente amable y aparentemente generoso, para *merecer* nuestra protección (da para recibir, si es posible con lucro).

La segunda defensa es la sumisión o dependencia; en este caso el niño renuncia a ser quien es y adopta la forma de conducta que le es sugerida por quien momentáneamente domina —a su juicio— el ambiente. La tercera defensa se dirige a la adquisición de un poder o dominio, capaz —como la varilla mágica o la lámpara de Aladino— de subyugar toda resistencia o dificultad y convertir al sujeto en una especie de omnipotente demiurgo. La cuarta y última consiste en el retraimiento, es decir, en la renuncia a todo contacto con el exterior (la defensa autista). Freud describió en este aspecto, apenas tres mecanismos defensivos, a los que denominó: *nach, gegen y ab* (hacia, contra y fuera) o sea, de fusión, de destrucción y de reyección. Karen Horney comprende que la mera destrucción de un objeto temido no resuelve el miedo, pues siempre puede temerse la reaparición de su análogo o sufrirse un remordimiento. Lo que diferencia en el fondo a Adler de Freud, en este aspecto, es que aquél hizo de la agresividad una fuerza positiva y éste la consideró solamente en su aspecto destructivo o negativo. Por esto, Karen Horney describe la tercera defensa —ambiciosa, captadora del poder— como útil y, además, no la ve como incompatible con las otras tres, lo que sí ocurre con la trilogía actitudinal de Freud.

En su segundo libro, publicado en 1945, la Dra. K. Horney afirma la posibilidad de que el individuo se autoanalice y conozca mejor, aprendiendo a realizar regularmente una autocrítica, capaz de establecer el saldo de sus cualidades y sus defectos en relación con las situaciones vitales que enfrenta. Tomando como base la exposición de un caso (Clara), K. Horney formula una serie de consejos prácticos, pero a nuestro juicio insuficientes, para realizar el autoanálisis. Decimos insuficientes porque es sumamente difícil evitar la parcialidad, cuando el sujeto se transforma en objeto e intenta disociarse en juez y reo, médico y paciente, profesor y alumno. Consideramos tan difícil llegar a una visión objetiva de sí mismo y liberarse por ella de los propios defectos, como sería levantarse en el aire haciendo fuerza con los propios brazos debajo de las axilas.

K. Horney tuvo éxito como neoanalista, fundó una escuela propia y formó casi cien especialistas hasta su muerte (en 1952), escribiendo además otros tres libros (*Nuestros conflictos interiores*, *Nuevos rumbos del psicoanálisis* y *Neurosis y desarrollo humano*), que poco añadieron de valor a lo que ya escribió en el primero.

La teoría "reacto-objetar de la personalidad, según W. R. Fairbairn

El Dr. Ronald Fairbairn, psicoanalista y médico escocés, discípulo de Melanie Klein, ha revolucionado el ambiente psicoanalítico, recientemente, con una nueva teoría de la personalidad, basada en el desarrollo de las *relaciones objétales*, o sea relaciones entre el sujeto y los diversos objetos que le rodean. Con ella pretende sustituir enteramente la "teoría de la libido" freudiana, pues ésta se basa en una relación de personas, en tanto aquélla es una relación de persona a objetos que, secundariamente, serán incorporados ("internalizados" es el adjetivo que usa Fairbairn) y determinarán toda la dinámica de la personalidad.

Fairbairn parte de la afirmación de que la *actitud psíquica básica* del individuo es la actitud *esquizoide*. ¿Qué entiende por tal?: aquella en la que se siente que el amor es malo, porque destruye sus objetos libidinales (sigamos exactamente al autor, en la página 25 de su libro (V. bibliografía): "*the position in which the individual feels that his love is bad because it appears destructive to his libidinal objects. . . may be appropriately described as the schizoid position*"). ¿Cuál sería el origen de esa creencia?: el hecho de que el peqiñuelo vacía e inutiliza el seno materno (o el biberón) con tanta mayor rapidez cuanto más ansiosamente chupa en él para absorber su leche (!). A continuación (págs. 162 y 163, *ibíd*) sintetiza sus puntos de vista originales haciendo las siguientes afirmaciones:

1. La libido es esencialmente una fuerza dirigida hacia objetos (*object-seeking*).
2. Las zonas erógenas no son las determinantes primarias de la orientación libidinal, sino puras vías que permiten canalizar la actividad buscadora de objetos, que inicialmente inquieta al individuo.
3. Cualquier teoría del desarrollo del yo, para ser satisfactoria, tiene que ser concebida bajo la forma de relaciones con objetos, principalmente de objetos incorporados o interiorizados durante

las primeras fases vitales, bajo la presión de la carencia o la frustración.

4. Lo que Abraham denomina "fases del desarrollo libidinal", con excepción de la primera, o sea la fase oral, son en realidad *técnicas* empleadas por el yo para regularizar sus relaciones con objetos, en particular con los que ha interiorizado o incorporado,

5. Las condiciones psicopatológicas que Abraham adscribe a la fijación libidinal en sus diversas fases, con excepción de la esquizofrenia y la depresión, son en realidad condiciones asociadas al empleo de *técnicas específicas*.

Como resultado de las precedentes premisas, he aquí cómo puede concebirse el proceso de formación del yo ("yoización"), dividiéndolo en tres períodos:

1. Este proceso se caracteriza por el abandono del primitivo estado de dependencia infantil —basado en una ingenua identificación con el objeto— en favor de un estado adulto o maduro, en el que existe una diferenciación entre el sujeto y el objeto.

2. De esta manera, he aquí los tres estadios del desarrollo del ego:

- a) El estado de dependencia infantil (correspondiente a las fases orales de Abraham),
- b) El estado de transición, y
- c) El estado adulto o maduro (correspondiente a la fase genital de Abraham).

3. La esquizofrenia y la depresión son etiológicamente referibles a perturbaciones en el desarrollo durante la primera fase (de dependencia infantil). La esquizofrenia se relacionará con dificultades provenientes de las relaciones objétales afectuosas (de succión) y la depresión estaría vinculada a dificultades en las relaciones objétales agresivas (de mordedura).

4. Los síntomas obsesivos, paranoides, histéricos y fóbicos derivan su significación etiológica del hecho de reflejar los resultados de cuatro técnicas que el yo utiliza para superar las dificultades de sus relaciones objétales durante el estado de *transición*, sobre la base de situaciones endopsíquicas que han derivado de la interiorización de objetos con los que había establecido relaciones durante la fase de dependencia infantil.

5. Esas cuatro técnicas operantes en la fase de transición funcionan como defensas contra la emergencia de tendencias depre-

sivas y esquizoides, que se originaron en el primer período formativo del yo.

6. Mientras la emoción característica de los estados depresivos es, obviamente, la tristeza depresiva, la propia de los estados esquizoides es una impresión de futilidad ("a *sense of futility*", en el original).

Ampliando un poco *los* puntos 4 y 5, he aquí cómo Fairbairn explica los cuatro tipos de defensas transitorias (y patológicas) del yo:

Los síntomas y el estado *fóbico*, con su característica ansiedad, serían debidos a un conflicto entre la creciente urgencia de la separación del objeto (el llamado *sevrage* o destete) y la tendencia persistente y regresiva a la identificación con él. En los síntomas *obsesivos* se da también la ansiedad por la lucha entre las tendencias a la expulsión y a la retención del objeto (ya interiorizado o incorporado). Así pues, en el estado fóbico el conflicto se desarrolla entre la huida y el retorno al objeto (lo que representa hasta cierto punto una actitud *pasiva*), mientras que en el estado obsesivo la pugna está entre la expulsión y la retención de su imagen "internalizada" (lo que corresponde más bien a una actitud *activa*).

En los estados *históricos*, Fairbairn ve una aceptación del objeto exteriorizado y una reyección del objeto interiorizado o, también, una exteriorización del objeto aceptado y una internalización del rechazado. En todo caso, el individuo histérico tiende a sobreevaluar los objetos del mundo exterior, mientras que el paranoico los transforma en sus perseguidores. La interpretación de este estado *paranoico*, según Fairbairn, es la inversa del estado histérico, o sea: lo considera como debido a la reyección del objeto exteriorizado (en su lenguaje dice: "externalizado") y la aceptación del incorporado o, recíprocamente, a una exteriorización del rechazado y una incorporación del aceptado. Para mayor claridad, he aquí el cuadro en que este autor resume toda esa interpretación (l. c. página 46):

<i>Técnica</i>	<i>Objeto aceptado</i>	<i>Objeto rechazado</i>
Obsesiva	Interiorizado	Interiorizado
Paranoide	Internalizado	Externalizado
Histórica	Externalizado	Internalizado
Fóbica	Externalizado	Externalizado

Fairbairn resume así las características del período de transición entre la fase infantil y la de madurez: durante ese período se van

sustituyendo paulatinamente las relaciones basadas en la identificación por otras basadas en el reconocimiento de la diferenciación con el objeto. Este proceso de desprendimiento (el clásico *sevrage*) es a la vez deseado y temido, y de acuerdo a cómo se procese el sujeto puede recurrir a una o a varias de las técnicas precedentemente expuestas.

Acerca de este particular Fairbairn escribe (Ibíd., pág. 46): "cuál de esas técnicas, o con qué intensidad, será usada, depende, en gran medida, del tipo de relaciones objétales establecido en la etapa precedente del desarrollo (o sea, del estadio de dependencia infantil) y especialmente del grado de incorporación (o internalización) de los objetos y del tipo de sus relaciones con el yo en formación".

En suma: para este autor, la suerte o destino individual (o sea que el sujeto llegue a ser "normal" o se torne delincuente, neurótico o psicótico) depende fundamentalmente de estos tres factores: *a*) el grado de penetración o instalación de los objetos "malos" en el inconsciente y su grado de maldad; *h*) el grado con que el yo se identifica con esos objetos malos internalizados; *c*) la naturaleza y la fuerza de las defensas que protegen al yo contra tales objetos.

(De esa concepción se deriva la consecuencia de que la principal misión del psicoterapeuta —según Fairbairn— consiste en *desinsertar los objetos malos, que se encuentran incrustados en el inconsciente* (inclusive si para ello tiene que enfrentar una severa neurosis transferencial!).

El llamado "pacto satánico".

Si Künkel nos hablaba de un "círculo diabólico" en las neurosis, este otro autor nos habla de un "pacto satánico". Partiendo de una base opuesta a la de Freud (puesto que éste considera al superyó como constituido por objetos internalizados "buenos", y Fairbairn opina que, inversamente, son los objetos internalizados "malos", los que provocan toda la psicopatología) pasa a comentar un trabajo del maestro (*Una neurosis de posesión demoníaca en el siglo xvii*) en el que se analiza el pacto satánico realizado por Cristoph Haitzmann para librarse de su melancolía (consecutiva a la muerte de su padre). Y arguye: Cristoph vendió su alma no para obtener placeres, sino para liberarse del "mal padre" internalizado en su inconsciente y que, al fallecer realmente su padre (consciente), le martirizaba a sus anchas.

Si citamos esta interpretación es para ver hasta qué punto resulta

fácil al autor la irreverencia de invertir totalmente la tesis de Freud sobre el superyó. No es extraño, pues, que a partir de ahí se lance inclusive a explicar con su teoría la estructura de las naciones, el significado sociológico del comunismo, el dinamismo oculto (?) de las neurosis de guerra, etc.

Rosen y su "análisis directo".

Vamos a terminar la exposición de las principales ideas y criterios psicoanalíticos con una referencia a la obra del más espectacular y estridente de los seguidores de Freud, el Dr. John N. Rosen. A él pertenece sin duda el mérito de haber demostrado que es posible obtener la modificación o la transitoria desaparición de un cuadro psicótico si conseguimos chocarlo y conmocionarlo suficientemente por medios psíquicos, ahorrándonos por lo tanto el uso de la terapia física por choque (sea ella mecánica, química o eléctrica).

Las primeras contribuciones de este dinámico y audaz psicoanalista datan de 1946 y hacen referencia a la cura obtenida en 3 casos de excitación catatónica por medio de lo que su autor denomina un *ataque interpretativo directo de los contenidos psicóticos*, que Rosen equipara a los contenidos oníricos y por tanto considera susceptibles de la misma interpretación dada por Freud a éstos. Su "hipótesis de trabajo" es por él resumida así¹: "En el inconsciente se encuentran los deseos prohibidos, que no pueden ingresar en la conciencia por tabúes y amenazas de castigo. Tales deseos se satisfacen en los sueños, disfrazándose por simbolización, condensación, desplazamiento y distorsión, de modo que sus imágenes parezcan absurdas e inocentes. El soñador, así protegido por su censura que le impide reconocer el contenido latente de su sueño, continúa durmiendo. Se despierta si falla esa censura y se torna inminente el descubrimiento del oculto significado (real) del sueño. Puede recordar entonces algunos detalles de su "pesadilla", pero se ha despertado antes de llegar a percibir su deseo prohibido".

En su contenido manifiesto, ¿qué es la psicosis si no una interminable pesadilla, en la que los deseos se encuentran tan bien disfrazados que el psicótico no se despierta? ¿Por qué, entonces, no despertarlo, desenmascarando el contenido real de su psicosis? Una vez privada de sus disfraces la psicosis, ¿no se despertará el soñador psicótico?"

Para esa tarea, Rosen no vacila en sumergirse en el contenido

¹ *Direct analysis*, pág. 3 y sig.

delirante de sus enfermos, o sea, en aceptar su "realidad psicótica" para, *desde ella*, llevarlos, por grados, a la realidad normal y objetiva. (Algo así ocurre si deseamos salvar a una persona que se está ahogando: en vez de lanzarle cuerdas hemos de lanzarnos al agua, juntarnos a él y, *desde el agua*, sacarlo a flote). Según su experiencia, afirma que es preciso dar a los esquizofrénicos una interpretación de sus síntomas en términos psicoanalíticos correspondientes al período oral del desarrollo libidinal (y por ende, al primer año de vida).

Una vez dadas sus primeras interpretaciones —que chocan y conmocionan al psicótico por su extrañeza— procede, según los casos, a usar diversos métodos para "despertarlos" a la realidad (*reductio ad absurdum*, descarga emocional o revivificación y dramatización de experiencias infantiles traumáticas, dominio de la agresividad, etc.), e inmediatamente alterna el cariño con la severidad, comportándose en todo caso como un ser omnipotente y omnisciente ante el enfermo. Para dar una idea de los extremos a los que llega Rosen, diremos que en un caso luchó a brazo partido con su paciente, lo echó al suelo y le dijo: "Puedo matarte, puedo castrarte, puedo comerte, puedo hacer contigo lo que se me antoje. Pero no voy a hacerlo". (Si el paciente se curó por susto de ver otro que parecía más desequilibrado que él o si se mejoró por haber encontrado solución a sus conflictos, es difícil decidirlo ahora). Pero un hecho resulta incontrovertible: aún declarándose adepto incondicional de Freud, este autor se comporta ante sus pacientes de un modo tan distante del que tenía Freud como lo está un fakir de un jugador de rugby.

En cuanto a cualquier atisbo de sistematización conceptual, es difícil esperarlo de Rosen, pues éste dedica casi íntegramente su tiempo a atender pacientes millonarios en su sanatorio particular, pero ya podemos imaginar hacia dónde se orientaría si se decidiese hacer una exposición doctrinal más completa que la apuntada en su *Direct analysis*, pues para ello nos basta citar una de sus lapidarias

frases: "Un esquizofrénico es *siempre* alguien que ha sido o es asistido por una mujer que sufre una perversión del instinto maternal". No hay, pues, mayor prisa en que Rosen nos brinde una sistemática visión psiquiátrica. Pero sí la habría en poner coto a la explotación comercial que se está haciendo en torno de ese "nuevo método de tratamiento" que autoriza al médico a insultar y a ser insultado, a dar o recibir cariño o, inclusive, a entrar en lucha corporal con su esquizofrénico cliente, sin otra norma ni medida que la que su "intuición profesional" le aconseje en el momento. Si Rosen puede alegar que con su método ha obtenido éxitos en diversos casos en los que otras técnicas habían fracasado,

sería fácil objetarle que más de un esquizofrénico se ha curado después de haber estado a punto de morir por haberse tirado por la ventana, lo que evidentemente no justifica que tiremos a estos pacientes por ella. Por otra parte, dada la liberalidad de las leyes en cuanto hace referencia a lo que sucede en el interior de los sanatorios psiquiátricos son de temer abusos que se realicen, no ya por algunos psiquiatras partidarios de los "recursos extremos en los casos extremos" sino, inclusive, por el personal subalterno.

El psicoanálisis existencial.

Como es sabido, la filosofía existencial está de moda. Ha dado lugar a numerosas corrientes llamadas "existencialistas" que han invadido —como ocurrió con el freudismo— los diversos campos culturales, y han determinado, inclusive, a veces, intervenciones policiales. Pero no nos interesa aquí ni exponer ni criticar esa filosofía, sino comentar sus aplicaciones ópticas, principalmente debidas a tres autores, uno francés, otro austríaco y otro suizo. El primero, Sartre, fundamentalmente conocido por su obra *L'Être et le néant (El ser y la nada)*, el segundo, Frankl, por su *Logoterapia* y el tercero, Binswanger, por su *Daseinsanalyse*.

La posición de Jean-Paul Sartre.

El propio Sartre diferencia esencialmente su método del psicoanálisis freudiano, al que llama empírico, y le reprocha querer comprender la conducta humana sobre la base de una reducción o fragmentación artificial que la descompone en las ciegas fuerzas instintivas o impulsivas. Considerando al hombre como un ser total e indivisible que constantemente se está haciendo y rehaciendo en función de sus proyectos, Sartre considera que cada individuo es capaz de elegir libremente su destino, elaborar su proyecto vital y, en cierto modo, llegar a fundirse con él, de tal manera que podría afirmarse que cada uno de nosotros *es lo que decide ser*. Tal decisión supone una elección y ha de apoyarse en una síntesis entre el *para-sí* (vivido en plena libertad y aparentemente coincidente con la línea del ello freudiano) y el *en-sí* (que supone estar en paz consigo mismo). Este "en-sí" entraña la necesidad de enfrentar determinados sufrimientos, esfuerzos, renunciaciones y peligros para poder llegar a sentirse libre de la angustia y del remordimiento.

De acuerdo con esta idea central, el fin del psicoanálisis sartreano es estudiar los más diversos tipos de comportamiento (muestr

tras de conducta) para tratar de descubrir a través de ellos cuál es el "proyecto de ser" que los explica y determina. En el fondo, todo individuo humano desearía ser tan omnisciente y omnipotente como Dios, pero ha de resignarse a ser apenas su propio Dios, es decir, ha de encontrar, dentro de sí, los imperativos y los recursos de su vida, que será su propia y exclusiva obra. El neurótico lo es porque intenta realizar un contradictorio proyecto de ser.

En un sustancioso y bien meditado trabajo (*Existencialismo y psiquiatría*), Alberto Seguin critica esta posición de Sartre haciendo notar que es, por un lado, excesivamente teórico-especulativa, y por otro —en sus aportes técnicos— demasiado difusa y que, también, concede un papel demasiado pasivo al sujeto, puesto que es el analista quien ha de descubrir, descifrar y explicar todos sus errores e indicar la vía para superarlos, mediante la libre (?) elección de un acertado proyecto de ser. Lo cierto es que una mayoría de seres humanos sufre crisis neuróticas no tanto por seguir proyectos de existencia contradictorios o irrealizables, como por no conformarse con la necesidad de adaptarlos ante las presiones situacionales y empeñarse en insistir en sus primitivas y más caras ambiciones. En cierto modo, todo neurótico es un testarudo que no aprende con la experiencia y se obstina en seguir reiterando pautas de conducta que no pueden satisfacer sus objetivos. Pero también existen casos en los que, inversamente, la neurosis deriva de una excesiva flojedad del carácter individual, que cede demasiado rápidamente ante las dificultades de la vida y luego se enfada consigo mismo por esa maleabilidad. Del mismo modo pueden invocarse otros motivos determinantes del desequilibrio nervioso humano, pues lo cierto es que si el concepto de salud puede establecerse hoy de un modo unívoco, el de enfermedad es pluriforme y pluripatogenico, tanto en sus aspectos somáticos como psíquicos y de ahí la esterilidad de todo esfuerzo destinado a querer dar interpretaciones que sean válidas para *todas* las neurosis.

La logoterapia de V. Frarild.

Es sabido que V. Frankl ha sucedido a Freud como psicoterapeuta en Viena, pero lejos de seguir sus enseñanzas se ha dedicado en buena parte a criticarlas, desarrollando su propio sistema interpretativo y correctivo de las neurosis. Habiendo pasado por las terribles experiencias de los campos de concentración nazis, en los que perdió varios miembros de su familia y estuvo a punto de morir, este autor considera que el hombre tiene recursos para

encarar la vida y la muerte con serenidad y que tiene el *deber* de emplearlos, no solamente para asegurar su supervivencia, sino también para favorecer la de sus semejantes. En su primer y más dramático libro, *Trotzdem ja zum Leben sagen* (A pesar de todo, decir sí a la vida) desarrolla esa postura fundamental, que destaca la responsabilidad individual ante el destino, derivada de la máxima dignidad y poder espiritual del hombre, adoptando una posición un tanto más cercana del voluntarismo rankiano que del instintivismo freudiano. Frankl señala allí, por ejemplo, el valor de las *actitudes* (o valores de actitud), ante las más angustiantes situaciones, destacando que a veces un silencio digno es más eficiente que una protesta ridícula y que una espera estoica puede ser más productiva que una acción descabellada. Señala que la neurosis y sus síntomas tienen una raíz cuádruple, pues derivan de factores físicos, expresivos (intencionales), activos (en el campo social) y existenciales. Considera que la psicoterapia analítica es insuficiente para penetrar en el "reino del espíritu" y que en éste se necesita de su logoterapia que, a decir verdad, es un conjunto de disquisiciones y afirmaciones eticofilosóficas que mucho se parece a los ya superados "sermones" de los clásicos moralistas. El propio Frankl lo reconoce implícitamente cuando confiesa que en la práctica de su logoterapia no se puede seguir un esquema invariable y que en cada caso se necesita intuir e inventar el modo de conmover al paciente para modificar su actitud existencial.

Consideramos que, a pesar de su endeblez sistemática, la logoterapia de Frankl puede tener cierto éxito en países-germanos, donde todavía quedan residuos del influjo kantiano y la clase burguesa —principal cliente de los psicoterapeutas— es, o aspira a ser, sensible al llamado "imperativo categórico", pero auguramos poco éxito a esta terapéutica en los países en donde domina el empirismo y el *slogan* de "el tiempo es oro". En cuanto a su verdadero valor científico, consideramos que la obra de Frankl constituye un puente que liga a Sartre —esencialmente filósofo— con Binswanger, predominantemente psiquiatra. Este último es, sin duda, el más valioso representante de la modalidad doctrinal que estamos considerando.

ha contribución de L. Binswanger.

Ludwig Binswanger, descendiente de una tradicional familia de médicos y psiquiatras, es hoy en día, octogenario, el psiquiatra de mayor prestigio en el Viejo Mundo. Inicialmente discípulo y colaborador de Jung, Freud y Bleuler, se adscribió pronto a las

ideas de la fenomenología husserliana y de ahí pasó a aceptar la ontología de Heidegger, sin renunciar por ello a los puntos de vista básicos de la llamada psicología dinámica. Paulatinamente ha conseguido elaborar una síntesis de tan divergentes puntos de vista y en su libro acerca de la psiquiatría y el existencialismo (traducido al francés), así como en su monografía acerca de las formas fundamentales y conocimiento existencial (*Grundformen und Erkenntnis menschlichen Daseins*), desarrolla no solamente la base teórica de su antropología existencial sino la orientación técnica para aplicar esos conceptos con finalidad comprensiva y terapéutica en el terreno psiquiátrico. De difícil síntesis son las ideas de este autor, pero pueden resumirse siguiendo la pauta con que Alberto Seguin las expone en su libro acerca del existencialismo y de la psiquiatría (v. bibliografía al final):

Binswanger parte de la base que su análisis existencial (*Daseinsanalyse*) es una doctrina y un método que no sigue las pautas objetivas de las llamadas ciencias naturales sino el enfoque específico de las ciencias antropológicas (o del espíritu: *Geisteswissenschaften*, en oposición a las *Naturwissenschaften*). Evidentemente cabe preguntarse por qué entonces ha conservado el calificativo de "análisis" (que sugiere siempre fragmentación o descomposición en partes) para su obra. La respuesta nos la da él mismo al afirmar que lo aplica en el sentido de Husserl, es decir de "reducción fenomenológica", en la cual la oposición entre sujeto y objeto es sustituida por la unidad de la existencia en el mundo, asegurada por la trascendencia. De este modo une a Husserl con Heidegger, así como Kierkegaard unió a Hegel con Husserl, sin saberlo. Sin duda, la dialéctica hegeliana está latente todavía en la obra de Binswanger y la sucesión de tesis, antítesis y síntesis se encuentra presente en su concepto de la trascendencia óntica: "*In-der-Welt-Sein*" no significa meramente estar sino Ser-en-el-mundo y el hombre binswangeriano vive creando su mundo, creando en ese mundo y creándose en él, alcanzando así su trascendencia y su total *hominidad*. •

Las enfermedades mentales son, para Binswanger, consecuencias inevitables de cualquier modificación en las relaciones estructurales del Ser-en-el-mundo, que no consiga, transitoria o permanentemente, restablecer la síntesis sujeto-objeto y asegurar así la trascendencia existencial del individuo. Solamente quien posee esa trascendencia es capaz de amar y ser amado, de suerte que el amor es para Binswanger (como fue para Freud la libido), la llave maestra capaz de trazar la línea de demarcación entre el hombre normal y el patológico. Este desea, ambiciona, quiere, posee, desconfía, etc., pero no puede llegar a Ser-más-allá-del-mundo, es

decir, no puede propiamente amar y vive aislado en un mundo que habrá de ser investigado por el psicoanalista a través de los tres tipos de imágenes en que se expresa (mediante el lenguaje) y que son: las imágenes corpóreas, las anímicas y las cósmicas. Binswanger concede especial importancia al estudio de las coordenadas fundamentales de esos mundos privados e individuales del enfermo mental, a saber: el espacio y el tiempo o, si se quiere, la "espacialidad" y la "temporalidad". El "aquí" y el "ahora", el "allí" y el "luego" son términos eminentemente subjetivos (como ya lo demostró hace casi medio siglo Wilhelm Stern) y, no obstante, son los pilares sobre los cuales edificamos todas nuestras decisiones, nuestros proyectos, esperanzas y recelos. Si nos apoyamos en el pasado lo hacemos como los atletas al retroceder, para dar mejor nuestro salto hacia adelante; pero a veces permanecemos contraídos, con la necesidad de saltar y el miedo de hacerlo. Entonces se quiebra nuestra unidad existencial, se distorsionan las coordenadas tempoespaciales en que se basa y discurre, y nos quedamos "fuera" y "atrás", alienándonos y desorbitándonos respecto del compás que marca la pauta de los acontecimientos del grupo humano en que nos hallamos inscriptos. Éste, a su vez, reacciona levantando sus propias fronteras y contribuyendo a aumentar, en un círculo vicioso, nuestro aislamiento, a menos que no surja el feliz encuentro con la voz amiga y comprensiva del psicoterapeuta, capaz de restablecer el puente de unión y restablecer el equilibrio entre el ser-para mí y el ser-para los demás logrando un ser-para-nosotros aceptable. Obviamente, estas últimas ideas no son de Binswanger, sino de Künkel (un adleriano del cual nos hemos ocupado anteriormente) pero, ¡qué bien encajan en la dialéctica existencial binswangeriana! Ellas reafirman de otro modo que, a pesar de todo, los grandes nombres de la moderna psicoterapia analítica coinciden con las consignas de un humanismo cristiano y se inspiran en la clásica máxima de "amaos los unos a los otros". La misión de los filósofos está en justificarla; la de educadores y psicoterapeutas está en hacerla posible ante los casos individuales; la de sociólogos y políticos es la de crear las condiciones de convivencia y organización social que no hagan demasiado difícil esa tarea, en el plano colectivo.

Puntos de convergencia y divergencia.

a) El *ethos* del psicoanálisis freudiano.

Antes de pasar a considerar con algún detalle las coincidencias y las divergencias de los conceptos freudianos, en relación con los imperantes en los campos de la neuroreflexología y la sociología contemporáneas, es conveniente que destaquemos algunos aspectos de sus implicaciones filosóficas y principalmente de sus derivaciones de naturaleza ética en la actitud y la conducta humanas. El *ethos* freudiano es doblemente combatido por los teólogos y por los filósofos marxistas, lo que significa que tiene repercusiones que desagradan a los representantes —diametralmente opuestos— de la filosofía y la religión, a pesar de que el credo psicoanalítico es, en sí mismo, una doctrina que podríamos considerar como de tipo extremadamente revolucionario, de perfiles nítidos, y por lo tanto podría esperarse que fuera, *a priori*, combatida por uno y alabada por otro de aquellos grupos.

La explicación debe buscarse en el hecho de sus íntimas contradicciones: por un lado, Freud se nos presenta como un intransigente "materialista" al basar toda la vida personal humana en la lucha entre dos instintos que no son privativos del hombre, poseen un origen oscuramente ¡hormonal o físico y no obstante dominan todas sus actitudes y actos, hasta los de apariencia más racional y sublime. Por otro, Freud se torna campeón del psiquismo y de su omnímodo poder, al señalar que un sin fin de enfermedades y desvíos que eran considerados como orgánicos o físicos, son de naturaleza psíquica y han de ser interpretados y tratados como tales. Si lo que mueve el mundo no es —como pretende la religión— la lucha entre el Bien y el Mal, entre los poderes divinos y los satánicos, sino el combate entre Eros y Tanatos, entre el amor y la muerte, pero el amor concebido como resultante de ciertos compuestos químicos, es obvio que los teólogos rechacen la doctrina freudiana. Pero si, a su vez, no es el dinero, ni las relaciones económicas, ni el ansia de poseer el Vello de Oro

lo que determina el curso de la historia, se comprende que Marx se irrite en su tumba y sus discípulos acusen a Freud de ser un "representante de la decadente burguesía de fin de siglo".

Aparte, empero, de esas dos fuentes que niegan valor al *ethos* freudiano, ¿qué puede decirse, objetivamente, acerca de él? Sin duda, observando el impacto que la difusión de las doctrinas freudianas ha ejercido en los climas en que más se han entronizado, hemos de confesar que ese *ethos* ha contribuido negativa y no positivamente a la felicidad social, pues si por un lado ha justificado la liberación de los instintos sexuales y agresivos, por otro ha descrito la naturaleza de la propia conciencia moral como *sádico-punitiva* y ha tornado al llamado superego tan censurado como el propio ello (*id*). Freud perturba, por una parte, la fe religiosa al hacerla derivar del parricidio primitivo; por otra, disminuye la fe en la propia autocensura, al hacerla derivar de la introyección de las imágenes de los genitores primitivamente odiados; anula también la fe en el propio yo, al considerarlo como una excrecencia del ello, modelada hasta cierto punto por las presiones externas y las necesidades internas, pero adoptando una actitud de oportunismo, tratando de esquivar a tirios y troyanos; disminuye finalmente la fe en el progreso del hombre ya que considera que "el precio de la civilización es la neurosis" y por ende lo coloca ante el trágico dilema de ser un *homo sapiens* desequilibrado o un *homo natura* atemorizado y bruto.

b) Psicoanálisis y reflexología.

Comencemos mostrando las coincidencias, entre las aparentemente opuestas posiciones doctrinales de Freud y de Pavlov:

1° Ambas concepciones admiten el *determinismo* psíquico: nada sucede al acaso; todo tiene una explicación lógica y está sujeto a leyes, tanto en el mundo físico como en el psíquico.

2° Ambas son *dinámicas* y *evolutivas*. Nada hay estable o inmóvil en el mundo neuropsíquico. Todo está en rítmica actividad y *deviene* algo diferente en función de la experiencia.

3° Ambas son *globalistas* o *irtegracionistas* y rechazan el sistema atomista, según el cual la mente es una serie de compartimientos, cada uno de los cuales se encarga de una determinada función. Freud considera que no hay un límite preciso entre las "instancias" que integran el llamado aparato psíquico. Pavlov también afirma que no es el lugar sino la masa cerebral lo que determina las características de los actos personales. No admiten, pues, ni una ni otra, las llamadas "localizaciones" cerebrales.

49 Desde el punto de vista psicodinámico (motivación y fuerzas reguladoras de la conducta) ambas son dualistas: Freud admite la fuerza propulsora de *Eros* en constante oposición con la fuerza destructora de *Tanatos*. *Eros* impulsa al ser a su constante expansión e inmortalidad. *Tanatos* lo reduce, lo anula y lo devuelve a su primitiva nadedad. *Eros* es sinónimo de instintos *vitales* y *Tanatos* de instintos *mortales*. Pavlov, análogamente, explica todo el funcionalismo personal! y su equivalente fisiológico (sistema nervioso superior o cortical) mediante la oposición constante de dos procesos llamados de *excitación* (que conduce a la actividad) e *inhibición* (que provoca el bloqueo) de las células nerviosas. Es obvia la analogía entre esos dos pares de conceptos (*Eros* = excitación; *Tanatos* = inhibición). Si Freud, por ejemplo, admite que la muerte representa el triunfo final de los instintos de muerte, Pavlov afirma que representa el resultado de una inhibición global e irreversible en la actividad nerviosa. Esta analogía ha sido llevada más lejos por lehslondsky, pues en su libro *Tiefenpsychologie erklart aus Neurophysiologischen Grundlage* (La psicología profunda explicada sobre la base neurofisiológica) afirma que la llamada "censura o barrera consciente" (freudiana) no es más que una zona o halo inhibitorio que se activa transitoriamente, de un modo reflejo o automático, en virtud de su conexión asociativa con una experiencia previa que, de algún modo, ha resultado dolorosa. El proceso de establecimiento de la célebre censura freudiana no obedece sólo al llamado principio de la realidad sino a una *condiciona-lización del mecanismo inhibidor en función de la experiencia individual*.

5« Los conceptos freudianos y pavlovianos referentes al mecanismo productor de las neurosis pueden también ser superpuestos. Así, por ejemplo, la explicación de la neurosis compulsiva, en la que el sujeto sufre dudas y fobias que alternan con compulsiones, es dada aparentemente en forma diversa por las dos escuelas, freudiana y pavloviana, pero se torna coherente y unívoca si establecemos entre ellas las correspondencias pertinentes: el denominado *impulso repetitivo* coincide con el fenómeno de autoinducción: la duda se deriva de la ambivalencia o equipotencia de las cargas y contracargas (excitación e inhibición) en los mismos circuitos neuronales (que se vuelven entonces "reverberantes") originándose un círculo vicioso: la duda deprime y la depresión facilita la duda. Finalmente, el simbolismo de las fobias se explica por la simple conexión asociativa entre el estímulo absoluto del mecanismo fóbigeno y el condicionado —aparentemente inocuo— que lo representa en el plano consciente. Inclusive la agravación inicial del

paciente compulsivo ante *los* tratamientos violentos —que quieren forzarle a salir de su círculo neurótico— se explica por los llamados "fenómenos ultraparadojales", que aparecen en el sistema nervioso fatigado.

Veamos ahora la contrapartida, o sea las divergencias existentes entre las posiciones doctrinales del freudismo y el pavlovismo:

1^º Mientras el freudismo "psicologiza" (perdónese el neologismo) a la patología somática y la hace depender de motivaciones psíquicas, el pavlovismo "fisiologiza" (perdón otra vez) la patología anímica y la hace depender de motivaciones físicas (neuroeléctricas). Freud amplía el área de acción del psicólogo mientras Pavlov la anula.

2^º Freud mantiene la oposición casi irreductible entre las actividades inconscientes, instintivas, primarias, anéticas, del llamado "ello" y las actividades conscientes, racionales, cultas, secundarias y éticas del yo y del superyó. Pavlov niega que exista barrera alguna —desde el punto de vista neurofisiológico— con esos tres sectores del psiquismo. Para Pavlov el funcionamiento cerebral es autorregulado por leyes que se extienden a todos los niveles y hay constantemente una tendencia a la integración y a la síntesis unitaria de la acción nerviosa, de modo que los llamados "analizadores corticales" (en donde podría suponerse localizada la actividad consciente y racional) no son la antítesis de los centros subcorticales o infracorticales sino que sólo representan una perfeccionada ampliación de los mismos, capaz de asegurar una mejor adecuación reaccional!

3^º Como secuela de esta concepción pavloviana, la escuela neurorreflexológica niega al inconsciente la mayoría de las propiedades que Freud le atribuye, y restablece, por lo tanto, el poder y la responsabilidad del yo personal.

4^º La oposición del psicoanálisis y la neurorreflexología se torna más evidente si se consideran sus métodos terapéuticos: en vez de utilizar la simple comunicación verbal, sin rumbo ni límite, entre el médico y el paciente, la neurorreflexología procura el reajuste de este último sometándolo a un proceso de descondicionalización de hábitos mórbidos y de recondicionalización de hábitos sanos. En ese proceso son las leyes de formación y extinción de las conexiones asociativas, y no las leyes de la dinámica freudiana, las que orientan al psicoterapeuta. Éste, por así decirlo, procede ante el hombre enfermo con un criterio enteramente análogo al que sigue cuando actúa ante el perro al que provocó experimentalmente un estado de neurosis o psicosis.

Freud, por el contrario, si hubiese hecho —como alguno de sus

discípulos lo ha intentado— una aplicación de sus conceptos a la psicología animal, lo habría hecho proyectando en ese campo el resultado de su experiencia clínica humana. En este sentido no cabe duda que la posición freudiana ha de merecer menos críticas de los teólogos que la posición pavloviana, a pesar de que ninguna los satisfaga.

c) Psicoanálisis y sociología.

Es bien sabido que, durante años, Freud no se interesó por la psicología social y menos se podría interesar, entonces, por la sociología, pero cuando comenzó a estudiar las sociedades tribales, para buscar los orígenes de algunos símbolos y mecanismos neuróticos, quedó sorprendido y hasta cierto punto fascinado por los problemas de la vida grupal, y empezó a interesarse por ellos, intentando cada vez más llegar a una visión sintética de la psicogénesis y la historia de las actuales sociedades civilizadas. Desde *Tótem y tabú* hasta *La civilización y sus inconvenientes*, fue perfilándose en Freud una idea acerca de la organización social, que le permitió interpretar a su modo no solamente las instituciones básicas (familia, escuela, iglesia, etc.), sino también sus conflictos, tanto en el plano nacional como en el internacional. En su correspondencia con Albert Einstein (posterior a la primera guerra mundial), Freud afirma que las guerras son *inevitables* pues responden a la ineluctabilidad de los instintos tanático-agresivos de la humanidad y son, por ello, totalmente independientes de las formas de gobierno o de las circunstancias históricas y de las ambiciones político-económicas de los países. Ciertamente esta postura es opuesta a la del materialismo histórico marxista, pues éste las considera siempre debidas a la defensa de intereses económicos y aspira, por ende, a suprimirlas con el triunfo de la sociedad socialista o comunista, pues en ella no cabe la rivalidad de tales intereses sino la colaboración. No es éste el lugar de entrar a discutir cuál de esas dos tesis tiene la razón, pero sí hay que confesar que la freudiana es más pesimista que la marxista y en cierto modo exculpa a cualquier dictador o tirano que desencadene un conflicto armado ya que coloca en igual plano de valor moral al agresor y a la víctima, y torna en principio a ambos inocentes, pues sus reacciones obedecen a un mismo juego de fuerzas, que se desarrolla a lo largo del eje sádico-masoquista (matar ó morir). En favor de la tesis freudiana existe el hecho de que *antes* de inventarse el dinero, ya los hombres se peleaban colectivamente, pero los marxistas alegan que lo hacían por la posesión de los bienes

y poderes que el dinero representa, ya que en realidad aquéllos y éste son intercambiables.

Lo cierto es que la sociedad no se encuentra exclusivamente basada en el factor económico como tampoco lo está en el factor sexual, a pesar de que ambos son de extraordinaria importancia. Aún uniéndolos (como quiso Schopenhauer al afirmar que el hambre y el amor mueven el mundo) no podríamos comprender el complejo dinamismo y las peculiaridades de los diversos grupos sociales, ya que en ellos se inscriben otros valores y fuerzas (de tipo biológico-natural, religioso, etcétera) que solamente con un arbitrario criterio pueden incluirse en el par mencionado.

Nos interesa señalar que ha habido tentativas de aproximación y de síntesis entre freudismo y marxismo (R. Bastide, E. Fromm, T. Pirker, entre otros), pero en realidad todas ellas han sido ineficientes e incoloras.

Si dejamos de lado el aspecto teórico-doctrinal y nos limitamos a los *efectos inmediatos* que la difusión de las doctrinas freudianas ha proporcionado en el mundo contemporáneo, habremos de convenir que han contribuido a una liberación de los impulsos sexuales, a pesar de lo cual no han determinado una disminución en el número de neurosis. Suecia, por ejemplo, es un país con casi absoluta libertad sexual y, a pesar de ello, cuenta con un elevado porcentaje de neuróticos e inclusive de suicidas.

BALANCE FINAL.
MÉRITOS f DEMÉRITOS DEL MOVIMIENTO PSICOANALITICO.
LAS CRITICAS DE R. ALLERS Y EYSENCK.
INTEGRACIÓN DEL PSICOANÁLISIS EN LAS
ACTUALES CORRIENTES DEL PENSAMIENTO MÉDICO.

Balance final.

Llegados al fin de nuestra rápida exposición, nos corresponde hacer ahora una ponderación ecuaníme del debe y el haber resultantes del enorme movimiento psicoanalítico, en todas las variantes que hemos presentado, e inclusive otras que no hemos mencionado por su escaso peso en la bibliografía mundial. Sabemos ya que ni los elogios ditirámicos ni las críticas acerbas son, en general, expresión de un juicio ponderado. Sabemos también que es preciso^diferenciar, por un lado, el aporte directo e indirecto que *los* trabajos fundamentales de Freud y de sus más dilectos discípulos han dado al progreso de la psicología, la psiquiatría y la psicoterapia y —por otro— el"beneficio que la utilización de esas ideas con una finalidad profesional —comercial— ha traído para quienes las adquirieron a través de consultas y consejos. Sigmund Freud se diferencia de la doctrina psicoanalítica y ésta queda lejos de las actuaciones de sus adeptos, o sea los psicoanalistas profesionales. Vamos a circunscribirnos en nuestro balance al segundo aspecto de la cuestión, o sea a los méritos y deméritos del movimiento doctrinal psicoanalítico, apoyándonos, para hacerlo, en obras que consideramos escritas con suficiente objetividad, como son las de R. Allers, López Ibor, Torres Norry y Eysenck, o en monografías acerca del tema, tales como las de L. Binswanger, Erich Fromm, Nicolai, Sears y J. Maritain.

Méritos del movimiento psicoanalítico.

Sintetizando podremos afirmar que el principal mérito del freudismo y de sus seguidores ha sido el de contribuir eficazmente a destronar el *racionalismo* o imperio de la razón, que dominaba el campo de la filosofía y la psicología europeas a fines del siglo pasado, sustituyéndolo por un *sensualismo* que dinamizó enormemente la visión de la actividad mental y coincidió con el auge

de las doctrinas vitalistas en el panorama filosófico (Dilthey, Spranger, Bergson), contribuyendo así a liberar un poco a la sociedad victoriana, que era considerada, a la sazón, como patrón de conducta en el Viejo Mundo.

Un segundo mérito del psicoanálisis ha sido el de haber dado un golpe mortal a las doctrinas voluntaristas (de origen kantiano), que hasta cierto punto se completaban con el intelectualismo cartesiano y hacían de la razón y la voluntad las dos *facultades superiores* del alma humana. Al hacer derivar el superego del ello, Freud recordó que sin raíces no hay fruto, y llamó la atención hacia las partes subyacentes del psiquismo, demostrando que son tan dignas de estudio como las emergentes, y que sin comprender aquéllas nada podemos entender de éstas.

Un tercer mérito —y éste ya no es doctrinario sino terapéutico— ha sido el de llevar a los terapeutas a interesarse más por conocer el "quién" que por catalogar y clasificar los "qués", o expresado de otro modo: por investigar las personas en vez de por descubrir y combatir los síntomas que les aquejan. En vez de seguir la vía que el método llamado anatomoclínico —a la sazón imperante en medicina— aconsejaba y que se dirigía del síntoma a la lesión, Freud proclamó la necesidad de remontarse del síntoma al conflicto y a quien lo vive. Sin la influencia freudiana no habría sido posible la actual medicina psicosomática, pero en cambio se debe aceptar que en poco o en nada ha contribuido Freud a la verdadera "antropolización" de las ciencias médicas, pues su relativo desprecio por la medicina social y su constante hurgar hacia el pasado individual y colectivo, lo tornaban constantemente desatento a las mudanzas que se precipitaban en ese sector.

Dejando aparte esos 3 grandes méritos, un agudo comentarista —J. Wortis— enumera así las ventajas del psicoanálisis:

V> Visión de la totalidad individual, opuesta al interés centrado en el órgano enfermo.

2° Interés en el *curso evolutivo* más que en el *status praesens*.

3° Consideración dialéctica de la vida personal (tesis: Eros; antítesis: Tanates).

4° Iluminación de las zonas menos atendidas de la vida mental.

5° Lucha contra los conceptos mágico-religiosos y esotéricos.

6° Nuevo optimismo en el campo psicoterápico.

7° Lucha contra los prejuicios del sexo y de la autoridad familiar.

8° Enfoque sistemático de la motivación de los actos aparentemente absurdos.

9° Revelación de la afectación de la moral familiar y de la hipocresía del adulto frente al niño.

10^o Aporte de nuevos métodos para el examen de la personalidad y sus conflictos.

Deméritos del movimiento psicoanalítico.

Dejemos de lado las críticas violentas, inspiradas por preconceptos de tipo profesional, político, racial o religioso y veamos objetivamente cuáles son las objeciones y críticas que se alzan contra el psicoanálisis, globalmente considerado:

1^o Su creciente desatención por los conceptos *neurofisiológicos* y su casi absoluto desprecio por las definiciones operacionales, que ha llevado a la creación de una enorme cantidad de términos usados en diversas acepciones, de acuerdo con los puntos de vista de cada psicoanalista, toda vez que ni siquiera se ha delimitado unívocamente el significado del término "psicoanálisis"¹.

2^o Su irrefrenable tendencia a interpretaciones finalistas y antropomórficas, que lo ha llevado a edificar una nueva psicología estructural, ya superada por la psicología científicoexperimental de principios de siglo.

3^o Su excesivo énfasis del valor de las tendencias e impulsos sexuales (el llamado "pansexualismo") que lo ha hecho descuidar el importante papel de otros motivos en la determinación de las actitudes y conductas del ser humano.

4^o Su casi exclusivo interés por el estudio evolutivo *retrospectivo* de los analizandos, descuidando el levantamiento sistemático de sus problemas y propósitos del *presente* y, sobre todo, sus deseos y temores *prospectivos*. Invirtiendo los términos de la frase bergsoniana: *L'homme est ce qu'il dévient*, el psicoanalista parece afirmar: *L'homme dévient ce qu'il a été* (a no ser que consulte un psicoanalista, podría agregar). Sin duda esa total falta de atención por el plano virtual del *futuro* ha llevado a los psicoanalistas a no admitir los conceptos de otras escuelas dinámicoevolutivas que, con mayor objetividad, han equilibrado sus estudios en las 3 dimensiones de la temporalidad consciente (ayer-hoy-mañana). El hombre freudiano es, como afirma Binswanger, un *homo naturalis* —incapaz de librarse de las ataduras de su ancestral primitivismo animal, incapaz de transformarse realmente por maduración y superación. Sólo si es culto, consigue trasplantar a planos de ideación y conducta aceptables, la satisfacción de sus más violentas necesidades (mediante la llamada sublimación) enmascarando su goce con diversos pretextos y convencionalismos.

¹ OBEENDOEF, *History of psychoanalysis in America*.

5° Derivado de la anterior concepción (que paradójicamente es *estática* surge el pesimismo respecto de las posibilidades de un real progreso evolutivo. En este aspecto, Freud coincide con Schopenhauer y Nietzsche y merece ser considerado como un auténtico representante del nihilismo burgués, según el cual "todos los tiempos son iguales", o si hay alguna diferencia es en favor de los tiempos pasados.

6° El menosprecio de los factores sociales —de cualquier tipo que ellos sean— ha llevado al psicoanálisis a establecer una exclusiva relación binaria del psicoanalista con su psicoanalizado, reproduciendo así las circunstancias de la primitiva relación humana madre-hijo. El hecho de que el analizado proyecte sus renovados conflictos infantiles sobre la persona del analista y éste asuma los diversos papeles correspondientes a los primitivos miembros del reducido clan familiar, no impide que siga siendo siempre una relación *dual* la que se establece en la llamada "hora analítica", y esto crea una dependencia y una identificación excesiva del cliente hacia el médico analista o, por el contrario, determina una creciente hostilidad y deseo de liberación (contratransferencia) que, obsesionada por el pansexualismo, la doctrina atribuye al *despecho* del analizando por no haber podido satisfacer todas sus "fantasías eróticas" con el analista. No hay duda que el escenario en que se desarrollan las sesiones psicoanalíticas es propicio para la reactivación del deseo sexual, tanto de uno como de otro miembro del par, principalmente si éste es formado por personas de sexo opuesto, mas hasta cierto punto, el psicoanálisis es nitidamente inmoral pues hace todo lo necesario para favorecer esa *transferencia* y luego afirma que ésta puede ser liquidada, cuando ya resulta inútil terapéuticamente hablando. Cabe aquí preguntar: ¿hasta qué punto —dada la propia violencia y superioridad de los impulsos sobre la razón, que proclama Freud— el médico psicoanalista es capaz de repetir la hazaña de un casto José después de haber sido un Adonis? Es cierto que la dosis de narcisismo desarrollada en muchos profesionales los torna hasta cierto punto invulnerables a los peligros de ese "jugar con fuego", pero no hay duda que Paul Schilder tenía razón cuando proclamaba la urgencia de que los psicoanalistas fuesen más sinceros y confesasen *todo* lo que ocurre entre las paredes del gabinete de análisis.

7° Otro inconveniente: el progresivo alejamiento de Freud de los círculos médicos le hizo admitir en su círculo de estudios a profesionales no médicos que dieron origen al llamado "análisis profano" y que actualmente han aumentado en número y agresividad, disputando con los psiquiatras el derecho a tratar no solamente los casos de desajuste funcional de conducta sino, inclusive,

enfermos de graves afecciones orgánicas del neuroeje y cuyo diagnóstico les escapa por carencia de base para hacerlo. Son centenas los psicóticos y los enfermos de neoplasias y afecciones heredodegenerativas cerebrales que han visto su tratamiento retrasado por la inoperante y extemporánea intervención de un psicoanalista "diplomado", pero no médico. El hecho de que algunas sociedades de psicoanálisis luchan contra esta situación no excluye la realidad de su vigencia e inclusive de su agravación con el tiempo, toda vez que ahora se suele dar aparente cobertura legal a tales analistas a través del título de "psicólogos clínicos". En suma, en este aspecto, el psicoanálisis ha conservado los defectos del hipnotismo, del cual emergió.

8? Un importante inconveniente del psicoanálisis en sus aplicaciones terapéuticas es el costo y la duración de sus aplicaciones, no justificado por las objetivas estadísticas de sus éxitos. Siempre que se han comparado los resultados de la terapia analítica con otros sistemas psicoterápicos o farmacoterápicos practicados sobre contingentes equivalentes de pacientes, en servicios o centros que cuentan con una y otra clase de recursos, se ha visto que las diferencias no eran suficientemente significativas como para dar la preferencia a la primera.

La crítica de R. Allers.

Este ponderado filósofo, en su libro *The succesful error* (1941), aún reconociendo los méritos del psicoanálisis, le reprocha como principal defecto el de haber construido una cosmovisión y una interpretación de la vida humana que no solamente divergen sino que son contrarias a las aceptadas respectivamente por la mayoría de los filósofos y biólogos actuales. La teoría y la práctica del psicoanálisis son inseparables, pero la primera no ha sido comprobada experimentalmente y la segunda se basa en métodos y técnicas que no obedecen a ninguno de los requisitos exigibles a la investigación científica, motivo por el cual los resultados son interpretados de acuerdo con la intuición del analista y pueden divergir enormemente de uno a otro investigador.

Esa objeción formal queda comprobada cuando se observan las profundas divergencias y actitudes que separan los continuadores del freudismo en las diversas escuelas por ellos creadas. Gerald Blum (Universidad de Michigan) ha intentado pacientemente establecer analogías y correspondencias conceptuales entre esas "variantes", la mayoría de las cuales ya hemos conocido en los capítulos anteriores, pero su obra no ha servido más que para ver

un loable esfuerzo y un real fracaso, ya que los propios autores comentados han objetado contra tal interrelación. Allers, por lo demás, formuló la misma objeción, que ulteriormente desarrolló Frankl, o sea, que el psicoanálisis no sólo es indiferente sino que prácticamente destruye la ética y deja apenas al hombre la capacidad de escoger entre dos actitudes igualmente censurables y anéticas: ser malo para sí (autoagresión) o ser malo para los demás (heteroagresión), o expresado más crudamente: ser un neurótico o ser un delincuente. De ahí la triste conclusión de que el hombre normal es aquel que consigue deslizarse hábilmente entre esas dos orillas, poniendo apenas un pie en cada una de ellas, sin permanecer con ambos en ninguna.

La crítica de Eysenck.

Más recientes y violentas son las críticas formuladas globalmente contra *fados* los conceptos y métodos psicoanalíticos por el profesor Eysenck, director del servicio de psicología clínica en el Maudsley Hospital (Clínica Psiquiátrica Universitaria) de Londres. En su libro *Sense and nonsense of psychology* (Sentido e insensatez en psicología) dedica un capítulo extenso a demostrar las contradicciones lógicas y la técnica de interpretación *a fortiori* que caracterizan a la mayoría de los trabajos psicoanalíticos. Demuestra que la resistencia de la inmensa mayoría de psicoanalistas a establecer un control estadístico de sus resultados se debe fundamentalmente a su temor de que tal control les descubra la endeblez de sus argumentos y postulados. Cita que cuando investigadores no analistas se han preocupado por intentar una comprobación objetiva y experimental de algunos de los conceptos-llave de la doctrina psicoanalítica freudiana, el famoso complejo de Edipo, por ejemplo, los resultados obtenidos han sido precisamente contrarios a su existencia¹.

Finalmente, Eysenck ataca las llamadas pruebas "proyectivas" basadas en la doctrina psicoanalítica (principalmente el test de Rorschach) y afirma que si ellas son admitidas y usadas por los técnicos de esta doctrina es precisamente porque se prestan a darles la interpretación que a ellos les parezca. En suma, Eysenck afirma que quien se proyecta en esas pruebas no es el examinando sino la imaginación y el esquema conceptual del analista.

¹ Véase, por ejemplo, la monografía de R. R. SEARS: *Survey of objective studies of psychoanalytic concepts*. Bull. 51. Social Science Research Council, Nueva York.

Integración del psicoanálisis en las actuales corrientes del pensamiento médico.

Si adoptamos el liberal criterio de R. Alexander y admitimos que todo sistema psicológico que admita la naturaleza dinámico-evolutiva de los procesos psíquicos, la existencia de actividades psíquicas totalmente inconscientes y la actuación permanente de una actividad de censura o represión que dificulta la comunicación entre esos dos planos de la vida personal, merece el nombre de psicoanalítico, no cabe duda que el *pensamiento médico actual empieza a ser receptivo para el psicoanálisis*.

Ya no se observa la inicial oposición entre los partidarios y adversarios de las ideas freudianas sino más bien el intento de ambos de encontrar un plano de coincidencia y colaboración, aún a costa de renunciar a las posiciones extremas de cada uno. Así, el propio Alexander ha dado el ejemplo, admitiendo en su Instituto Psicoanalítico de Chicago a una serie de especialistas médicos que no eran —ni pretendían ser— analistas. Por otra parte, cada día aumentan los servicios medicoquirúrgicos en los que se adscribe un analista auxiliar, procedente de las diversas escuelas imperantes.

Gracias a ese acercamiento ya no es actualmente perpetuado el absurdo recomendado y practicado por Sigmund Freud de dividir al cliente en dos partes, una— el cuerpo— atendida por un médico y otra —el psiquismo— atendida por el psicoanalista. Es por demás aleccionador que el genial vienes no se diese cuenta —a pesar de su voluminosa correspondencia con su colega Fliess— que tal actitud era incompatible con su propia teoría, ya que resucitaba el dualismo cartesiano y restablecía una infranqueable barrera entre la psicología y la fisiología. Afortunadamente hoy se ha impuesto el criterio unitario (psicosomático y somatopsíquico) de modo que el cliente es tratado en su totalidad individual, sin ser partido en dos.

Sin duda que para esa recomposición e integración mucho han contribuido los progresos de la neuroendocrinología, puesto que el descubrimiento de la importancia de los centros mesencefálicos, del llamado cerebro visceral, rinencéfalo, sistema reticular de Magún, de los mediadores químicos (simpatina, noradrenalina, acetilcolina) de los mecanismos electroquímicos autorreguladores del tono vital, etcétera, ha permitido casi llenar el hiato que en los tiempos freudianos todavía separaba las actividades mentales y somáticas. Por otra parte, también el mejor conocimiento de la importancia que las influencias ambientales (de naturaleza múltiple) ejercen sobre la actividad individual, ha obligado a los analistas actuales a quebrar el criterio de absoluta separación de su

cliente —segregación sería la expresión adecuada de su perimundo— y les ha hecho ver la necesidad de incluir el estudio de estas circunstancias y presiones del ambiente en su programa de actuación. Obviamente Freud, en sus primeros trabajos, ignoró totalmente tales influencias y es de suponer que se habría mostrado intransigentemente contrario a: 1° que el analista extendiese cualquier receta; 2° que tomase en consideración cualquier información respecto de su cliente que no fuese proporcionada por este mismo; 3° que se preocupase por averiguar en qué medio ambiental ese cliente vivía las 23 horas restantes de su día; 4° hasta qué punto las causas somáticas podían influir en sus manifestaciones psíquicas (tanto normales como patológicas). Hoy, una mayoría de analistas —inclusive un apreciable grupo de los llamados freudianos "ortodoxos"— admite esas 4 posibilidades, como admite también la de un tratamiento en grupo y la de realizar un psicoanálisis sin el célebre diván y la no menos famosa sustracción visual del analista (que, como es sabido, estaba situado detrás del analizado).

Hasta tal punto se han aproximado algunos psicoanalistas al pensamiento que podríamos denominar estrictamente organicista, de la psiquiatría clínica, que no es extraño verles usar el electrochoque, cuando su *rapport* con el cliente queda interrumpido o dificultado. Reconocemos, no obstante, que constituyen minoría los que así se comportan y que si bien las distancias entre el movimiento analítico y el movimiento psiquiátrico han disminuido, subsisten todavía. No olvidemos también que la aproximación ha sido favorecida por circunstancias de tipo económico: muchos analistas actuales son antiguos médicos clínicos generales que se decidieron adoptar esta profesión porque la progresiva socialización de la medicina les estaba tornando difícil conservar su clientela, y así son legión los ex gastroenterólogos, cardiólogos, pediatras y urólogos, ginecólogos, dermatólogos, etcétera, que hoy cultivan esta otra especialidad.

Pero toda esta crítica no invalida el hecho de que gracias a sus exageraciones y hasta sus errores, la psiquiatría haya evolucionado y haya dejado de ver en sus clientes meros "casos" para concederles dignidad humana y tratar de comprenderlos directamente (psiquiatría existencial) o, por lo menos, en función de sus vivencias y no de sus aparentes anomalías de conducta.

La medicina debe al psicoanálisis su actual concepción integral, global y holística del hombre que existe mórbidamente. Debe igualmente a la moderna sociología su actual concepción antropológica, según la cual no es posible resolver el problema de los desajustes mentales actuando solamente sobre el individuo y llevándolo a *readaptarse*, temporal o definitivamente, a su ambiente,

sino que también es necesario actuar y luchar para conseguir que ese ambiente *ofrezca menos dificultades de adaptación* que las que ahora presenta. La psiquiatría social nada tiene que agradecer a Freud, como tampoco nada le debe la pujante medicina integral que defiende el Comité Mundial de la Salud. Indirectamente, sin embargo, esto es, sin siquiera proponérselo, el psicoanálisis ha contribuido a salvar al médico de su calidad de casi veterinario del cuerpo humano a que estaba reducido a principios de este siglo. Y esto lo ha conseguido en la medida en que millares de profesionales han leído las obras de Freud y sus discípulos. Por esto bien merece el título de "error benéfico" con que Allers ³⁰ rotula.

Dejando aparte los progresos de la psicología experimental, del neoanálisis y de la sociometría, el pensamiento médico contemporáneo no puede dejar de estar también influenciado por el extraordinario avance de la bioquímica, de la cibernética y de la neuroendocrinofisiología. La aparición de los trabajos de Speransky, de Selye, Penfield, Grey Walter, Olivercroma, Pickworth, Magun, Geilhorn, Masserman, Lorente de Nó, Bikow, Rinkel, Denber y tantos otros *más*, ha establecido la unión entre las corrientes organicistas y vitalistas del pensamiento contemporáneo, llevando la medicina al campo antropológico y colocándola en un plano equidistante de las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, es decir, entre la física y la psicología.

Por esto creemos que en un próximo futuro los médicos sabrán más psicología, los psicólogos más biología, los filósofos también estudiarán más antropología y —en definitiva— todas las concepciones del hombre, actualmente consideradas como unilaterales y sistemáticas, se irán fundiendo e integrando en una visión más flexible, profunda y completa de su radical originalidad existencial. Entonces los psicoanalistas dejarán de constituir grupos y establecer barreras, así como será también superada la frontera que hoy existe todavía entre el "hombre de laboratorio" y el "clínico-práctico".

Las diferencias que en un próximo futuro podrán establecerse entre los profesionales de la medicina no serán —como ahora— de doctrina, sino referentes tan sólo al campo de aplicación y a las técnicas de actuación. Sólo es necesario que, entonces, una organización social más racional y justa permita un auténtico trabajo de colaboración y equipo, no ya entre los médicos sino entre todos los profesionales interesados en la salud, la paz y la felicidad de *todos* los seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo 1

- S. FREUD, *Selbstdarstellung*. Medizin der Gegenwart, Berlín, 1932.
The origins of psychoanalysis: Letters to Wilhelm Fliess. Basic Books, 1954.
(Originales de Sigmund Freud traducidos por E. Mosbacher y J. Strachey).
- F. WITTELS, *Freud and his time*. P. Owen, Londres, 1955.

Capítulos 2 a 9

- S. FREUD, *Obras completas*. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires. (Vol. 1*, *Psicopatología de la vida cotidiana*; vol. 2', *Una teoría sexual y otros ensayos*; vol. 3', *El chiste y sus relaciones con el inconsciente*; vols. 4' y 5', *Introducción al psicoanálisis*; vols. 6' y 7', *La interpretación de los sueños*; vol. 8', *Tótem y tabú*; vol. 9", *Psicología de las masas y análisis del yo*; vol. 10', *La histeria*; vol. 11°, *Inhibición, síntoma y angustia*; vol. 12°, *El análisis profano*; vol. 13'. *Psicología de la vida erótica*; vol. 14', *El porvenir de las religiones*; vols. 15' y 16', *Historias clínicas del psicoanálisis*; vol. 17", *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*; ivol. 18', *Psicoanálisis aplicado*; vol. 19', *El malestar de la cultura*; >vol. 20', *Moisés y el monoteísmo*; vol. 21', *Esquema del psicoanálisis y obras postumas*; vol.. 22', *Los orígenes del psicoanálisis*).
- S. LOBAND, *Psychoanalysis of today*. Alland and Muncius, Nueva York, 1948.

Capítulo 10

- A. ADLER, *The case of Miss R. Greenberg*, 1929.
— *The case of Mrs. A. C. W. Daniel*. 1931.
Le tempérament nerveux. Payot, París, 1926.
La psicología individual y la escuela. 4ª edición, Editorial Losada, Buenos Aires, 1953.
Conocimiento del hombre. Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1948.
Guiando al niño, 4ª ed., Editorial Paidós, Buenos Aires, 1960.
Práctica y teoría de la psicología del individuo. 2ª ed., Editorial Paidós, Buenos Aires, 1958.
- *El carácter neurótico*. 2ª ed., Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959.
El sentido de la vida. L. Miracle, Barcelona, 1955.
La educación de los niños. Editorial Losada, Buenos Aires, 1958.
- *Über den nervösen Charakter*. 1912.
- R. DREIKURS, *Fundamentals of adlerian psychology*. Greenberg, Nueva York, 1950.

F. KÜNKEL, *La formación del carácter*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959.
KRONFELD, *Psychotherapie*. Springer, Berlín, 1925.

Capítulo 11

AHL G. JUNG, *Collected works*. Publicadas por Herbert Read y otros, trad. de R. F. C. Hull, Pantheon Books Inc., Nueva York, (Vol. 1, *Psychiatric studies*; vol. 2, *Experimental researches*; vol. 3, *Psychogenesis in mental disease*; vol. 4, *Freud and psychoanalysis*; vol. 5, *Symbols of transformation*; vol. 6, *Psychological types*; vol. 7, *Two essays on analytical psychology*; vol. 8, *Structure and dynamics of the psyche*; vol. 9, parte 1, *Archetypes and the collective unconscious*, parte 2, *Aion: Researches into the phenomenology of the self*; vol. 10, *Civilization in transition*; vol. 11, *Psychology and religion: west and east*; vol. 12, *Psychology and alchemy*; vol. 13, *Alchemical studies*; vol. 14, *Mysterium coniunctionis*; vol. 15, *The spirit in man. Art and literature*; vol. 16, *The practice of psychotherapy*; vol. 17, *Development of personality*; vol. 18, *Miscellaneous works, bibliography and general index*.

Capítulo 12

F. ALEXANDEU y H. Ross, *Psiquiatría dinámica*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1958.
F. ALEXANDER, *Fundamentals of psychoanalysis*. Norton, Nueva York, 1948.
— *Our age of unreason*. Lippincott, Filadelfia, 1942.
— *Psychoanalysis and psychotherapy*. Norton, Nueva York, 1956.
Psychosomatic medicine. Norton, Nueva York, 1950.
Psychoanalytic therapy. Ronald, Nueva York, 1946.
S. FERENCZI, *Contributions to psychoanalysis*. Badger, Boston, 1916.
— *Further contributions to the theory and technique of psychoanalysis*, Basic Books, Nueva York, 1952.
MELANIE KLEIN, *Psychoanalysis of children*. Hillary House Publishers, Nueva York.
M. KLEIN y J. RIVIERE, *Love, hate and reparations*. Assoc. Booksellers, Westport, Connecticut, 1953.
M. KLEIN y otros, *Developments in psychoanalysis*. Hillary House Publisher, Nueva York.
M. KLEIN, *Envy and gratitude*. Basic Books, Nueva York.
O. RANK, *The myth of the birth of the hero*. Nervous and mental diseases monographs, Nueva York, N° 18, 1914.
— *The trauma of birth*. Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1929.
— *Modern education*. Knopf, Nueva York, 1932.
— *Art and artist*. Knopf, Nueva York, 1932.
— *Will therapy. Truth and reality*. Knopf, Nueva York, 1945.
W. REICH, *Character analysis*. Orgone Institute, Nueva York, 1945.
— *La función del orgasmo*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959.
TH. REIK, *Psychology of sex relations*. Rinehart, Nueva York, 1945.
— *A psychologist looks at love*. Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1946.
— *Listening with the third ear*. Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1949.
W. STEKEL. Obras publicadas en castellano por la Editorial Imán, de Buenos

Aires: *ha mujer frígida; La educación de los padres; El matrimonio moderno; Cartas a una madre; La voluntad de vivir; El lenguaje de los sueños; Onanismo y homosexualidad; El fetichismo; Sadismo y masoquismo; Estados nerviosos de angustia; Los actos impulsivos; El infantilismo psicosexual.*

Capítulo 13

- E. H. ERÍKSON, *Ego development and histórica! change*. Psychoanal. Stvidy of the child, N° 2, 1946.
— *Childhood and society*. Norton, Nueva York, 1950.
— *Growth and crisis of the heáithy personality*. Josiah Macy Jr. Foundation, Nueva York, 1950.
- ERICH FROMM, *El miedo a la libertad*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
— *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
— *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
— *El lenguaje olvidado*. Hachette, Buenos Aires, 1957.
— *El arte de amar*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
— *El hombre ante sí mismo*. México, 1960.
- K. HORNEY, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
— *Our inner conflicts*. Norton, Nueva York, 1942.
— *Neurosis and human growth*. Norton, Nueva York, 1950.
— *New ways in psychoanalysis*. Norton, Nueva York, 1939.
- STACK SUIXIVAN, *Conceptions of modern psychiatry*. William Alanson White Psychiatric Found, Washington, 1947.
— *The psychiatric interview*. William Alanson White Psychiatric Found, Washington, 1947.
- C. THOMPSON, *Psychoanalysis. Evolution and development*. Hermitage, Nueva York, 1950.

Capítulo 14

- R. FAIRBAIBN, *Object analysis*. Londres, 1957.
. N, ROSEN, *Direct analysis*. Nueva York, 1957.

Capítulo 15

- L. BINSWANGER, *Grundformen nnd Erkenntniss des menschlichen Daseins*. Zurich, 1942.
— *Ver Fall Ellen West*. Arch. Schweiz. Psych., 1944-45.
— *Der Fall Jürg Zund*. Arch. Schweiz. Psych., 1946.
— *Studien zum Schizophrenieproblem*. Schw. Z. Neur. u. Psych., 2, 1948.
— *Traum und Existenz*. Berna, 1946.
— *Über Fsychotherapie*. Berna, 1947.
— *Daseinsanalyse und Psychiatrie*. Zurich, 1957.
- V. FRANKL, *Psicoanálisis y existencialismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
— *Logos and existence in psychotherapy*. Amer. Journal of Psych., 1953.
— *Un psicólogo en el campo de concentración*. Editorial Plantin, Buenos Aires, 1955.

- V. FRANKL, *Ei hombre incondicionado*. Editorial Plantin, Buenos Aires, 1955.
Homo patiens. Editorial Plantin, Buenos Aires, 1955.
- j. P. SARTRE, *L être et le néant*. Gallimard, París, 1943.
La náusea. Editorial Losada, Buenos Aires, 1953.
Los caminos de la libertad (3 vols.). Editorial Losada, Buenos Aires, 1954.
La suerte está echada. Editorial Losada, Buenos Aires, 1955.
El existencialismo es un humanismo. Editorial Sur, Buenos Aires, 1957.
- C. A. SEGUIN, *Existencialismo y psiquiatría*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1960.

Capítulo 16

- R. BASTIDE, *Psicoanálisis y marxismo*. Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1950.
- E. FKOMM, *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
- IOHLONDSKY, *Tiefenpsychologie auf neurophysiologischer Grundlage*. Urban Schwarzenberg, 1932.
- SOKOLOV y otros, *Sigmund Freud y el materialismo científico*, Medgiz, Moscú, 1947.
- A. WOLF, *The dynamics of the selective inhibition of specific functions in infancy*. *Psychosomatic Med.*, 5, 1943,

Capítulo 17

- R. AIXEBS, *The succesful error*. Sheed and Ward, Londres, 1941.
- G. S. BLUM, *Psychoanalytic theories of personality*. Mac Graw Hill Co., Nueva York, 1935.
- H. J. EYSENCK, *USOS y abusos de la psicología*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- LÓPEZ IBOR, *La vida u la muerte del psicoanálisis*. Editorial Calpe Argentina, Buenos Aires, 1951.
- f. MARITAIN, *Freudismo y psicoanálisis*. Desclée, de Brower y Cía., Buenos Aires, 1947.
- NICOLAI, *Análisis del psicoanálisis*. Editorial Beta, Buenos Aires, 1953.
- TORRES NORRY, *Freud. Pro y contra*. Editorial Americalee, Buenos Aires, 1957.
- J. WORTIS, *Fragments of an análisis toith Freud*. Simón and Schlwster, Nueva York, 1954.

